COLECCIÓN OTRO DISCURSO

"Por más que Lacan lo diga". Una introducción al Análisis del Discurso

_Jacqueline Authier-Revuz
_Paul Henry
_Michel Arrivé

libretto

Authier-Revuz, Jacqueline
Por más que Lacan lo diga: una introducción al análisis del discurso / Jacqueline Authier-Revuz; Paul Henry; Michel Arrivé; compilado por Matías Laje. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libretto, 2019.
180 p.; 18 x 12 cm. - (Otro discurso / Laje, Matías)

ISBN 978-987-47048-0-1

1. Psicoanálisis. 2. Análisis Lingüístico. I. Henry, Paul II. Arrivé, Michel III. Laje, Matías, comp. IV. Título.
CDD 150.198

Dirección editorial: Matías Luque / Marcos Perearnau
Revisión de traducciones: Matías Laje
Dirección de Arte: Mariano López Hermida - Boris VTC
Corrección: Araceli Alemán
Maquetación: Tomás Fadel

Agradecemos especialmente a Marcos Barbai por acercarnos estos originales.

"Por más que Lacan lo diga". Una introducción al Análisis del Discurso

_Jacqueline Authier-Revuz
_Paul Henry
_Michel Arrivé

Prólogo — **Karina Savio**
Posfacio — **Gabriel Lombardi**

tt

ÍNDICE

Prólogo

Lengua, discurso, inconsciente.
O sobre la relación entre el psicoanálisis y el campo de los estudios del lenguaje

Todo enunciado es un eslabón en la cadena,
muy complejamente organizada,
de otros enunciados.

M. Bajtín (1979),
Estética de la creación verbal

El lector tiene frente a sí un conjunto heterogéneo de producciones en cuya dispersión encuentra su punto de unidad. La pregunta por la(s) relación(es) entre el campo psicoanalítico y el campo de los estudios del lenguaje recorre estos textos y problematiza una visión —muchas veces— enquistada acerca de las articulaciones posibles entre lengua, discurso e inconsciente. *"Por más que Lacan lo diga". Una introducción al Análisis del Discurso* reúne, de esta manera, una serie de trabajos que invitan lecturas reflexivas y atentas, buscando interrogar aquellos lugares cristalizados respecto del lenguaje latentes en el saber *psi*. Las voces de Jacqueline Authier-Revuz, Paul Henry y Michel Arrivé brindan en estas páginas potenciales respuestas a esta pregunta

que interpela una inquietud fundante que conlleva el decir sobre el inconsciente.

La ligazón entre la lingüística y el psicoanálisis, o, para ser más precisos, entre el lenguaje y el inconsciente, es de larga data; se puede rastrear muy tempranamente en los orígenes mismos del movimiento psicoanalítico. En efecto, es el propio Freud quien advierte ese nexo que se deja entrever, por un lado, en el decir del analizante, en los relatos de los sueños, en los chistes, en los *lapsus linguae*; y, por el otro, en el mismo método terapéutico. Nexo que Freud, además, en determinados momentos, busca formalizar en estudios lingüísticos. Un tiempo después —la historia ya es conocida—, el pensamiento lacaniano, en su retorno a Freud, le da a ese encuentro consistencia. "[E]l inconsciente, que dice lo verdadero sobre lo verdadero, está estructurado como un lenguaje", planteará Lacan en 1966 (2002*b*, p. 824); tesis que sellará esta unión y le otorgará un nuevo estatuto. La lingüística y la filosofía del lenguaje se convierten, entonces, en saberes aliados al psicoanálisis. Términos como *significante*, *significado*, *signo*, *sujeto del enunciado*, *sujeto de la enunciación*, *acto de habla*, *discurso*, entre otros, atraviesan, aunque con un sentido distinto del que estas áreas del conocimiento les confieren, las enseñanzas del psicoanalista francés. Los desarrollos de Ferdinand de Saussure, Émile Benveniste, Roman Jakobson, John Austin, por nombrar solamente algunos, se entremezclan en un espacio discursivo ajeno a aquel que les dio origen; cobran, así, un nuevo valor, una nueva significación, que les recuerda la naturaleza equívoca del lenguaje.

No es mi intención extenderme aquí sobre el modo o los modos en que los trabajos lingüísticos encuentran eco en el decir lacaniano; tampoco quisiera centrarme en las discusiones, polémicas, revisiones que se han suscitado a lo largo de los años. Mucho ya se ha punteado; mucho queda también por puntear. Pretendo, por el contrario, deslizar un interrogante que parafrasea aquel que Milner (1980) presenta en *El amor por la lengua*. Esta pregunta no encontrará en el siguiente apartado una respuesta certera y precisa, solo cierta aspiración a introducir al lector en algunas líneas de trabajo respecto del lenguaje que se iniciaron a partir de concebir un sujeto que ya no es dueño de sus palabras, un sujeto deseante, escindido por el significante. Una pregunta que comenzó a intentar responderse en la década del sesenta y que sigue aún vigente en la actualidad: ¿qué es el discurso si el psicoanálisis existe?

****

1969 es un año que testimonia la relevancia que adquiere la problemática del discurso en el escenario intelectual francés. Lacan, luego de que el rector de la École

Normale Supérieure le retirara la sala Dussane, comienza, el 26 de noviembre, a dictar su seminario, que denominará "El Reverso del Psicoanálisis", en el anfiteatro de la Facultad de Derecho. Este año —marcado no solamente por una nueva espacialización de su palabra— inscribe el inicio de la formalización de lo que se conocerá más tarde como la "teoría de los cuatro discursos". En efecto, el psicoanalista desarrolla en este seminario la noción de *discurso* y elabora una tipología discursiva. Pero, también, en este año, Francia es protagonista del nacimiento de dos obras que resonarán en la historia del campo de los estudios del lenguaje: *La arqueología del saber*, de Michel Foucault (2005), y *Analyse automatique du discours* [Análisis automático del discurso], de Michel Pêcheux (1990*a*). Tres propuestas diferentes sondean, al mismo tiempo, aquello que en esta misma operación construyen: *el discurso*. Será la última, la de Pêcheux, aquella que inaugurará, junto a otros autores, un dominio de saber que, varios años después, se conocerá con el nombre de Análisis del Discurso. Este dominio dialogará con las ideas sostenidas tanto por el psicoanálisis lacaniano como por los desarrollos foucaultianos.

Es necesario aclarar, antes de emprender nuestro recorrido, que el *Análisis del Discurso* es una categoría bajo la que se suelen agrupar teorías, enfoques, perspectivas que involucran conceptos y metodologías divergentes. Incluso, si quisiéramos particularizar, la nominación *escuela francesa de Análisis del Discurso*, cuyo gentilicio la distingue de los estudios anglosajones, tampoco resulta más apropiada. Así lo confirma Courtine (2005). Siguiendo su palabra, la designación "escuela" puede atribuirse a una necesidad académica y disciplinar de circunscribir estos estudios, pero que, en verdad, encubre posiciones teóricas contradictorias. De esta manera, el Análisis del Discurso se constituyó, y se constituye hoy en día, como un campo heterogéneo de investigaciones en el que concurren diversas tendencias analíticas. De ahí que, al no conformar un conjunto estable de saberes, adopte —en términos de Orlandi (1987, p. 11)— un carácter "nómade".

En estas líneas, procuraré presentar, entonces, la perspectiva de análisis que encuentra su piedra fundacional en los trabajos de Pêcheux y en la de aquellos que colaboraron/trabajaron con él. En este enfoque, como se ha indicado, los desarrollos teóricos lacanianos han sido medulares para su conformación, en particular, aquellos relativos a su concepción de sujeto.

La producción de Michel Pêcheux —que puede ser fechada entre fines de la década de 1960 y comienzos de los años ochenta hasta su muerte en 1983— trastocó el modo de comprender, explicar y abordar analíticamente los procesos y las materialidades discursivas. Es, en este sentido, el fundador de una línea de investigación que

enlaza e integra —en un complejo entramado— el marxismo althusseriano, la lingüística, la filosofía del lenguaje y el psicoanálisis lacaniano, junto a otras referencias teóricas. Advertido de las discordancias de distintas corrientes lingüísticas y filosóficas, elabora y promueve una teoría materialista del lenguaje que se interesa fundamentalmente por el discurso, entendido en tanto efecto de sentidos, en la que se entrecruzan términos centrales como los de *sujeto*, *ideología* e *inconsciente*, entre otros. Bajo este horizonte, analiza y estudia los diversos modos en los que el funcionamiento discursivo interviene en los diferentes procesos de significación determinados históricamente; posición que, sostenida, entre otros elementos, por el sujeto dividido por el significante de Lacan, horada la visión dominante dentro de los enfoques lingüísticos y filosóficos que pregonan la existencia de un sentido evidente y de un sujeto (hablante) intencional. Entre los enormes aportes que Pêcheux ha hecho en este sentido, se puede mencionar la (re)formulación de una serie de conceptos que, desde entonces, han sido nodales para la producción de conocimiento. Me refiero aquí a nociones como las de *condiciones de producción*, *formación discursiva* (pergeñada inicialmente en 1969 por Michel Foucault [2005], en el marco de su *Arqueología del saber*), *discurso transverso*, *interdiscurso*, *memoria discursiva*, entre otras. Gran parte de estos conceptos ha sido y es retomada de manera recurrente en el campo de los estudios sobre el discurso.

Una manera de acercarnos a los múltiples intereses y preocupaciones del Análisis del Discurso es a través de un texto de 1983 en el que Pêcheux (1990*b*) reflexiona sobre su historia y periodiza las transformaciones que aquel sufre desde su constitución. Reorganiza, para ello, los diferentes momentos de su evolución en tres épocas diferentes. La primera etapa, que se ubica en torno a la publicación del libro *Analyse automatique du discours*, se centra en la noción de *maquinaria discursiva estructural*. Un proceso de producción discursivo se concibe, de esta manera, como una máquina autodeterminada y cerrada sobre ella misma, en la que el sujeto-estructura determina los sujetos como productores de sus discursos. La producción de las huellas discursivas de una secuencia discursiva responde así a una misma máquina (por ejemplo: un mito, una ideología, una episteme). El Análisis del Discurso consiste, en esta etapa, en identificar y construir los lugares de identidades parafrásticas intersecuenciales (por ejemplo: dos fragmentos de secuencias nacidos de discursos empíricos diferentes), lugares en donde se inscriben las proposiciones de base del proceso discursivo estudiado.

En el segundo período, localizable en la década del setenta, la noción de *máquina discursiva* comienza a ser

desplazada, para dar lugar a la de *formación discursiva*. Los interrogantes de estos años giran, fundamentalmente, en torno a las relaciones de las máquinas discursivas, que son entendidas, a partir de allí, como relaciones de fuerza desiguales. Los procesos discursivos están insertos en una relación ideológica de clase a través de la que el sujeto se constituye. De ahí que la construcción del sentido no pueda separarse y analizarse aisladamente de la constitución del sujeto, entendido este como puro efecto de la sujeción a la maquinaria de la formación discursiva a la que se identifica. El "sujeto de la enunciación" es leído en términos de la ilusión del yo. Las nociones de *preconstruido* —concepto introducido por P. Henry— e *interdiscurso* confrontan con el imaginario lingüístico en el que se proclama la transparencia en el lenguaje. En términos generales, podría señalarse que las palabras, las expresiones, las proposiciones reciben su sentido de la formación discursiva en la que son producidas, dado que ella establece, en una formación ideológica dada, lo que puede y debe ser dicho.

Finalmente, la tercera época se circunscribe a los primeros años de la década del ochenta. Aquí el interés está puesto en el estudio de la construcción de objetos discursivos y de los acontecimientos, al igual que de los "puntos de vista" y "lugares enunciativos" dentro del hilo interdiscursivo. También, algunos desarrollos teóricos de

este momento están en relación con la pregunta por la heterogeneidad enunciativa que se interroga por el *discurso-otro*: la "heterogeneidad mostrada", que refleja el discurso de otro, puesto en escena por el sujeto; y la "heterogeneidad constitutiva", que da cuenta de la falla en el lenguaje y que reenvía al discurso del Otro. La noción de *memoria discursiva* en tanto filiaciones identificatorias y el lugar del equívoco también son problemáticas que atraviesan los trabajos de esta etapa.

Luego de este breve recorrido, podemos observar que el Análisis del Discurso, como indica Orlandi (1987), se construye como una propuesta crítica que problematiza las formas de reflexión establecidas por la lingüística, que proclama un hablante único e intencional, psicosocial y biológico. En este sentido, abre un campo nuevo de interrogantes que entrecruzan el lenguaje con las formaciones sociales. El discurso así entendido es un objeto de naturaleza social e histórica. La preocupación está puesta en los procesos y las condiciones de producción del lenguaje, en tanto trata de la determinación histórica de los procesos de significación. Es una apuesta teórica en la que confluyen formulaciones provenientes de diferentes campos de estudio, por lo que porta en su interior una mirada multi-, inter-, transdisciplinaria. De esta manera, puede convocar, de distintas formas y según los materiales de archivo analizados, diversas disciplinas

lingüísticas, tales como la pragmática, el análisis de la conversación, la sociolingüística interaccional, la lingüística textual, la lingüística de la enunciación. A su vez, los lazos entre el texto y el universo social que esta perspectiva establece exigen apelar no solamente a estos saberes lingüísticos, sino también a otros saberes, pertenecientes a otras áreas disciplinares, como aquellos producidos por las ciencias sociales.

En sus inicios, el núcleo de las investigaciones del Análisis del Discurso estaba centrado en el análisis y en el estudio de los discursos políticos (en especial, de la izquierda), para dar cuenta de sus especificidades, sus alianzas y sus límites (Pêcheux, 1981). Esta primera inclinación fue, poco a poco, dejando espacio a otros objetos de estudio. El espectro analítico, entonces, fue ampliándose y desplazándose a otros espacios sociales. Hoy en día, encontramos investigaciones que interrogan, desde distintos ángulos y a partir de diferentes andamiajes conceptuales, una gran variedad de materiales heterogéneos provenientes de múltiples esferas: discursos religiosos, discursos pedagógicos, discursos históricos, discursos científicos, discursos académicos, discursos médicos, discursos literarios, discursos jurídicos. Preguntas sobre la paráfrasis o reformulación, lo preconstruido, las heterogeneidades, los géneros discursivos, la polifonía, la memoria discursiva, por nombrar solo algunos, articulan estos discursos con problemáticas más amplias que enlazan las materialidades discursivas con la historia y lo social.

****

Siguiendo a Bajtín ([1979] 2005), todo enunciado debe ser analizado como respuesta a enunciados previos; está atravesado por ecos y reflejos de enunciados anteriores con los que se relaciona de diferente manera en la esfera de la comunicación discursiva. Esta conocida indicación que baliza un modo particular de análisis también puede ser interpretada como una pauta de lectura. En efecto, leer no solamente implica una lectura lineal del texto ni solamente supone una lectura "comprensiva"; sino que, además, entraña sumergirse en una red de enunciados que enlazan el texto de una forma más o menos visible y que operan, por ello, en su significación. Los trabajos que este libro reúne invitan esta lectura dialógica que pone en relación lenguaje, discurso e inconsciente.

El primer capítulo, "Psicoanálisis y campo lingüístico de la enunciación: recorrido por la metaenunciación", escrito por Jacqueline Authier-Revuz, relata el camino emprendido por la autora a partir del encuentro casual con los trabajos de Michel Pêcheux y de Mijaíl Bajtín, y de su propio análisis, lo que determina el alejamiento de sus estudios enmarcados en un enfoque puramente lingüístico,

vinculado a la sintaxis y a la semántica. Este texto, en el que la autora vuelve sobre sus propios pasos, le ofrece al lector una visión panorámica de sus trabajos en los que se destaca su articulación con el discurso psicoanalítico. Inicia, entonces, este camino a partir de la reflexión del uso de las "comillas", en el que puede anudar los hilos de la enunciación y el psicoanálisis, y que la llevan al estudio de la metaenunciación, del desdoblamiento en el decir. Agrupa en tres los lugares en donde confluye este recorrido "metaenunciativo" con el psicoanálisis: las formas de metaenunciación, las glosas reflexivas; el estatuto de la economía enunciativa del decir desdoblado por autorrepresentación, en donde lo imaginario de la enunciación cobra un lugar privilegiado; y las heterogeneidades o las no coincidencias constitutivas de la enunciación.

La segunda lectura, "Acerca del equívoco", de Paul Henry, interroga un fenómeno del lenguaje —el equívoco— que se presenta como inasequible desde un enfoque "clásico", o sea, desde una perspectiva exclusivamente semántica. El autor confronta en estas líneas la mirada de la lingüística y las enseñanzas de Lacan en torno al lenguaje. Son los desarrollos psicoanalíticos, en particular, los lacanianos, dirá Henry, aquellos que permiten dar cuenta de una manera más cabal sobre la problemática del equívoco, en tanto se preguntan por el sentido. A partir de esta tesis, el texto se detiene en el complejo vínculo

entre el psicoanalista francés y la lingüística, y recuerda diversas citas que reflejan el modo en que Lacan se sitúa con respecto a las ciencias del lenguaje. Concluye, aquí, que podría entenderse, *a priori*, que el equívoco es sin límites, lo que impediría, entonces, que su estudio fuera abordado por la lingüística. En efecto, el equívoco deja al significante al desnudo, ya que su efecto es vaciar el sentido, hace entrever el sinsentido del sentido. Sin embargo, Henry afirma que el ser hablante está atravesado por un mandato; es interpelado a reconocer un sentido a lo que se le presente. Pero este sentido no es sin límites, como se señala desde los trabajos lacanianos; el ser hablante no puede decir nunca cualquier cosa. Esta condición no se debe solamente al inconsciente, que actúa como determinante, sino que puede correlacionarse, y así lo hace Henry, con la noción foucaultiana de *episteme* y con el modo en que los discursos son producidos, controlados, distribuidos y organizados socialmente.

En "La falta del decir, decir de la falta: las palabras del silencio", Jacqueline Authier-Revuz explora una variedad de figuras de autocomentario que evidencian el decir sobre la falta del decir. Este capítulo introduce al lector en la cuestión de la nominación, en especial, en la falta, falla del nombrar; asunto que la autora pone en relación con el psicoanálisis y su concepción de sujeto. En efecto, este fracaso de la nominación no reenvía más

que a la constitución estructural del sujeto a partir de su propia falta, lo que determina una vía de negociación cotidiana de los enunciadores en torno a esta falta en el decir. Por tal razón, analiza los "bucles" que vuelven sobre un punto de lo dicho; movimiento que, paradójicamente, antepone, siguiendo a Authier, un "exceso de palabras" a la "falta de palabras". Muestra, por un lado, aquellas figuras que remiten a una falla que presenta el decir, ya sea a través de la caracterización del modo de decir, ya sea a través de la caracterización de un elemento de lo dicho. Por el otro, desarrolla las figuras que inscriben la ausencia o falta en el decir, ya sea porque la palabra falta, ya sea porque es el enunciador quien falta.

Finalmente, el cuarto capítulo, "Freud y sus lingüistas: Sperber, Abel, Schreber", de Michel Arrivé, se aparta de los enfoques presentados en los capítulos previos, ya que expone de manera detallada la relación de Freud con los estudios del lenguaje. Recuerda aquí que la relación del psicoanalista con el lenguaje no está apoyada meramente en la intuición; sino que, por el contrario, recurre, en numerosos momentos, a diversas investigaciones lingüísticas para fundamentar sus ideas. En estas páginas, precisa cómo el lazo entre el lenguaje y el simbolismo onírico conduce al psicoanalista vienés a consultar los trabajos de dos lingüistas —Hans Sperber y Carl Abel— y la del "investigador del lenguaje", Schreber. Del primero, se

interesa por su teoría sobre la influencia de los factores sexuales en el origen y en la evolución del lenguaje. En efecto, este lingüista plantea que la sexualidad es la raíz principal del lenguaje. Respecto de Schreber, retoma su idea sobre la "lengua fundamental", *Grundsprache*, a la que pone en relación con el simbolismo onírico y con el inconsciente. Según Arrivé, este vínculo estaría asentado por las antífrasis que caracterizarían esa "lengua originaria". Por último, de Abel recupera un trabajo, que será posteriormente muy cuestionado por Benveniste ([1966] 2004), en el que plantea el sentido antitético de ciertas palabras primitivas. Arrivé señala, incluso, que las descripciones de Abel sobre homonimia y sinonimia en egipcio podrían subyacer en las descripciones freudianas del sueño.

Karina Savio

Authier-Revuz, J. (1984). Hétérogénéité(s) énonciative(s) [Heterogeneidad(es) enunciativa(s)]. *Langages*, (73), marzo, 98-111.

Arrivé, M. (2001). *Lingüística y psicoanálisis*. México D. F.: Siglo XXI Editores.

Bajtín, M. ([1979] 2005). El problema de los géneros discursivos. En *Estética de la creación verbal* (pp. 248-293). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Benveniste, É. ([1966] 2004). Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano. En *Problemas de lingüística general I* (pp. 75-87). México D. F. : Siglo XXI Editores.

Courtine, J.-J. (2005). A estranha memoria da Análise do Discurso. En Indursky, F.; y Leandro Ferreria, M. C. (org.) *Michel Pêcheux e a Análise do Discurso: Uma relação de nunca acabar* (pp. 25-32). São Carlos: Claraluz.

Foucault, M. ([1969] 2005). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. ([1953] 2002*a*). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 231-309). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. ([1966] 2002*b*). La ciencia y la verdad. En *Escritos 2* (pp. 813-834). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Orlandi, E. (1987). *A linguagem e seu funcionamento. As formas do discurso*. Campinas, SP: Pontes.

Milner, J.-C. (1980). *El amor por la lengua*. México D. F.: Editorial Nueva Imagen.

Milner, J.-C. (2003). *El periplo estructural. Figuras y paradigma*. Buenos Aires: Amorrortu.

Pêcheux, M. (1981) L'étrange miroir de l'analyse de discours [El extraño espejo del análisis del discurso]. *Langages*, *15*(62), 5-8.

Pêcheux, M. ([1969] 1990*a*). Analyse automatique du discours. En Maldidier, D. (comp.) *L'inquiétude du discours* (pp. 97-132). París: Éditions des Cendres.

Pêcheux, M. ([1983] 1990*b*). Analyse de Discours: Trois époques (pp. 295-302). En Maldidier, D. (comp.) *L'inquiétude du discours*. París: Éditions des Cendres.

Pêcheux, M. ([1975] 2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Psicoanálisis y campo lingüístico de la enunciación: recorrido por la metaenunciación

Jacqueline Authier-Revuz

No siempre consideré que la asociación entre lingüística y psicoanálisis resultara obvia. Durante más de diez años (1968-1980), puse en práctica, apoyada por el feliz impulso del descubrimiento de Saussure y del estructuralismo lingüístico, una lingüística del sistema, distribucional, generativa, aplicada a los hechos de voz y de aspecto en francés; si bien, en aquella época, coincidía intelectual y políticamente con las construcciones teóricas que iban articulando Marx, Freud y Saussure, las consideraba con cierta distancia temerosa, por timidez y desconfianza, en todo caso sin interferir, al menos conscientemente, con mis actividades de lingüista. Sabía poco y nada del psicoanálisis en general y de Lacan en particular, salvo por algunos aforismos ampliamente difundidos cuya opacidad muy atractiva no dejaba de revelarse, para un

lingüista, como un uso libre y atrevido de los conceptos de "su" disciplina.

A finales de los años setenta, en el marco pedagógico de una capacitación para maestros de escuela, comencé de manera aparentemente circunstancial a interesarme en el discurso referido con el fin de criticar los manuales escolares —curso y ejercicios— que ofrecían del tema una concepción "gramatical" reductora y errónea, ya que dejaban de lado la dimensión propiamente enunciativa de esta configuración de una palabra que viene a representar a otra: no supone aplicar mecánicamente "reglas de gramática" de transposición, sino, más exactamente, un ajuste de deícticos —ahí donde el acto de enunciación irrumpe en la lengua misma (según la semiótica de Benveniste)— y la puesta en juego de la cuestión del sentido; y, con ella, la de la historia, la intersubjetividad, la situación..., que va atravesando la lengua, para realizarse en cada trozo de palabra, vertiginosos exteriores, incluidos en la semántica de Benveniste, y para los cuales yo encontré entonces algunas balizas en el dialogismo bajtiniano y el análisis del discurso de Pêcheux.

Nunca sabemos lo que estamos haciendo: al empezar a trabajar con este nuevo objeto, no sabía que esto me llevaría a abandonar un estudio de largo plazo que estaba desarrollando en aquel momento sobre sintaxis y semántica, para desplazar definitivamente mi campo de investigación desde la lingüística interna al sistema hacia las partes en las que el sistema no puede dejar de encontrarse con sus exteriores; evaluaba aún menos la relación que hoy me parece sin duda muy estrecha entre aquella alteración en mi recorrido lingüístico y, en un momento muy cercano en el tiempo, el inicio de mi cura psicoanalítica al que se añade un período de intensas lecturas de psicoanálisis, sin motivo lingüístico alguno.

Las comillas

Para mí, fueron las comillas (y sus equivalentes: cursiva, suspenso entonativo) lo que asentó por un largo tiempo la relación entre descripción lingüística y psicoanálisis. En un primer momento, lo descubrí por medio del ámbito del discurso referido y de las "palabras del otro"; y, a raíz de la incontable variedad de valores que se le puede atribuir al interpretarlo (por percibir un doble sentido, un sentido etimológico, una completa adhesión, etc.), lo consideré como un signo ofrecido por la lengua para resaltar lo problemático que puede llegar a ser el hecho de hablar: signo modal de distanciamiento —"pinzas" del decir, "celosía árabe", "preservativos" y quién sabe qué más, la plétora de metáforas producida por los enunciadores señalando cuánto ese signo, frecuente objeto, además, de fetichismo o de odio, los "afecta"—, las comillas suspenden

localmente la naturalidad del decir, el decir se desdobla, autorrepresentándose como algo que "no va de suyo".

Al recorrer en cada decir el dibujo particular que forman los puntos sensibles en los que aflora, para el enunciador, la conciencia del lenguaje, al observar esos decires "extremos", los que excluyen radicalmente el temblor de la mínima comilla o, al contrario, que no pueden producirse, sino "al resguardo" de ese desdoblamiento casi continuo, en cada paso, mis interrogaciones sobre el estatuto, en la lengua, de un signo "problematizador de palabra" y sobre su funcionamiento en la singularidad del discurso se encontraban con la reflexión psicoanalítica, especialmente la lacaniana, acerca del sujeto como ser dividido, de lenguaje, y, por lo tanto, marcado por la falta, acerca de la falla de la letra ante el objeto, acerca del juego de *lalengua* en la lengua, o la cuestión del metalenguaje... y, al mismo tiempo, se relacionaban con un cuestionamiento íntimo acerca del lenguaje y el modo de "arreglárselas" con él: arreglarse con el odio del lenguaje-herida y el amor por la lengua salvadora, el sueño y la pesadilla del silencio, la locura del control y la fascinación por la desligazón —un paisaje personal de relación con el lenguaje que no es para nada "tranquilo"...—, y no creo que pueda existir una relación quieta con el lenguaje; pero, sin dudas, existen distintos grados en la "intranquilidad" (ser lingüista, a mi parecer, es una de las formas posibles de relacionarse desapaciblemente con el lenguaje), y también existen modos diversos de esta "no tranquilidad", modos de "situarse en el lenguaje", de los que se puede esperar aproximarse un poco, por medio de un conjunto de formas muy específicas provistas por la lengua, para decir que decir... "no va de suyo".

Así, a partir de la comilla, que, en mi caso, fue anudando los hilos de la enunciación y del psicoanálisis, sea en cuanto a la reflexión teórica, sea en cuanto al cuestionamiento personal, se me abrió el campo amplio y fértil de la metaenunciación opacificante; y su seducción fue suficiente para que lo siguiera transitando durante algunos años en búsqueda de lo que aquellas formas de lengua —las que conllevan un discurso sobre la práctica del lenguaje emergiendo no obstante de la misma práctica— y su funcionamiento en el discurso pudieran enseñarme acerca de las relaciones del sujeto con el lenguaje —y con la lengua, *lalengua*, la nominación, la interlocución, el interdiscurso, la falta, el exceso, la falla y el dominio, lo uno y lo no uno—.

Como ejemplo, algunos enunciados (procedentes de una serie de cuatro mil enunciados relevados en los discursos más variados[1]) en los cuales, en la cadena se despliega la configuración enunciativa, a la que nos

1 Las negritas subrayan el elemento X; las itálicas, el comentario reflexivo; las barras oblicuas apuntan sumariamente las entonaciones suspensivas con sonido de glotis previo a algunos X en la oralidad.

referimos acerca de las comillas, y que depende de la reflexividad del lenguaje y constituye un modo complejo de decir, desdoblado, asociado a una autorrepresentación opacificante (que, por lo tanto, induce a tomar en cuenta el signo en su materialidad significante) de sí misma, a modo de "bucle".

(1) Son fuerzas de seguridad /**duras** las que tienen, *si sabe a lo que me refiero.*
(2) Había un montón de esos, *¿cómo es que los llaman?* / **mosquetones** colgados todo alrededor de la cintura.
(3) Es una razón /**semiológica**, *para decirlo así, de esa forma algo chic*, que hace que...
(4) La línea política que expresa con constancia: una defensa más bien **áspera**, *como decimos en el rugby*, de principios comunistas.
(5) Cuando vea a alguien que hace, digo, /**tonterías**, *no cabe otra palabra*, con tanto descaro.
(6) Fuimos a un **albergue**, *si a eso se le puede llamar albergue, en fin, un local.*
(7) Este techo hay que volver a hacerlo, es el **colmo**[2], *nunca mejor dicho.*
(8) Una única escena **flota** (*si me permiten escribirlo*): la de la pileta.

2 [N. de la T.: *Colmo* produce un efecto algo similar al de *tuile* en francés, que significa 'teja' y, en lenguaje popular y coloquial, también 'problema, obstáculo, complicación...'].

Para dar un pantallazo de la riqueza de esas formas de proliferación del lenguaje sobre sí mismo, comparto dos de mis enunciados "fetiches", de los cuales uno pertenece al registro oral más coloquial, pero no carece de sofisticación en sus bucles metaenunciativos recursivos:

(9) Ah, no, estar cambiando pañales el día entero, a mí me parece una mierda... en sentido propio, en fin, lo que se dice propio[3] [risas]. [Escuchado en un tren de las afueras, muchachas hablando de la profesión de puericultora, oct. 84].

En el otro, leemos una muy extensa suspensión del desarrollo normal del hilo discursivo por medio de un inmenso comentario metaenunciativo. Pertenece al registro escrito literario más elevado y se revela como una forma en admirable adecuación con el relato de una suspensión vertiginosa del curso normal de las cosas:

(10) Y en esos momentos me hubiera parecido muy bien que su mayordomo me pidiese mi reloj, mi alfiler de corbata, mis boas o un documento firmado donde lo nombraba mi heredero; porque, según la hermosa expresión popular, de autor desconocido, como las más célebres epopeyas, pero que indudablemente tuvo, como ellas, al contrario de la teoría de Wolf, su autor (un hombre in-

3 [N. de la T.: *Propre* es polisémico en francés: significa 'propio' (*sens propre*) y también 'limpio'].

> ventivo y modesto de esos que nos encontramos todos los años, que crean frases felices como "leer su nombre en la cara", pero sin revelarnos ellos el suyo), yo no sabía lo que estaba haciendo (Proust, [1919] 1987).

Lo que tienen en común estos enunciados es que, en algún momento de su desarrollo, el decir se representa como algo que ya no "va de suyo". El signo, en lugar de cumplir con su función mediadora de nominación con aparente transparencia y borrarse a sí mismo, viene a interponerse —con su significado y su significante— en su materialidad, como si fuese un objeto encontrado en el camino del decir, y que se coloca ahí como su objeto; y la enunciación de ese signo, en lugar de realizarse "sencillamente", con el olvido que acompaña las evidencias incuestionadas, se ve redoblada por una representación de sí misma.

En lo que fue mi recorrido, en tres niveles: (1) describir, enumerar, clasificar en la lengua la variedad sintáctica y semántica de formas por las cuales se va realizando la configuración enunciativa; (2) interrogar la especificidad enunciativa de ese modo desdoblado del decir e intentar captar su función en la economía enunciativa en general, siendo en realidad lo que entra en juego, en el paso hacia ese modo complejo en comparación con el modo más corriente, ya que va marcado por una distancia interna; (3) exponer realizaciones discursivas variadas, manifestaciones de posiciones "enunciativas" propias de discursos, géneros, temas; el apoyo del psicoanálisis me parece retrospectivamente determinante, sin el alcance de un motivo inicial ni de adorno ni suplemento espiritual, sino que interviene de modo "funcional", por así decirlo, en el nivel de una práctica descriptiva. Efectivamente, si la lingüística no abarca, como tal, una teoría del sujeto y de su relación con el lenguaje, el campo específico de la enunciación implica la puesta en juego de elecciones teóricas sobre aquellas tópicos —que significan, por ejemplo, fuera de un marco como este, nociones como la distancia de un sujeto de lo que dice, o desdoblamiento—; y estas elecciones teóricas, si bien son exteriores a la lingüística propiamente dicha, conducen no solo a comentarios e interpretaciones diferentes sobre el mismo material lingüístico, sino también a descripciones fundamentalmente diferentes que traen a la luz hechos diferentes.

Diversidad de concepciones del sujeto

En efecto, una brecha radical atraviesa, en su diversidad, los enfoques lingüísticos del campo enunciativo según se asocien:

A. la concepción de un sujeto, individuo bio-psico-social que *usa el lenguaje*, para comunicar, en una relación de dominio con el lenguaje y el significado que produce —ese dominio no significa en este caso que esos enfoques ignoren ingenuamente las resistencias que les oponen, entre otros, la diferencia de los otros a quienes se dirige y el carácter limitado de su herramienta frente a la infinita singularidad de las experiencias por transmitir, ni tampoco que controle soberanamente, sin titubeos ni errores, todos los aspectos de una maquinaria comunicacional que a menudo presenta extrema sofisticación con sus *feedback*, sus estrategias interactivas espectaculares de cálculo del cálculo del cálculo… del otro …, el otro, fundamentalmente que gestiona aquella maquinaria desde una posición exterior al lenguaje y al sentido que produce, en función de su *intencionalidad*—;

B. un sujeto del que no se puede afirmar que no usa el lenguaje para comunicar, pero que, mucho antes, *no es sujeto* sino como *ser hablante*; sujeto "producido" por el lenguaje como estructuralmente en clivaje por un inconsciente, sujeto depuesto de toda posición de exterioridad, salvo imaginaria, respecto del lenguaje y su decir —eso significa el "no hay metalenguaje" lacaniano— y, a raíz de esto, del dominio intencional que depende de ella. Se debe hacer hincapié en que no va de suyo, en los enfoques de la enunciación (de la comunicación y otros), reconocer ese clivaje y situarse explícitamente respecto de ella.

Esta posición teórica se esquiva de distintas maneras: la concepción A, yendo en el sentido de evidencias espontáneas, narcisistas, de cada uno, se pone en práctica con facilidad (en estudios comunicacionales, conversacionales o del discurso), no de modo explícito como una postura teórica que se enfrentara con otra, sino con el modo implícito de su naturalidad; apoyar la concepción B, opuesta a las ilusiones inevitables del sujeto hablante, no puede dejar de ser explícito, por lo tanto, no aparecerá como una de las caras de una alternativa siempre presente, sino claramente como una excrecencia teórica que requiere justificación.

Otra forma de no reconocimiento de la oposición entre A y B es un modo en apariencia conciliador que propone "agregar" un estrato más en el inconsciente considerando un modelo modular del sentido y de la comunicación que corresponde en su conjunto a A. Observamos también que uno de los vectores importantes de esta anulación de la oposición teórica en los trabajos sobre la enunciación es la polisemia de términos como división, alteridad, otro, etc., que se encuentran engañosamente compartidos por los dos espacios teóricos A y B, y favorecen por lo tanto

los desplazamientos, malentendidos que siempre vuelven a cubrir la especificidad del descentramiento freudiano.

Voy a abordar esquemáticamente tres lugares de confluencia de mi recorrido "metaenunciativo" con la teoría psicoanalítica:

- el de la descripción lingüística literal de las formas de metaenunciación, que pone en juego la cuestión del orden de la lengua;
- el del estatuto en la economía enunciativa de un modo de decir desdoblado por la autorrepresentación, que pone en juego las cuestiones de la división del sujeto, la ausencia de metalenguaje y el imaginario como instancia del sujeto;
- el de lo que llamé las heterogeneidades constitutivas de la enunciación, en las cuales cada sujeto debe "situarse", que pone en juego —no exclusivamente— un conjunto de conceptos psicoanalíticos.

Las formas de la metaenunciación

El primer lugar en el que la incidencia del psicoanálisis aparece *a posteriori* como determinante en la descripción de las formas de la metaenunciación es, paradójicamente, un sector en el cual no hice nada más que aplicar estrictamente métodos de análisis lingüístico, para realizar un inventario y una descripción —sintáctica, léxica y semántica— de la variedad de las formas con las cuales la lengua va realizando la compleja configuración del decir de un elemento que conlleva el bucle de su autorrepresentación (configuración definida como forma de lengua, incluyendo la autonimia, y no como comportamiento), en otras palabras, un sector que no parece remitirse a una teoría del sujeto.

La observación sistemática de la materialidad de formas de "glosa reflexiva", de las regularidades que se hallan en el nivel de la lengua, por medio de categorías lingüísticas (naturaleza sintáctica y función de la glosa en el enunciado: incisas diversas, relativas, aposiciones, subordinadas circunstanciales, complementos circunstanciales, adverbios, etc.; colocación anterior o posterior, de un lado y otro del término glosado; naturaleza de los morfemas que constituyen la glosa; modalidades, modos verbales, voces, tiempos, personas, léxico, etc.) ha constituido el fundamento del conjunto de mi estudio... y uno de sus mayores gustos.

Es todo un abanico increíblemente profuso que se revela al concentrarse en la literalidad:

- *diferencias sintácticas* entre construcción yuxtapuesta (que viene detrás del elemento X) o incluida (que incluye el elemento X), como *X, como lo llama de*

manera errónea Fulano vs. *lo que Fulano llama de manera errónea X*;

- categorías como la suspensión condicional del decir —en estas numerosas formas en *si* (*si se quiere, si entiende a lo que voy, si me animo a decir, suponiendo que se pueda llamar eso así...*)— que representan literalmente la efectividad del decir como suspendida en la realización de la condición enunciada: la voluntad del otro, su propia audacia;
- formas paradójicas como la modalidad interrogativa de *¿diría X?* o, más radical aún, negativa en *no diría X, no me animo a decir X, estaba por decir X*, sin que otro término le permita "recobrar su montura" a un decir que se enuncia bajo el modo del no hacerlo;
- la combinatoria modal en proceso, por ejemplo, en los *tal vez podríamos arriesgar X* o *lo que hay que conformarse con llamar así*;
- la sutileza de formas como *X, casi digo Y*, o *X, o mejor dicho Y* hacen oscilar una nominación entre dos palabras o entre decir y no decir;
- el interés de *por así decir*, una forma cuya reflexividad parece ser puramente tautológica —¿no se dice acaso siempre y necesariamente así como se dice?— es, en la lengua, sinónimo de imperfección, como si un saber sobre el lenguaje estuviera depositado allí sobre la lengua y la constatación mínima acerca del decir fuera su imperfección; o de *nunca mejor dicho*, otra expresión fija que viene siempre colocada después de X, al que responde a menudo en exclamación, y siempre asociada en su distribución a un doble sentido de X, recibido con aprobación, acogido, saludado como un "regalo" del decir.

Se puede considerar el modo "en bucle" del decir de un elemento X como un microacontecimiento en la superficie del decir, un encuentro y una respuesta: el encuentro de algo en el decir, *hic et nunc*, de X, que altera su transparencia y la respuesta a ese encuentro. Más allá, es siempre con una base formal, al estudiar de manera sistemática lo que los comentarios dicen de la forma más literal posible —de lo que hablan, cómo, con qué palabras— que se va despejando una estructuración semántica del conjunto del campo conformado por estas "respuestas" en cuatro espacios de "no coincidencia" o de heterogeneidad, según los elementos ante los cuales el decir se representa como localmente enfrentado en el punto X, en el que se encuentra alterado y se desdobla:

a) no coincidencia interlocutiva entre los dos coenunciadores, en los bucles en los que el tú/vos está convocado explícitamente, como por ejemplo en (1) y (2);

b) no coincidencia del discurso consigo mismo, en los bucles que ponen en escena, en X el juego de otro discurso, como por ejemplo en (3), (4) o (10);
c) no coincidencia entre las palabras y las cosas, en bucles que remiten a la cuestión de la nominación, de la "propiedad", de la adecuación, como por ejemplo en (5) y (6);
d) no coincidencia de las palabras consigo mismas, en glosas que hacen entrar en juego, en X sus otros sentidos, las palabras otras de la polisemia, la homonimia, los retruécanos, como en (7), (8) y (¡recursivamente!) en (9).

Este proceso descriptivo de hechos enunciativos que llevamos en el plano de las formas de lengua no tiene nada de consensual hoy en día: insistiendo sobre la diferencia —de estructura de la frase, de modo, de persona, de léxico— entre un *digamos*, un *si se quiere*, un *permítame...*, por ejemplo (adentro del grupo [a] de las formas que integran el tú/vos), y también, entre esos y *como se dice*, o *¿cómo decir?* (que pertenecen a los grupos [b] y [c]), diferencia pertinente en el plano del lenguaje, que se podrá en un segundo momento interpretar en su funcionamiento discursivo; se opone a otro enfoque, dominante hoy, que llamaré comunicacional, cuyas categorías de análisis —actos, estrategias— pertenecen al campo psicosocial de la interacción. En ese marco, las diferencias formales, que son el fundamento mismo de mi análisis, se encuentran neutralizadas en medio de un amplio paradigma de un acto de "precaución" o de "reserva", opuesto a otros actos de "agresión", de "reparación", entre otros. En cierta medida, el objeto mismo de mi estudio se desvanece.

La diferencia aparece de manera muy clara en el trato otorgado a las formas que tienen en el discurso un carácter de tic: allí donde el enfoque comunicacional los reduce a una categoría "fática", de puntuado desmotivado, la descripción en la lengua primero y luego en el discurso consideraría que, incluso si existe la posibilidad de que sea un "tic verbal", que escape al control intencional consciente del enunciador, una forma verbal considerada siempre es ante todo una forma significante, en su diferencia, que conviene, por lo tanto, especificar; y propondría la hipótesis de que, en un plano subjetivo, el apoyo constante e incontrolado de una palabra sobre un *si se quiere, por así decir* o *como se suele decir* revela un modo de inscripción fundamentalmente diferente en el espacio del decir y de las cuatro no coincidencias en las que se produce.

Se ve que, al apoyarse sobre criterios de pertinencia distintos, estos dos enfoques producirán, a partir del mismo material metaenunciativo, descripciones clasificatorias

radicalmente divergentes. Es conveniente insistir en la solidaridad que se puede observar en esta oposición entre las categorías de análisis de base, que obviamente dependen de las concepciones disciplinarias sobre el objeto de la lingüística, las teorías del sujeto y su relación con el lenguaje que —implícita o explícitamente— están activas.

A un objeto comunicacional global, que viene a reemplazar al objeto lengua en el sentido saussureano de la palabra, despedido como artefacto no pertinente, objeto comunicacional abordado con categorías de análisis de tipo psicosocial, aptas para realizarse en formas muy diversas (gestuales, comportamentales y otras), entre ellas las formas verbales; corresponde el sujeto A, cuyos pensamientos y actos van a darse, traducirse, expresarse, vestirse, entre otras cosas, por medio de palabras. Al contrario, una posición que vuelve a afirmar la pertinencia de lo lingüístico en el enfoque de la enunciación, considerada esta como lugar teóricamente heterogéneo en el cual la lengua, sin que se pueda homogeneizar o totalizar, se encuentra con el sujeto y la historia, vendrá a consolidarse en una concepción de un sujeto y su pensamiento que se produce crucialmente por la vía del orden simbólico, la lengua, el significante.

Así podemos notar aquí en términos de historia de las relaciones entre las disciplinas que, si en una época, la del estructuralismo y de la lingüística como faro de las ciencias humanas, la teoría lacaniana se apoyó sobre la lingüística y el orden propio de la lengua, su sistema de diferencias, para plantear un sujeto efecto de lenguaje, hoy es la relación de apuntalamiento inversa lo que se puede observar, ya que la teoría psicoanalítica del sujeto y del sentido propone, a mi parecer, uno de los escasos puntos de resistencia a lo que considero personalmente como una regresión presaussureana (pienso en este caso adherir a la reflexión de Normand en *La quadrature du sens* [La cuadratura del sentido]): lo heterogéneo y lo singular del inconsciente me parecen constituir efectivamente lo que en última instancia se opone, de manera irreductible, a la deriva globalizante de un "todo del sentido" o de la comunicación, planteado como objeto de ciencia, y a la ficción de la calculabilidad general del sentido que la acompaña.

Modo de decir desdoblado y metalenguaje

El segundo punto de encuentro con el psicoanálisis no es, en cambio, de apuntalamiento disciplinario; está verdaderamente incluido en el enfoque, en la economía enunciativa, del modo desdoblado de decir.

La línea de fracción A/B es en efecto directamente relevante en el enfoque de hechos metaenunciativos con lo que ellos implican en términos de autorrepresenta-

ción del decir, y, por lo tanto, de distancia interna en una enunciación desdoblada por la imagen que da de sí misma: es que lo que está en juego en la oposición A/B es la cuestión central de si pueden ser representados por un enunciador su enunciación y el sentido que se produce en ella.

En un marco A, es decir, el de un sujeto fuente intencional de un sentido que expresa, es coherente considerar que el enunciador es capaz de representar(se) su enunciación y el sentido que "produce" en ella. En este caso, es normal pretender que las formas de representación que los enunciadores dan de su propio decir reflejen directamente el proceso enunciativo; y el desdoblamiento metaenunciativo aparece entonces como una forma manifiesta de control funcional que ejerce el enunciador desde su intencionalidad sobre la maquinaria comunicacional y que se integrará particularmente bien a los enfoques de la enunciación como teatro, puesta en escena, juegos de máscaras, de imágenes o de rol, para sujetos que se desdoblan en su relación interactiva con el otro.

Sin entrar en más detalles de teorías como, por ejemplo, la polifonía de Ducrot o el modelo socio-comunicativo de Charaudeau, podemos plantear que el reconocimiento de la enunciación como algo complejo, no monódico, que invoca centralmente nociones como la "alteridad" y la "división", se inscribe totalmente en el espacio de la psicología social que es el del juego interac-

tivo, especular, de las intencionalidades. El sujeto, "director de escena", a pesar de lo numeroso y sofisticado que puedan llegar a ser los papeles, voces, personajes a través de los cuales se va representando multiplicado, sigue siendo fundamentalmente UNO, por ser centrado y "dueño en su propia casa"[4].

En el marco B, por el contrario, nos topamos con un sujeto producido por el lenguaje, estructuralmente en clivaje por el inconsciente, o sea, un sujeto efecto de lenguaje que adviene dividido, bajo el modo de una no coincidencia consigo mismo, un sujeto radicalmente separado de una parte de sí mismo, marcado, según Lacan, por esta "heteronomía radical cuya hiancia en el hombre mostró el descubrimiento de Freud". Constatamos que la división del sujeto que consideramos aquí se refiere a dos órdenes totalmente distintos en cada uno de estos dos enfoques (así como las nociones de "otro", "clivaje", "heterogeneidad", entre otras). Al dividido-desdoblado, en el espacio de él

4 "Dar a la alteridad [...] un valor constitutivo [...]. La teoria de la polifonía [...] agrega [...] una alteridad 'interna' –postulando que el sentido de un enunciado describe la enunciación como una forma de diálogo cristalizado, en el que varias voces van chocando–." (Ducrot, 1984, p. 9) o "[Al mostrar] que el sujeto hablante es un ser complejo, dividido, porque se trama con las imágenes que se construyen del otro como interlocutor, y con lo que puede estar en juego en el acto de lenguaje" (Charaudeau, 1989, pp. 9-10).

mismo y del otro, y al juego de imágenes recíprocas entre sí mismo y el otro de A se opone absolutamente el dividido-descentrado (bajo la acción de Otro radical, de un heterogéneo absoluto), tal como lo llama Roudinesco (1977): "[en la estructura de la subjetividad humana] (distinta del esquema especular de él mismo y el otro que domina en la positividad de las ciencias humanas) [...] el sujeto no es doble sino dividido, habla sin saberlo desde otro lugar (A)" y "el sujeto (del inconsciente) representado por el significante no está desdoblado ni dividido como las mitades de una pera. Es un sujeto en el cual falta el hecho de una subjetividad psicológica. Es, barrado por el deseo, la expresión misma de una división" (pp. 72 y 48)[5].

En tal marco teórico, el decir no podría ser transparente para su enunciador: fundamentalmente, le es irrepresentable; es lo que dice el "no hay metalenguaje" de Lacan, que no hay lugar externo al lenguaje desde donde el sujeto pudiera decir la verdad sobre el lenguaje —una palabra hacia la que no podemos volvernos "sino dejándonos empujar cada vez más adelante por ella" (Lacan, ([1966] 1971), p. 261)—. Si se quiere, son bucles... la reflexividad lingüística y enunciativa que me ocupa y

5 Cito a Roudinesco en textos ya antiguos más que en otros con los que, a lo mejor, hoy estaríamos más familiarizados, ya que la claridad de aquellos, abrupta por momentos, me ayudó mucho.

que Lacan había usado impenitentemente, obviamente no se encuentra cuestionada aquí: el hecho de que estemos obligados a usar el lenguaje para hablar del lenguaje justamente nos demuestra que no lo dejamos nunca (*Scilicet 2/3*, 1970, p. 205)[6]. Pero, si no hay metalenguaje, se impone la necesidad de repensar —y ya no solo como mero reflejo— el estatuto en la enunciación de hechos observables de autorrepresentación.

Esto sitúa el control, la posición dominante metaenunciativa, automáticamente del lado del fantasma, de lo imaginario del enunciador —lo que no significa el lado de lo inexistente, ni siquiera de lo insignificante o inesencial—. La categoría lacaniana de lo imaginario es efectivamente lo que nos permite salir de una mera constatación de irreductibilidad entre las dos concepciones A y B del sujeto, en la medida en que nos abre la posibilidad de pensar nuevamente lo que está considerado en A, pero con los términos de B.

6 [Esta inferencia de la autora sobre el decir de Lacan respecto de la cuestión del metalenguaje refiere, en el original en francés, a un artículo sin firma, lo que era habitual en *Scilicet*, la revista de la École freudienne de Paris, dirigida por Lacan. La referencia al metalenguaje en esa página es la siguiente: "¡Como si hubiera un metalenguaje que permitiese al analista formular sus conclusiones en otros significantes que aquellos de la tradición donde sus pacientes han sido, como él, moldeados!" (1970, p. 205). M. L.]

Si, efectivamente, para el sujeto estructuralmente dividido del inconsciente, el centro (el uno, el dominio) se sitúa como manifestación de la ilusión, en el sujeto se reconoce de manera no menos estructural el lugar vital de una función de desconocimiento —de equivocación— cumplida por un yo cuya tarea constante, en el imaginario, es anular la división, la falta, la pérdida, el descentramiento que afectan al yo [*je*]:

> el sujeto se encuentra descentrado de su posición de dominio [...]. Está "dividido", cuenta Freud, pero, sin embargo, no desaparece, habla y sigue en el fantasma bajo la forma del Yo [*Moi*]. El descubrimiento del inconsciente permite significar esta división inaugural, mostrando cómo permanece la ilusión del centro y que es inherente a la constitución del sujeto humano (Roudinesco, 1977, p. 42).

Se trata, por lo tanto, de esforzarse por "colocar el imaginario en su lugar", o sea, como instancia del sujeto a la cual le incumbe hacerse cargo de la necesaria ilusión del UNO, y permite que el sujeto funcione como no uno. Colocar el imaginario en su lugar es la condición para salir de la alternativa "trabada" que presentaba Ducrot en su respuesta epílogo al *Mauvais outil* [La herramienta inútil] de P. Henry (1977): esta alternativa corresponde al "frente a frente" de dos enfoques que reducen igualmente al sujeto y su enunciación a lo que solo constituye su imaginario, pero para sacar consecuencias opuestas.

- Por un lado, los enfoques pragmáticos que otorgan un lugar a los hechos enunciativos, pero los encierran en un espacio de intención, interacción y representaciones (estrategia, relación con el otro, desdoblamiento, imágenes...), e ignoran definitivamente lo que, en la enunciación, podría escapar a ese registro del imaginario.
- Por otro lado, durante tan largo tiempo, el análisis del discurso, desarrollado por y alrededor de Pêcheux, siguiendo los pasos de Althusser y Foucault, sin interés —en beneficio del estudio de "procesos discursivos" considerados como verdaderos "sujetos causa" del decir— por las formas concretas de la enunciación, vistas como puras manifestaciones superficiales de la "ilusión subjetiva": una "espuma" sin interés...

Este esfuerzo para colocar lo imaginario en su lugar de ilusión vital para el sujeto, cuyas formas tenemos que considerar, al mismo tiempo que es indispensable no reducir el sujeto —y el sujeto hablante— a ellas, se encuentra explicitado, por ejemplo, en *La parole intermédiaire* [La palabra intermedia] de Flahaut, un ejemplo excepcional de enfoque de la conversación preocupado

por relacionar sus observaciones con la doble determinación del inconsciente y de la ideología:

> la pantalla [...] que interponemos entre el funcionamiento real de la palabra y la consciencia que logramos alcanzar de ella [...] no [debe] considerarse solo de manera negativa, como pura ilusión sin espesor que nos velara la realidad: la opacidad es en sí misma una realidad y [...] lo que hay que mirar de frente, respecto del velo (con sus efectos ilusorios), es que no podríamos vivir sin él. Se trata entonces de tomar en serio lo superficial, la espuma de lo cotidiano, la zona de todo lo que viene a conjurar el insoportable surgimiento de lo real [...], el espacio en el que se producen y por el cual circulan mediaciones cuya textura mezcla lo simbólico con lo imaginario" (1978, pp. 153 y 154).

Para los bucles metaenunciativos de la modalidad autonímica, reconocer en una postura de sobrevuelo metaenunciativo un lugar privilegiado de lo imaginario de la enunciación, a partir del momento en que se fija como condición de aquella que no hay metalenguaje, sino un sujeto efecto dividido del lenguaje, no coincidente consigo mismo y desestimado del dominio de un sentido que le es imposible representar, equivale:

- tanto a reivindicar la importancia, en el enfoque de la enunciación, del hecho de la metaenunciación y de las imágenes que se producen en ella (contra la posición que consideraría despreciable lo que se relaciona con el registro de la ilusión)
- como a plantear que el estatuto de lo representado (contra la posición que desconocería la dimensión ilusoria en él), en el plano metaenunciativo, no puede concebirse sino en su relación con lo que, en la enunciación, es irrepresentable y, por lo tanto, escapa de él.

Tomar en serio las formas de representación que los enunciadores otorgan de su decir es, como acabamos de ver, tomar a los enunciadores "en sus palabras", no alisar nada de la especificidad, del grano de su "meta-decir"; no es, en cambio, "fiarse de sus palabras", o sea tomar estas representaciones como imágenes fiables del proceso enunciativo: la parte de "verdad" de las glosas corresponde más a lo que manifiestan —y hasta traicionan— de la relación íntima del enunciador con las condiciones reales de su enunciación, en la representación que dan de ellas, que a una imposible "fidelidad" de aquellas representaciones a una realidad que es fundamentalmente irrepresentable.

Las heterogeneidades constitutivas de la enunciación

Llego entonces ahora a mi tercer y último punto de apoyo al psicoanálisis, que voy a tratar solo superficialmente. Es

el punto que llamo las heterogeneidades o las no coincidencias constitutivas de la enunciación; se trata de plantear que, en relación a la observación de los bucles del decir que dan lugar localmente a hechos de no coincidencia representada (a), (b), (c), (d) es constitutivamente —o sea, de manera inherente, permanente e irrepresentable— que aquellos cuatro campos de la no coincidencia afectan el decir.

Por consiguiente, más allá de lo que las formas de representación de hechos de no coincidencia representan —figuras muy variadas de gestión local de hechos de no uno que van escenificando—, ellas manifiestan, de un modo que no supone intencionalidad, la negociación obligada de todo enunciador con el hecho de las no coincidencias fundamentales que atraviesan su decir: negociación que constituye un trabajo de "denegación", en el que las formas de representación, los rastros, las emergencias de no coincidencias fundamentales aparecen al mismo tiempo como máscaras en la imagen que de ellas procuran, en que las no coincidencias se representan a la vez como circunscritas (o sea que constituyen el resto, diferencialmente, como UNO) y dominadas (por el enunciador capaz de controlar su decir desde su posición de dominio metaenunciativo).

Por lo tanto, la no coincidencia interlocutiva es, sobre bases teóricas posfreudianas, presentada como constitutiva de la enunciación: más allá de diferencias psicológicas y sociales —espacio en el que se inscriben las "estrategias interactivas", los cálculos, que, tan sofisticados como sean, remiten siempre a una relación dual, en espejo; que se inscriben en esta *two-body psychology* en la cual "el otro aparece como el reflejo de sí mismo por vía de una regla de conversión"— es una disyunción estructural irreductible la que marca por el hecho de su inconsciente, singular, la relación entre dos sujetos radicalmente "no simetrizables", para retomar la expresión de Milner (1978), o sea, "cuya diferencia no puede borrarse desde ningún punto de vista" por medio de ningún cálculo o estrategia que sea.

La comunicación concebida como producción de "uno" entre los coenunciadores se considera aquí un señuelo, lo imaginario de una coenunciación fundamentalmente marcada por el no uno, por ese "malentendido" que Lacan —sin ironía— consideraba como el "fundamento" de la comunicación.

En su diversidad, las formas de la no coincidencia interlocutiva representada (a) aparecerán como figuras variadas de respuestas que produce el enunciador y de su imaginario de dominio comunicativo al realizarse su encuentro (muy local, "protegido" por dicho imaginario) con la no coincidencia interlocutiva constitutiva (a'). Estas figuras se inscriben en dos vertientes: (1) conjurar el hecho de que una manera de decir o un sentido no se dan de inmediato, o en absoluto, como "compartidos" por medio

de diversas estrategias (pedido de decir a una sola voz: *digamos X*; llamado a la benevolencia del otro: *X, permítame...*; suspensión del decir a la voluntad del otro: *X, si se quiere*; *si entiende a lo que voy*), o sea intentos para restaurar un UNO de coenunciación ahí donde aparece como amenazado; o, al contrario, (2) tomar nota en ese punto del no uno, al marcar que "las palabras que digo yo no son las suyas" (*X, como no lo dice usted*; *X, sé muy bien que no le gusta la palabra*) o que "las palabras que digo son suyas, no mías" (*X, como acaba de decir*; *como le gusta decir*).

La no coincidencia del discurso consigo mismo se da como constitutiva, en relación con el dialogismo bajtiniano (considerando que cada palabra, al producirse en el "medio" de lo ya-dicho de los otros discursos, está habitada por el discurso otro) y con la teorización del interdiscurso, en el marco del análisis del discurso (Pêcheux) mediante una evolución ahora que otorga cada vez más lugar a la heterogeneidad de las mismas formaciones discursivas, principio fundamental exteriorizador para el decir de su determinación por medio de *eso habla*, *en otra parte*, *antes e independientemente*. Y desemboca al nivel del sujeto sobre lo que Schneider (1985) llama "la no pertenencia fundamental del lenguaje".

Al señalar entre sus palabras la presencia extraña de palabras que se marcan como parte de otro discurso, un discurso dibuja en él el rastro —que se inscribe en una "interdiscursividad representada"— de una frontera interior/exterior. Cierto número de oposiciones pueden desprenderse del conjunto de esas formas, para poder especificar los tipos de fronteras entre sí mismo y el otro por las cuales un discurso va produciendo dentro de sí mismo, por diferencia, una imagen de sí.

Entre las posiciones enunciativas "extremas" del discurso de imagen monológica —discursos políticos totalitarios, por ejemplo— que niega cualquier lugar en él a toda exterioridad discursiva y aquella —no exenta de riesgos para el enunciador, en este caso— de una escritura como la de Flaubert, que aspira a no ser sino la exterioridad sostenida por un (enunciador) recolector, es decir, tal que todo, cada palabra, debería percibirse como si estuviera entre las comillas de un "como se dice", se despliega la infinita variedad de representaciones que cada habla o escritura propone de sus relaciones con otras, sobre el fondo —irrepresentable— de la presencia constitutiva en todo discurso de lo ya-dicho en que se produce.

La no coincidencia entre las palabras y las cosas se da como constitutiva en una perspectiva doble; por una parte, la oposición reconocida por la lingüística entre la "cuadrícula diferencial" (Milner, 1978) de la lengua —sistema finito de unidades discretas— y lo continuo, las infinitas singularidades de lo real por nombrar, inscribiendo un "juego" inevitable en la nominación; y, por otra parte, en

términos lacanianos, lo real como radicalmente heterogéneo al orden simbólico, o sea, de la falla (constitutiva del sujeto como carente), de "falta de aprehensión de la letra sobre el objeto", que desemboca en la "pérdida" inherente al lenguaje, al cual responden, con modalidades opuestas, la escritura —que "habita" esta diferencia— y la producción de mitos consoladores —las distintas lenguas "perfectas" que rechazan esa diferencia—.

Las figuras que puntualmente dejan lugar a esta diferencia en el decir corresponden a tres estilos: (1) figuras del UNO realizado en la nominación, comprendido bajo el enfoque de la coincidencia del enunciador con su decir (que juega con la intencionalidad, el deseo personal, las normas colectivas…: *X, y quiero decir X*; *me atrevo a decir X*; *lo que se puede, lo que hay que llamar X*) o de la coincidencia de la palabra con la cosa (*X es la palabra exacta, justa, que corresponde*; *X en el sentido estricto del término*; *X propiamente dicho*;…) (2) figuras de la adecuación buscada, que representa una enunciación "entre el decir y el no decir" (*lo que se podría llamar X*; *no digo X, pero casi*; *¿diría X?*), o una nominación "entre dos palabras" (*X, iba a decir Y*; *X, ¿o diría mejor Y?*; *X, o más bien Y*; *X, no Y*; *X o Y*); (3) figuras de la falta de la nominación, entendidas o bien en el nivel del modo de decir ausente a sí mismo (en las modalidades "suspensivas": *si podemos decir así*; o "anuladoras": el *no diría X que…*) o que recobran una imperfección (*X, empleo X a falta de algo mejor, por comodidad, provisoriamente*; *X, por así decir*); o bien en el plano de la diferencia descrita entre la palabra y la cosa (diferencia especificada: *X es un eufemismo*; o diferencia sugerida: *X, entre comillas…*).

Finalmente, se plantea *la no coincidencia de las palabras con ellas mismas* —contra los enfoques "monosemizantes", que reducen a procesos lúdicos o fortuitos, situados del lado de la recepción, la dimensión del equívoco del decir— consustancial al juego de lo que Lacan llama lalengua en la lengua, entregando básicamente el sistema lingüístico de unidades distintas y sus enunciados al equívoco de una homonimia generalizada en la que se anclan la poesía, la práctica psicoanalítica, y con la que Saussure se había topado con pavor en sus anagramas.

Las figuras que puntualmente dan testimonio del encuentro de los enunciadores con el equívoco jugando con sus palabras son de cuatro tipos: (1) respuestas de fijación de un sentido (*X, en el sentido p, X, no en el sentido q*; *X, sin juego de palabras*); (2) figuras del decir alterado por el encuentro del no uno: excusas, reservas, modalidades irrealizantes del decir, vinculadas al juego de un "sentido de más" (*estaba por decir X*; *X, si me atrevo a decirlo así*); (3) el sentido desplegado en el no uno (*X, también en el sentido de q, en el sentido de p y de q, en los dos sentidos, en todos los sentidos del término*); (4) el decir

reforzado por el no uno, a menudo imprevisto, del sentido (*X, nunca mejor dicho*; *X, ¡es la palabra!*; *X, para decirlo de una forma preciosamente ambigua*...).

Podemos notar que, si las dos diferencias (a) y (b) antes evocadas —inscritas respectivamente en la relación con el otro (inter)locutor y con otro discurso— son viables en el marco del "dialogismo" bajtiniano, no es el caso de las diferencias (c) y (d), que corresponden a lo "real" de la lengua —como forma, por un lado; como espacio de equívoco, por el otro—, y a las cuales la perspectiva dialógica no deja lugar en su enfoque de la enunciación.

Sin embargo, por la vía de una variedad de formas, se manifiestan en el discurso una serie de posiciones enunciativas con diferencias muy reveladoras: posiciones a veces "extremas", como la de la escritura de Claude Simon o de Nathalie Sarraute, que van incesantemente acompañadas, en diversas modalidades, de la imagen de la falta de la palabra para decir la cosa, frente a discursos técnicos construidos a fin de ignorar esa falta, y también, en el juego del equívoco, la diferencia que separa las escrituras teóricas de Lévi-Strauss por ejemplo, que no le deja lugar, sino como excepción, para reducirla, y la de Barthes o Lacan, quienes de distinto modo acompañan el avance de su discurso acogiendo reflexivamente el equívoco.

Entre, por un lado, el carácter obviamente destacado de la irrupción del lapsus, que agujerea la cadena del decir, sobre la cual se impone con su heterogeneidad la voz de la "Otra Escena", y, por otro lado, el juego debajo de la superficie con apariencia de unidad y dominio del decir, de la "otra dimensión", inconsciente, pero sobre la cual al mismo tiempo corre y en la que toma cuerpo, y que, a pesar de lo ensordecedor que puede llegar a ser su modo de hacerse oír eventualmente, no afecta la regularidad combinatoria de la cadena, los bucles reflexivos, que responden desde lo imaginario con un sobrevuelo metaenunciativo a la falla experimentada en el decir de las no coincidencias que lo atraviesan, manifiestan, en la superficie del decir, la "costura aparente" que marca en un mismo movimiento la "vuelta" de la autorrepresentación y el desgarro que es su objeto; discretas asperezas en la superficie del decir, hasta tal punto que se disuelven en tics que pasan inadvertidos, esas costuras —o cicatrices— dibujan sobre el cuerpo del decir una cartografía de "puntos sensibles" cuyo rastro merece seguirse. Para un sujeto que es sujeto al ser hablante, o sea al estar capturado por el lenguaje, son puntos esenciales de la cuestión que se manifiestan, remitiendo a su modo singular de estar capturado por el lenguaje, que es particularmente un modo singular de "situarse en" o de "arreglarse con" sus no coincidencias y lo que inscriben en el corazón del sujeto y del sentido como división y amenaza de desligazón...

Authier-Revuz, J. (1990). *La non-coïncidence interlocutive et ses reflets méta-énonciatifs* [La no coincidencia interlocutiva y sus reflejos metaenunciativos]. En Berendonner, A. & Parret, H. (eds.), *L'interaction communicative* (pp. 173-194), colección Sciences pour la communication, vol. 32. Bern: Peter Lang Publishing Group.

Authier-Revuz, J. (1993*a*). *La non-coïncidence interlocutive et ses reflets méta-énonciatifs*, *Jeux méta-énonciatifs avec le temps* [La no coincidencia interlocutiva y sus reflejos metaenunciativos, juegos enunciativos con el tiempo] (pp. 87-105). En Parret, H. (ed.), *Temps et discours*, colección La Pensée philosophique. P. U. de Louvain.

Authier-Revuz, J. (1993*b*). *Du je de l'intention au jeu du hasard : figures méta-énonciatives du "bien-dire"* [Del yo de la intención al yo del azar: figuras metaenunciativas del "bien-decir"], en *Cahiers de praxématique*, 20, 87-113.

Authier-Revuz, J. (1995). *Ces mots qui ne vont pas de soi : Boucles réflexives et non-coïncidences du dire* [Esas palabras que no van de suyo: bucles reflexivos y no coincidencias del decir] [2 vols.]. París: Larousse.

Authier-Revuz, J. (1996). Dire du défaut, défaut du dire, les mots du silence. *LINX*, *"Du dire et du discours"*, n.° especial, 25-40. [Decir de la falta, falta del decir: las palabras del silencio. Versión en español en este volumen].

Charaudeau, P. (1989). La conversation entre le situationnel et le linguistique [La conversación entre lo situacional y lo lingüístico]. *Connexions*, 53, 9-10.

Ducrot, O. (1984). *Le dire et le dit* [El decir y lo dicho]. París: Les éditions de Minuit.

Flahaut, F. (1978). *La parole intermédiaire* [El habla intermedia]. París: Ed. du Seuil.

Henry, P. (1977). *Le mauvais outil* [La herramienta inútil]. París: Ed. Klincksieck.

Lacan, J. ([1966] 1971). *Escritos*. [2 vols.] México D. F.: Siglo XXI Editores.

Milner, J. C. (1978). *L'amour de la langue* [El amor de la lengua]. París: Ed. du Seuil.

Normand, C. (ed.) (1990). *La quadrature du sens*, *Nouvelle Encyclopédie Diderot* [La cuadratura del sentido]. París: P.U.F.

Proust, M. ([1919] 1987). *A la sombra de las muchachas en flor* (Salinas, P., trad. [adapt.]). *En busca del tiempo perdido* [vol. 2]. Madrid: Alianza.

Roudinesco, E. (1977). *Pour une politique de la psychanalyse*. París: Maspero.

Schneider, M. (1985). *Voleurs de mots* [Ladrones de palabras] (colección Connaissance de l'inconscient). París: Gallimard.

Scilicet 2/3 (1970). Condensation et déplacement : une élucidation. *Scilicet*, 2/3, 195-220. [Artículo sin firma].

Vasse, D. (1983). *Le poids du réel, sa souffrance* [El peso de lo real, su sufrimiento]. París: Ed. du Seuil.

Acerca del equívoco[1]

Paul Henry

¿Qué es el equívoco? Lo recordamos para tratar de no ser nosotros mismos demasiado equívocos. Tómese la definición propuesta por Wikipedia, tan buena como cualquier otra:

> El equívoco, del latín *aequivŏcus*, de *aequus*: 'igual', 'semejante'; y *vox*: 'voz', 'palabra'; es la expresión de un pensamiento con doble sentido, susceptible de doble interpretación.

1 Este texto sirvió de base a una conferencia presentada durante el curso de las *Jornadas internacionales de análisis del discurso y psicoanálisis "La aversión del sentido"*, llevadas a cabo en el Laboratorio de Estudios Urbanos (Nudecri/Unicamp) en Campinas, Brasil, el 26 y 27 de noviembre de 2013. Tuvo importantes correcciones en algunos puntos. Retoma en parte argumentaciones presentadas en un artículo anterior (Henry, 2012) aparecido en la revista *Essaim*, *29*, pp. 97-109, bajo el título "Sacar lalengua" [*Tirer lalangue*]. Texto publicado en francés, en (2016). Baldini, L. J.; Barbai M. A.; Cavallari, J. S. (orgs.). *Discurso e Psicanálise: a-versão do sentido*. Campinas: Pontes.

Los gramáticos no se privan de dar ejemplos de equívocos. Tomaré prestado uno (un ejemplo) de uno de ellos. Se trata de mostrar que la palabra *y* en francés[2] puede ser tanto conjuntiva como disyuntiva. Veamos este verso extraído de una fábula de La Fontaine (1661), "El roble y el junco":

Me doblo y no me rompo.

Veamos ahora este otro verso extraído de un poema de Alfred de Musset (1863), "El sauce":

La tempestad se aleja y los vientos se calman.

A estos dos versos, el gramático o el lingüista aplica su viejo y buen método de sustitución: reemplaza *y* por otra conjunción, en este caso preciso, *pero*. Y observan que esto cambia. En lo que concierne al verso de La Fontaine (1668), se obtiene:

Me doblo, pero no me rompo.

Esto introduce ciertamente un matiz, pero la significación permanece coherente. Con el verso de Musset (1863), se obtiene:

2 [N. de la T.: Lo dicho para la lengua francesa tiene el mismo valor para la lengua española].

La tempestad se aleja, pero los vientos se calman.

Esto parece incoherente, incluso absurdo, ya que se sabe muy bien que es porque los vientos se calmaron que la tempestad se aleja; mientras que, tomado al pie de la letra, el verso parece indicar que son dos acontecimientos contrarios.

El *y* en francés es equívoco toda vez que coordina dos enunciados de los que no se sabe si son o no compatibles.

Se observa que los versos transformados respetan la gramática, pero que, desde el punto de vista semántico, se plantea un problema. La anomalía no aparece sino a condición de hacer patente lo que puede decirse de las relaciones entre vientos y tempestades.

Ahí está reiterada esquemáticamente lo que yo llamo la concepción clásica del equívoco. Que se entienda bien. Diciendo "clásica", no emito ningún juicio de valor o de pertinencia sobre esta concepción.

Junto a esta concepción clásica del equívoco, hay otra más amplia, que parece ser una extensión de esta. Es la que encontramos tanto en Lacan como en muchos trabajos de psicoanálisis en los que se trata el equívoco. Cuando Jean-Claude Milner escribe que la palabra "estructuralismo" es equívoca porque designa tanto una empresa propiamente científica como un movimiento de moda, está claro que se trata del equívoco en sentido clásico. No importa

mucho saber si, para Milner, ser una empresa científica y ser un movimiento de moda son o no son compatibles. Esto no cambia el fondo. No es lo mismo cuando escribe en *L'amour de la langue* [*El amor de la lengua*]:

> Es siempre posible —sin apartarse de la experiencia inmediata— hacer valer en toda locución una dimensión de lo no idéntico: es el equívoco y todo lo que a este se refiere: homofonía, homosemia, homografía, todo lo que conlleva el doble entendimiento y el decir con medias palabras, incesante tejido de nuestras conversaciones (Milner, 1978*b*).

A esto se añade que, si se puede suprimir el equívoco por determinados procedimientos, lo real de este resiste. Ahora bien, lo que distingue la posición de Milner respecto al equívoco proviene del hecho de que esta lleva a considerar que nada escapa al equívoco y que, en última instancia, este no tiene límite.

A continuación, recordaré la radicalidad que alcanzó Lacan en su concepción del equívoco. Convengamos por el momento que el psicoanálisis parece destinado a hacer estallar el concepto tradicional de equívoco. Además, Lacan hace estallar todos los conceptos mayores de la lingüística, comenzando por los de *significante* y de *lengua*. Esto no implica que los vuelva caducos u obsoletos, como veremos justamente con el equívoco. El psicoanálisis con Lacan no fomenta una nueva lingüística que vendría a tomar el lugar de la que conocemos, sino otra cosa, lo que Lacan llamó *lingüistería*. El psicoanálisis no puede no tener en cuenta la materialidad significante, pero lo hace desde su propio punto de vista: se trata de despejar lo que le hace al ser el ser hablante, lo que le hace el que haya para él en el mundo lenguaje, que eso hable en el mundo y que eso tenga incidencia en él.

La lingüística no tiene nada que hacer con esto. Su preocupación es decir cómo la lengua está hecha, que es así y no de otra manera. Y esto es completamente otra cosa. El psicoanálisis necesita, para decirlo rápidamente, poner al significante nuevamente al mando: aquello por lo cual hay sujeto, antes de que pueda haber sentido o significación. El significante no viene a etiquetar un sentido que ya estaría allí; no puede haber sentido sino si hay ya un significante. Lacan invierte, entonces, el orden de las determinaciones a las que estamos habituados. Es porque para el ser hablante hay significante en el mundo —parafraseo nuevamente a Lacan— que una serie de objetos o de cosas, que no lo serían de otra manera, son significados; y no a la inversa. Lo que está en juego es la ilusión de la transparencia del lenguaje y todo lo que se vincula a esto. La cuestión del equívoco es particularmente propicia para hacer resurgir esta diferencia de punto de vista. Esta es una de las razones por las que elegí hablar de esto hoy.

Los que nos interesamos en el análisis del discurso no podemos dejar de lado lo que esta cuestión del equívoco puede informarnos acerca de la lingüística, tanto más cuanto que del sentido es central para esta disciplina. Muy globalmente, el análisis del discurso es una tentativa de retomar sobre nuevas bases la cuestión del sentido. El análisis del discurso necesita de la lingüística. Si el psicoanálisis nos dice algo que concierne a la lingüística, esto no podría no concernir al análisis del discurso. Prosigamos pues nuestro examen de lo que el psicoanálisis significa con respecto a la lingüística.

Hay (y esto no ha dejado de ser señalado) una paradoja en la forma en la que Lacan se relacionó con la lingüística. Esto jugó un rol capital, de manera muy evidente, en su "retorno a Freud". No fue muy indulgente en sus referencias a Saussure, a Benveniste y, sobre todo, a Jakobson. Y era la época en la que algunos veían en la lingüística la ciencia piloto de todas las ciencias humanas. Algunos pretendieron que Lacan había caído en ese defecto, como tantos otros. Esto constituye sin duda una falsa acusación, aunque más no fuera por una buena y sencilla razón: nunca creyó en las ciencias "humanas". La ciencia, para Lacan, era ciertamente otra cosa. Ustedes saben perfectamente también que Lacan marcó de manera intransigente el territorio del psicoanálisis respecto de la lingüística. Pasemos por alto eso de que

"los lingüistas piensan con sus pies", que no ha sido muy bien comprendido. Ya hice alusión a la *lingüistería*. Y hay esas tomas de posición explícitas que jalonan el recorrido de Lacan. Así, en 1973, en *L'étourdit*, escribe: "Porque la lingüística, en cambio, nada desbroza para el análisis" (Lacan, 2012, p. 514). Propósito que continúa marcando una distancia con Jakobson. En 1975, en el seminario *Encore*, dice: "Mi decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no pertenece al campo de la lingüística" (Lacan, 2008, p. 24).

No multipliquemos las citas, estas son bastante explícitas. Todo lo que para el psicoanálisis es importante a los ojos de Lacan es lo que, desde cierto punto de vista, hace posible la lingüística, pero no lo que ella revela en cuanto a su objeto, en cuanto a la forma de ese objeto[3]. No es de la incumbencia del psicoanálisis, lo que no quiere decir que este no la tenga en cuenta. Lacan no ha dejado de hacerlo todo a lo largo de su trabajo.

Habiendo planteado esto, volvamos al equívoco. En un artículo que escribí para un número de la revista *Essaim* (Henry, 2012) dedicado a lo que Lacan llama *lalengua* y que apareció el año pasado, interrogué lo que Lacan dijo en la primera sesión de su seminario del año 1964-65 para acercarme a cómo él se situaba en relación

3 Saussure ([1915] 1945, p. 193): La lengua es "una forma, no una sustancia".

con la lingüística. Les propongo emprender el mismo camino. Esta primera clase de ese seminario sobre los problemas cruciales para el psicoanálisis es aquella en la que se ocupó de Chomsky (1957) y de sus famosos conjuntos de palabras fabricados *ad hoc* con fines de demostración:

Colorless green ideas sleep furiously.

Furiously sleep ideas green colorless.

Ustedes conocen esto muy bien, estoy seguro de ello. De todos modos, les recuerdo que Chomsky imaginó estos dos conjuntos de palabras (¿puede decirse que son enunciados o frases?) para demostrar que es pertinente y legítimo tratar la sintaxis independientemente de la semántica.

Para Chomsky, esos dos conjuntos están igualmente desprovistos de significado o son absurdos, pero solo el primero es gramaticalmente correcto. Estas consideraciones deben hacerles recordar lo que yo expuse a propósito de los ejemplos de equívoco de los gramáticos.

Qué es lo que Chomsky habría podido pensar, para considerar solo esto, de los dos últimos versos del célebre poema de Baudelaire ([1861] 1898) que comienza con:

Sé sabio, Dolor mío y permanece en calma.

Y termina con:

y como una larga mortaja que vaga hacia Oriente
escucha, mi querido, escucha la dulce Noche que camina.

Para Chomsky, ¿estos versos son absurdos? ¿Quién puede imaginar que la noche pueda caminar? ¿Quién puede creer que un dolor, dado que "querido" es ese dolor que interpela al poeta, pueda entonces ser como una mortaja? Parecería que Chomsky no pudiese aceptar las metáforas.

Aquí se nos incita a hacer un paréntesis para evocar lo que Lacan dijo de la poesía, en la que aconsejó a los psicoanalistas inspirarse en sus intervenciones: "*poeteen* bastante". Vamos a contener, sin embargo, nuestra impaciencia por entregarnos a esto todavía un poco más. Quiero profundizar en lo que respecta a la relación entre la lingüística y el psicoanálisis, especialmente al psicoanálisis revisitado por Lacan.

La cuestión fue tratada, como se sabe, por Jean-Claude Milner (1978*b*) en un texto que permanece como referencia insoslayable: *L'amour de la langue.* A pesar de estar por completo de acuerdo con lo esencial de ese texto, pretendo tener algo más que decir al respecto. Milner no se interesó jamás realmente en el análisis del discurso.

Volvamos entonces a lo que aprendemos de la lectura de esta clase del seminario en la que Lacan se las aga-

rra con Chomsky. Si no me equivoco, es la única vez en que Lacan criticó detallada y abiertamente el trabajo de un lingüista. Pudo marcar su distancia con tal o cual, en particular con Jakobson. No recuerdo que lo haya criticado abiertamente. Estoy convencido de que todavía podemos encontrar en el texto de ese seminario indicaciones muy valiosas para lo que nos interesa. Lacan desarrolló una larga y minuciosa argumentación, llena de ironía y de juegos de palabras, argumentación en la que imagina situaciones o condiciones en las que el ensamblaje gramatical de Chomsky encontraría un significado. No entro en los detalles y salto hacia la conclusión:

> Bueno, todo esto habrá sido un muy hermoso ejercicio, pero no lo seguí —no diré hasta el final, porque lo abrevio— sino para pasarlo por alto, ¡porque es simplemente idiota! El inconsciente no tiene nada que ver con esas significaciones metafóricas, por más lejos que las llevemos, y buscar en una cadena significante, gramatical, la significación es una empresa de una futilidad extraordinaria. Porque si, en función del hecho de que estoy delante de este auditorio, pude darle esta significación, también hubiera podido darle otra, y por una simple razón, que es que una cadena significante engendra siempre, cualquiera sea ella, siempre y cuando sea gramatical, una significación, y diría más, no importa cuál. Porque soy capaz, haciendo variar, y se puede hacer variar hasta el infinito, las condiciones de entorno, de situación, pero mucho más las situaciones de diálogo, puedo hacer decir a esta frase todo lo que quiero, incluido, por ejemplo, en esta ocasión, que me burlo de ustedes (Lacan, 1964-65).

Está dicho, es inapelable. Yo sería, sin embargo, más radical que Lacan, sobre un punto. No considero la condición de gramaticalidad necesaria: es solo suficiente. Desde el momento en que, en lo que se presenta verbalmente o por escrito, no se reconocen sino elementos de la lengua, hay, en consecuencia, una interpelación o un mandato de encontrar un sentido o una significación. Que se pueda lograr o no es otra cuestión. Que se tenga o no el deseo de dedicarse a ello es también otra cosa. Pero el ser hablante, justamente porque es hablante, está expuesto a estas circunstancias, lo tenga presente o no. A fin de cuentas, es suficiente que se reconozca que allí hay significante para que este llame al sujeto a encontrar otro significante para representarlo: "el significante es lo que representa al sujeto para otro significante".

Piensen simplemente en todo lo que hizo Lacan jugando con los significantes, en su *lalengua*, en su *parlêtre*[4], pero también en ensamblajes totalmente inesperados, como los que aparecen en *La troisième* [*La tercera*] (1974): el *disque-ours*[5], que es el discurso y al mismo tiempo no

4 [N. de la T.: Neologismo de Lacan, que sustantiva el verbo *parler* (hablar) con *être*, verbo (ser/estar) o sustantivo (ser/persona)].

5 [N. de la T.: Otro neologismo de Lacan: *disque* (disco) y *ours* (oso) para

es el discurso; el *ourdrome*[6], que es el discurso de Roma y al mismo tiempo no es el discurso de Roma. Hay más que profusión. No son palabras de la lengua, pero no son tampoco simples ensamblajes de elementos de la lengua. Delante de estos bricolajes, hay un mandato o una interpelación a buscarles sentido o significación. Puede ser trabajoso hacerlo, se puede fracasar. Puede verse en eso solo un galimatías o una jerigonza. Pero, precisamente, aunque suceda esto, es necesario que la interpelación haya tenido lugar. Y esto puede ir muy lejos. Piensen en la poesía letrista o, más aún, en las producciones del Obrador de Literatura Potencial, fundado por Raymond Queneau (el padre literario de Zazie)[7], producciones en las que se explotan sistemáticamente combinatorias definidas de manera formal y aplicadas al material lingüístico, sin miramientos por el sentido o las significaciones.

La consecuencia inmediata de lo que Lacan estableció discutiendo a Chomsky es que el equívoco *a priori*

formar la palabra *discours*, que, en francés, significa "discurso". Las pronunciaciones son muy semejantes].

6 [N. de la T.: También aquí hay un juego de palabras en francés y en alemán. *Ours* por *discours* (discurso): *drome*, por *de Rome* (de Roma), y también *Ours* por *Ur* en alemán (el discurso originario de Roma)].

7 [N. de la T.: *Zazie dans le metro* [*Zazie en el metro*] (1959) es una obra literaria de Raymond Queneau, con muchísimos juegos de palabras, cuya traducción es sumamente difícil].

no tiene límites. No diría que es infinito y me explico. Tenemos que vérnosla con una estructura topológica que encontramos cada vez con más frecuencia en las ciencias contemporáneas: la de un espacio que, a pesar de ser finito, no tiene bordes, límites. Es un poco difícil de imaginar. Piensen solo en nuestro universo en expansión, en el espacio-tiempo. No tiene bordes, no tiene límites, porque en qué podría estar en expansión; no tiene límite. En esta topología, ilimitado e infinito son diferentes. El equívoco del sentido, tal como nos lo impone concebir el psicoanálisis, *a priori* no tiene límites. Quedamos muy encerrados en nuestro pensamiento, en nuestro imaginario, en una *episteme* clasificatoria de o bien - o bien, y en una *episteme* de ni-ni.

Antes de explicar las razones por las cuales insisto en decir que es *a priori* que el equívoco no tiene límites, vayamos a las consecuencias de esta ausencia de límite para la lingüística. Esto haría que la lingüística se volviera, de hecho, imposible, impracticable; y esto es lo que molesta. Esta vez me basaré en la *Introduction à une science du langage* [Introducción a una ciencia del lenguaje] de Jean-Claude Milner (1989). En una nota, se encuentra un señalamiento que podría dejarnos perplejos. Según Milner (1989), la noción de sentido y de significación que sostiene Lacan descartaría la posibilidad de establecer una lingüística, incluso una gramática,

de manera consecuente. Para poder identificar cualquier forma de lengua, la lingüística debe disponer de criterios empíricos. Como mínimo, le es necesario poder señalar identidades o diferencias: poder reconocer que la gramática o la sintaxis es idéntica o diferente, que el sentido o la significación son idénticos o diferentes. Además, debe poder fundarse en el hecho de que la significación sea idéntica si la gramática y los términos son idénticos; y, recíprocamente, sobre el hecho de que la significación difiera si los términos o la gramática cambian. Estos son requisitos mínimos. Sin embargo, es necesario precisar que el lingüista comprometido en la identificación de las formas de la lengua no tiene nada que hacer con la significación misma, no teniendo que considerar más que su existencia, su identidad o su diferencia. Concretamente, ¿cómo va a hacer el lingüista? A despecho de la ausencia de límite al equívoco, va a decidir sobre identidades, diferencias o ausencia de significación. En la lingüística, la ausencia de límites del equívoco tiene un alcance teórico más que práctico.

En el psicoanálisis, se impone la ausencia de límite del equívoco. Como el lingüista no puede hacer como si la ignorase relativamente, esta marca algo que separa el punto de vista del psicoanálisis y el de la lingüística. Queda, sin embargo, que este sin límite debilita a la lingüística y la pone en equilibrio inestable en cuanto a sus fundamentos. Reconocerlo hace justicia al título de la última obra de Michel Pêcheux, escrita en colaboración con Françoise Gadet ([1981] 1984), *La langue introuvable* [*La lengua de nunca acabar*]. Gran cantidad de dificultades puestas en evidencia en esta obra están directamente ligadas a este tópico.

Tratemos ahora de entender esta fragilidad. Y, para esto, interesémonos en lo que hace aparecer el hecho de someter la lingüística a la prueba de la formalización. Sabemos que Lacan intentó hacerlo en lo que concierne al psicoanálisis, para asegurar una transmisión sin pérdidas, una como la que se encuentra en forma ejemplar en matemáticas, donde no hay ninguna necesidad de saber acerca de Pitágoras, ni siquiera su nombre, para asegurarse de la validez de su teorema. Lacan hubiera querido lo mismo para su enseñanza: que pudiese separarse de su decir. Son los famosos *matemas*. Pero se sabe también que, a partir de 1973, aun diciendo que la formalización matemática era el ideal para el psicoanálisis porque solo ella puede asegurar una transmisión integral, Lacan precisa que esto solo puede ser ideal porque, en la práctica, dado que la formalización remite a lo escrito, es necesario utilizar la lengua común para presentarla. Pasa entonces de los matemas a la topología de los nudos. Entonces, para Lacan y, con él, para el psicoanálisis, la empresa de formalización está ligada a la cuestión de la transmisión. Si se aparta del

matema es para establecer otro modo de transmisión con los célebres nudos borromeos. La cuestión para la lingüística (y también, en cierto modo, para el análisis del discurso) no se ha planteado así para nada. Se puede pensar, por donde ha terminado, que ese ha sido su resultado. Pero se puede pensar de otra manera los resultados de la empresa de la formalización. Yo veo en esto una experimentación teórica. En las ciencias empíricas, la física o la biología, por ejemplo, aquello en lo que la formalización es exitosa está muy bien, es muy interesante. Pero allí donde fracasa, está muy, muy bien y es muy, muy interesante. En efecto, ese fracaso nos enseña algo sobre el objeto de esta ciencia. Ahora bien, precisamente, Jean-Claude Milner (1978*a*), en quien nos basamos una vez más, mostró de manera definitiva que la enunciación y el sujeto resultan irrepresentables e imposibles de formalizar, mientras que la formalización se ve llamada a dar cuenta de sus efectos en su notación. Es el caso para la teoría de los exclamativos, para la que la tentativa de representación formalizada no encuentra solución sino apelando a formas de escritura heterogéneas a su notación. Milner insistía sobre el hecho de que esta limitación es intrínseca, independiente de todo cuadro teórico. Concluía entonces: "Es lo real mismo de la lengua, que en algunos de sus lugares no puede ser descripto integralmente sino por el agregado de términos que lo subvierten" (Milner, 1978*a*).

Si seguimos la demostración de Milner, debemos convenir que someter la lingüística a la prueba de la formalización no solamente establece que su relación con el sujeto es singular, sino que su posición en la ciencia es particular. No puede acceder plenamente a lo que Lacan considera como fundamental para la ciencia, a saber, que ella prescinde del sujeto, lo expulsa y se crea sus fórmulas de un leguaje vaciado de sujeto. Y bien, la lingüística no puede prescindir del sujeto de este *parlêtre*, de este ser de lenguaje, aun no sabiendo qué hacer de él, sino por un artificio. Se puede así comprender el florecimiento de teorías de la enunciación cuyo estatus permanece problemático.

¿Qué puede tener esto que ver con el equívoco? Tomado en su radicalidad, el equívoco tiene el efecto de vaciar el sentido, hacer de él tabla rasa, porque hace de este cualquier cosa, es decir, nada. En su radicalidad, el equívoco, deja al significante desnudo. En el curso del seminario *La logique du fantasme* [*La lógica del fantasma*] (2004), después de haber planteado que la ciencia puede prescindir del sujeto, Lacan agregaba:

> Esto no tiene sino un resultado, es el de demostrar —en efecto— que el sujeto no es más que un efecto, y del lenguaje, y es un efecto de vacío. Desde ese momento, el vacío lo rodea lo más cerca posible de su esencia, es decir lo hace aparecer como una pura estructura de lenguaje, es el sentido del descubrimiento del inconsciente.

Esto nos lleva de nuevo a la poesía. El poeta juega con el equívoco. Puede de esta manera en ocasiones hacer surgir un sentido nuevo, inesperado, extraer una palabra bajo las palabras. Puede también ir más lejos en el equívoco, al extremo, hasta el borde donde no se lo podría seguir más, hasta el sinsentido que yace bajo el sentido. Por esta vía, puede hacer emerger los tesoros de la materialidad sonora del significante, los ritmos, las asonancias, las aliteraciones, los colores de las vocales, la textura de las consonantes. Es un juego difícil en el cual siempre se corre el riesgo de caer en el sinsentido absoluto. Es la proeza del poeta. Un poema debe ser siempre dicho, aunque más no sea en la cabeza, y no solamente leído.

Después de haber discutido acerca de las ideas verdes incoloras y haber sacado las conclusiones que ya conocemos, Lacan citó dos versos de *Andrómaca* de Racine (1667):

> Sueña, sueña Cefisa, con esa noche cruel
> que fue para todo un pueblo una noche eterna…

Habiendo despejado las incoherencias o inverosimilitudes que una lectura literal hace aparecer en estos dos versos, Lacan (1964-65) retiene de ellos finalmente lo siguiente:

1. El valor emotivo de estos dos versos está esencialmente en la repercusión en principio, en la repetición de esas cuatro "s" sibilantes [sueña, sueña, Cefisa…];
2. en la repercusión de "Cefisa" en "fue" de la segunda línea; y
3. en la repercusión de la "t" cuatro veces[8], de la "n" de "noche", dos veces, de la labial primitiva "f" promovida en su valor atenuado del "fue" y de Cefisa en ese "para todo un pueblo" que armoniza, que hace vibrar de cierto modo algo que seguramente, en estos dos versos, es todo el sentido, el sentido poético.

No hay que sorprenderse que Lacan haya elegido recurrir a Racine para basar su propósito: Racine fue un gran experto en cuanto al trabajo sobre la materialidad sonora. Quién no tiene en mente este famoso verso, extraído también de *Andrómaca*:

> Para quién son esas serpientes que silban sobre nuestras cabezas[9].

8 [N. de la T.: Para tener una experiencia de lo que Lacan quiere decir respecto a estos versos, hay que remitirse a la versión francesa: "Songe, songe, Céphise, à cette nuit cruelle / Qui fut pour tout un peuple une nuit éternelle"].

9 [N. de la T.: *Pour qui sont ces serpents qui sifflent sur nos têtes*].

Y es sin lugar a dudas la riqueza de la materialidad sonora lo que, para Lacan, constituye lo esencial en poesía. Y lo que él deja entender es que el sentido o la significación pueden ser un obstáculo para que esta riqueza nos llegue. Sostuvo esta fórmula un poco bizarra de que la poesía tiene éxito cuando fracasa, ¿cuando fracasa qué?: el sentido y la significación. Ahora bien, qué es lo que puede rechazar el sentido y la significación sino el equívoco, el juego sobre el equívoco. El equívoco despeja el sentido y hace entrever el sinsentido subyacente a todo sentido, al mismo tiempo que libera la riqueza sonora.

Ya es hora de que retome mi insistencia en subrayar que el equívoco es *a priori* sin límite. En efecto, hay que reconocer que no es sin límite sino *a priori*. En realidad, no lo es jamás. La poesía es un caso límite. Si el equívoco no es de hecho sin límite se debe a esta interpelación o mandato a la que todo ser hablante está expuesto desde el momento en que es confrontado con un material escrito o sonoro hecho de lengua, siendo la gramaticalidad secundaria. Esta es la condición del ser hablante, del sujeto, y eso forma parte de la condición humana. Bajo reserva de que no se aleje de esta interpelación, el ser hablante reconoce sentido a lo que se le presenta tanto en el discurso común como en su cabeza. Lo logra más o menos, como dije; eventualmente, no llega a extraer un sentido que le parezca coherente. Lo importante es que exista este mandato o interpelación, que el ser hablante no pueda sustraerse a ella, so pena de extraviarla. Entonces, ¿cómo hace para intentar responder al mandato, qué medio utiliza? Simplemente, se sirve de lo que tiene, admitiendo, dado el caso, la posibilidad de tratar de ampliarla: diccionarios, documentación, cuestionamientos... Se podría decir que es el saber, es lo que él ha aprendido. Pero es necesario añadir inmediatamente que este saber que pasa a través de palabras que interpelan, a las que a su vez es necesario encontrar un sentido... Y no tiene fin. Palabras que se despliegan en frases, que remiten a frases... He aquí lo que el análisis del discurso ha tratado de discernir. Más precisamente, ha tratado de aclarar lo que determina y delimita aquello que la interpelación puede convocar. Esto, y es el punto esencial, no es nunca cualquier cosa. De nuevo, podríamos contentarnos con decir que se refiere al saber, a lo que uno ha aprendido. Acabo de decir que este saber pasa también él por palabras, pero hay otras objeciones más fundamentales para hablar en estos términos. En primer lugar, esto presupone un acceso totalmente abierto al saber y a sus formulaciones. Esto es ignorar el lapsus y, de manera más amplia, la represión; en pocas palabras, que hay lo inconsciente, este no sabido, que, de cualquier modo, sostiene todo saber. A esto corresponde un imposible que estructura lo que se puede decir, oír, comprender. Pero hay otros imposibles que afectan al ser hablante. En primer lugar, ya lo hemos

visto, aquel del que se sostiene la lengua, lo que hace que nada pueda ser dicho u oído que no pase por la lengua que es como es. Vuelvo a esto una última vez: la condición de gramaticalidad que Lacan supone necesaria para poder encontrar sentido a lo que se enuncia enmascara algo mucho más difícil de determinar, y ahí está lo imposible ligado a la lengua en relación con el equívoco y con el sentido. Finalmente, hay un tercer registro de lo imposible que no puede ser reducido ni a lo que atañe al inconsciente ni al hecho de que la lengua sea como es. Abordaré este imposible a partir del argumento de que no se dice nunca cualquier cosa, que jamás se puede decir cualquier cosa. Todavía es necesario comprenderlo con precisión.

Está absolutamente claro que, con respecto al inconsciente, no se puede decir cualquier cosa, que jamás se dice cualquier cosa. Pero hay otras raíces que hacen que no se pueda decir ni se diga cualquier cosa. Para precisar de qué se trata, les propongo aproximarnos al argumento pasando por Foucault, a pesar del hecho de que él nunca quiso oír hablar del sujeto. A lo que apunto no deja de tener relación con lo que Foucault quiso comprender hablando de *episteme*. Que a continuación Foucault haya dejado de lado este concepto no debe detenernos. Ligado a una concepción discontinuista de la historia afirmada de la manera más radical, es susceptible —a la distancia y sin que nos contentemos con retomarlo pura y simplemente como cosa nuestra— de ayudarnos a concebir lo que, fuera de lo que tiene que ver con el inconsciente o la lengua, hace que no se pueda jamás decir cualquier cosa ni atribuir cualquier sentido a lo que, por el lenguaje, escrito o hablado, hemos sido confrontados. De una episteme a la otra, hay enunciados que pueden formularse y otros que no, se puede encontrar tal sentido y no tal otro. Más bien, existe esta idea muy fuerte según la cual, de una episteme a otra, no hay vuelta atrás posible, que no es posible resituarse en una episteme cuando se ha pasado a otra. Para Foucault hay definitivamente allí un cierto imposible. Pero no quiero retomar hoy solamente *La arqueología del saber* (1969) ni *Las palabras y las cosas* (1966), sino su clase inaugural en el Collège de France, *El orden del discurso* ([1970] 1992, p. 11):

> El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. Y esto no tiene nada de extraño: ya que el discurso —el psicoanálisis nos lo ha mostrado— no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que —esto la historia no cesa de enseñárnoslo— el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.

A partir de esta declaración preliminar, Foucault orientó su propósito en una dirección muy precisa. Lo que determina el orden del discurso, desde su punto de vista, en función justamente de lo que está en juego de deseo y de poder, son estas prohibiciones y estos procedimientos que lo sostienen. Anunció como programa en estas clases inaugurales la descripción y caracterización de estas prohibiciones y procedimientos. Se vislumbraba ya en esto el viraje hacia lo que iba a ser la mayor preocupación de Foucault, a saber, la del poder. Todavía en ese momento es cuestión de discurso, lo que *a posteriori* no se dará de manera explícita. Foucault se situaba entonces a primera vista abiertamente no en el terreno de un imposible como tal, sino en el terreno del Derecho, no solamente del derecho instituido, pero sí seguramente en este terreno en general (1970, p. 12):

> Se sabe que no se tiene *derecho* a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa.

Si Foucault dice acertadamente que no se puede no es porque es imposible, sino porque no se tiene derecho de hacerlo o porque está implícitamente prohibido de una manera o de otra. Es justamente lo que confirma lo que sigue:

> Supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad. (Foucault, 1970, p. 10).

No podríamos negar que estas prohibiciones, estos procedimientos de control, de redistribución... existen efectivamente. Esto opera en la familia, la escuela, el trabajo... en todos los niveles de la sociedad, en todo momento. ¿Hay que decir entonces que tenemos que vernos ahí con lo imposible? Está claro que Foucault no tenía en mente más que procedimientos de control, de selección, de redistribución, de organización de las prohibiciones, que operan de manera explícita, pero también ignorados tanto por aquellos que los aplican como por aquellos que se encuentran sujetos a ellos. Lo imposible ligado a la episteme es evidentemente de este tipo. Y ahí estamos seguramente más próximos a lo que debe ser tomado en cuenta. Pero, como quiera que sea, esto no tiene estrictamente ninguna relación con el Derecho bajo la forma que sea ni con la prohibición explícita.

El sentido o la significación que pueden ligarse a, digamos, materiales de lengua, no son, al fin de cuentas, cualquier cosa, por más que lo diga Lacan. Esto podría ser todo lo que uno quisiera o, para ser más precisos, todo lo que uno podría imaginar, y es eso lo que Lacan

tenía en mente. Queda el hecho de que nadie puede imaginar cualquier cosa a la vez por razones que tienen que ver con el inconsciente, pero también por otras razones. No se trata más entonces de lo que se podría o no querer. La gran dificultad a la que nos vemos confrontados es a la de identificar estas limitaciones, lo que las estructura y las determina. Parece relativamente sencillo, en la mayor parte de los casos, decidir lo que es de la lengua y lo que no lo es, en síntesis: lo que podríamos llamar el todo de la lengua, cuando, sin embargo, ese todo no sea presentificable. Es completamente otra cosa, tratándose de lo imaginable, de todo lo que se podría decir y comprenderse. La única certeza que tenemos es que eso no es nunca cualquier cosa. Lo inimaginable no es por naturaleza presentificable.

En efecto, debemos distinguir cuidadosamente dos problemas. Uno es el de identificar límites, por lo tanto, imposibles; el otro, la identificación de lo que los determina. Foucault se cuidó bien, tanto en *Las palabras y las cosas* (1966) como en *La arqueología del saber* (1969), de tratar de explicar las diferencias observadas entre una y otra episteme. Su única ambición, recordada de manera insistente, es entonces justamente, solo individualizarlas y caracterizarlas; de ahí la fórmula: "hay que tratar al archivo como un monumento y no un documento". Dado que nos lanzamos a seguir a Michel Pêcheux en lo que

hemos llamado análisis del discurso, está bien claro que no hemos sido tan prudentes como Foucault. Dejemos de lado la cuestión de saber si la intención de Foucault era efectivamente sostenible o si, de una manera u otra, no era llevado —aunque más no fuera para orientarse en la búsqueda de lo que puede cambiar de una episteme a otra— a encarar algunas determinaciones *a priori* de estas diferencias. Me parece que los textos dejan entrever esto. En cuanto a nosotros, hablando de condiciones de producción dependientes del lugar del sujeto en la formación social, estábamos muy en condiciones de indicar cuáles podían ser esas determinaciones. Y nuestras hipótesis a este respecto han intervenido de manera significativa en la constitución de los corpus sometidos o no al análisis automático. La cuestión es realmente saber si, distinguiendo el hallazgo e identificación de las determinaciones, es posible, en este terreno muy particular, separar ambos.

La paradoja en todo esto es que Foucault, en *El orden del discurso* (1970), con la evocación de los procedimientos que organizan, controlan, seleccionan, distribuyen la producción de los discursos, nos indica una dirección para ir en ese sentido. Porque ya no se trata solo de constatar los efectos de estos procedimientos, ya no se trata tampoco solo de indicar que están relacionados con lo que está en juego en el deseo y en el poder del discurso,

sino de aprehender en esta misma materialidad que evoca Foucault estos procedimientos mismos. Porque es justamente ahí que conviene buscar esta materialidad y no en algo que desde el exterior vendría a controlar, organizar la producción y la recepción del discurso.

Una vez más, no se trata de negar que existen, sin duda alguna, procedimientos explícitos de control del discurso, aunque más no fuera, por ejemplo, las diversas formas de censura que pueden ejercerse. Es en el interior mismo del discurso, en su espacio propio, que hay limitaciones y determinaciones. Esto tiene que ver con algo que Foucault elude cuidadosamente, a saber, que, una vez más, el ser hablante hace el ser. Lacan plantea una vez esta pregunta: "¿qué añade el lenguaje a lo real?". Pensemos en algo muy simple: ¿qué cambia que se *diga* que hay hombres y mujeres?

Que los haya desde el punto de vista anatómico, fisiológico o cualquier otro punto de vista que se les ocurra es una cosa —aunque se sepa ahora que esto no es, desde ese punto de vista tan simple como se ha podido pensar—, otra es que se lo *diga*. Que desde el nacimiento sea dicho "es un varón" o "es una niña" y que, de una manera u otra, ese ser que acaba de nacer no puede evitarlo: ¿qué es lo que esto hace? ¿Qué cambia que se diga, entonces, que ese ser es de hecho masculino o femenino, aunque, insistamos, las cosas no son siempre tan simples, tan definidas como se ha podido creer? Esto cambia muchas cosas. Según haya sido reconocido una cosa o la otra, este ser, sea lo uno o lo otro, no será llamado a ser como *sujeto* la misma cosa, con todas las consecuencias que este hecho puede entrañar.

Baudelaire, C. ([1861] 1980). *Les Fleurs du mal* [Las flores del mal]. París: Laffont.

Chomsky, N. (1957). *Syntactic Structures* [*Estructuras sintácticas*]. Berlín: De Gruyter Mouton.

Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses* [*Las palabras y las cosas*]. París: Gallimard.

Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir* [*La arqueología del saber*]. París: Gallimard.

Foucault, M. (1970). *L'ordre du discours*. París: Gallimard. [Versión en español: (1992) *El orden del discurso* (González Troyano, A. trad.). Barcelona: Tusquets]

Gadet, F. & Pêcheux, M. (1981). *La langue introuvable*. París: François Maspero. [Versión en español: (1984). *La lengua de nunca acabar* (Job, B., trad.). México D. F.: Fondo de Cultura Económica]

Henry, P. (2012). Tirer lalangue [Sacar la lengua]. *Essaim*, *29*, 97-109.

Lacan, J. (1964-1965). *Problèmes cruciaux de la psychanalyse* [*Problemas cruciales del psicoanálisis*]. Inédito.

Lacan, J. (1966-1967). *La logique du fantasme* [*La lógica del fantasma*]. Inédito.

Lacan, J. (1973). L'étourdit. *Scilicet*, *4*, 5-52. [Versión en español: (2012) El atolondradicho. En *Otros escritos* (Esperanza, G. trad.). Buenos Aires: Paidós]

Lacan, J. (1974). *La troisième* [*La tercera*]. Conferencia, Roma.

Lacan, J. (1975). Encore. *Le séminaire. Livre XX*. París: Seuil. [Versión en español: (2008) *Aun. El seminario. Libro XX* (Rabinovich, D., Delmont-Mauri, Sucre, J. trads.). Buenos Aires: Paidós]

La Fontaine, J. de (1668). Le Chêne et le Roseau [El roble y el junco].

Milner, J.-C. (1978*a*). *De la syntaxe à l'interprétation: quantités, insultes, exclamations* [*De la sintaxis a la interpretación*]. París: Éditions du Seuil.

Milner, J.-C. (1978*b*). *L'amour de la langue* [*El amor de la lengua*]. París: Le Seuil.

Milner, J.-C. (1989). *Introduction à une science du langage* (colección Travaux linguistiques). París: Le Seuil.

Musset, A. de. (1863). *Le saule* [El sauce].

Racine, J. (1667). *Andromaque* [Andrómaca].

Saussure, F. de ([1916] 1945). *Cours de linguistique générale* (Bally, C. & Sechehaye, A., eds.). París: Payot. [Versión en español: (1995) *Curso de lingüística general* (Alonso, A., trad.). Buenos Aires: Losada].

Falta del decir, decir de la falta: las palabras del silencio[1]

Jacqueline Authier-Revuz

De la no coincidencia fundamental entre los dos órdenes heterogéneos que superpone la nominación —aquel de lo general, finito y discreto de los signos, y aquel de lo singular, infinito y continuo de las "cosas"—, de aquello que se ha llamado la "falta de aprehensión de la letra so-

1 Una primera versión de este texto apareció en holandés en el marco de las actividades de "Antwerpen 93" bajo el título "Gebrek van het zeggen. Zeggen van het gebrek: de woorden van de stilte", en Vertoog en Literatuur (1993), dossier n.° 2, "Woordenloosheid", Lieja y Amsterdam, Kritak y Meulenhoff, pp. 55-74; reapareció en portugués en (1994) *Gestos de Leitura*, Eni Orlandi (ed.), Campinas, UNICAMP.

El término *silencio*, en el que suena sin duda el eco de diálogos de amistad con Eni Orlandi, es tomado aquí solo como sinónimo metafórico de la *falta*, inherente a la no coincidencia palabra-cosa, con un valor muy estrecho en comparación con la teorización de la que la noción de silencio fue objeto, como fundadora del sentido, en el trabajo de Eni Orlandi (1996) recién traducido al francés: *Les formes du silence*, París: Cendres.

bre el objeto" (Leclaire [1971], 1982, p. 72), surge, en el principio mismo de la nominación, la dimensión de una pérdida, de una "falta en el nombrar". Y es de esta falta en el nombrar —que, para el sujeto hablante, es singularmente falta en el nombrar*se*, falta al decir la verdad, que "no se dice toda *porque ahí faltan las palabras*" (Lacan, [1974] 2012, p. 535)— que se constituye estructuralmente el sujeto, en diferencia irreductible consigo mismo, sujeto en cuanto es hablante y, por consiguiente, de lo que le falta.

Cuán insistente es, para el ser hablante, la herida que le inflige el "fracaso" inherente a la nominación lo testimonia la constancia de las ficciones consolatorias que responden a ella, inventario inagotable de las lenguas imaginarias más heteróclitas; pero que, en el *antes* mítico de una edad de oro, de un paraíso perdido de la humanidad o de una infancia, en aquella *otra parte* soñada de tierras lejanas, desconocidas o utópicas, en el *después* proyectado por los constructores de lenguas artificiales, comparten el atributo de nombrar "bien" las cosas, sin pérdida, sin diferencia, restituyendo por ello mismo a los sujetos, fantasmáticamente, esa coincidencia con sí mismos que, constitutivamente, les prohíbe su lengua real.

Otro intento —tentación— de escapar al lenguaje real y a la pérdida que hay en él, aquella diversamente encarnada por las *no palabras*: oponer a lo que hay de no dicho en todo decir, a la vez inevitable e inaceptable, la plenitud (el vacío) de la no nominación. Es el llamado a la música de Nietzsche, "¡Canta!, ¡no sigas hablando!" (Nietzsche, [1883] 2003, p. 323), con una renuncia a luchar contra la "enfermedad del lenguaje" (Haar, 1978, pp. 403-417); es vaciamiento y compleción, el silencio de la experiencia mística; es incluso, tal como la evocó Borges (1979) en *Ficciones*, la altiva y vertiginosa figura de Funes, encerrado en su exigencia imposible de una "lengua" infinita —una no-lengua, por ende— para dar a cada singular su nombre "propio":

> No solo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente) (p. 115).

Si las lenguas imaginarias o el silencio responden a la herida del lenguaje con el emplazamiento ficticio de un lugar *otro*, la literatura puede tomarse como la respuesta inversa, una práctica que no es sino lenguaje, pero inscripta entera en el propio lugar de la diferencia, en aquellas palabras que faltan. Al análisis de Barthes ([1978] 1993) en su "Lección inaugural", "los hombres no se resignan a esa falta de paralelismo entre lo real y el lenguaje, y es este rechazo, posiblemente tan viejo como el lenguaje mismo, el que produce, en una agitación incesante, la

literatura" (p. 128), responde el de Daniel Oster (1983), quien, al evocar "la inquietante disparidad de las palabras y las cosas [y] esa distancia, ese intervalo, esa ausencia donde se constituye la literatura", sostiene que "escribir es experimentar sin saciedad ni contento el intervalo" (p. 90), o también, como una confesión de indigencia, esa frase de Michel Schneider en *Voleurs de mots* [Ladrones de palabras] (1985), "se escribe sobre todo porque faltan las palabras", que despierta a su vez el recuerdo de aquella queja de Flaubert ([1859]1927), dirigida a uno de sus corresponsales: "a cada línea, con cada palabra, la lengua me falta".

Fuera de la radicalidad de estas "respuestas" a la herida de la falta del decir —el sueño de decir sin falta, el silencio del no decir, la escritura como adhesión a la herida del decir—, se abre el campo de la *negociación* cotidiana de los enunciadores en su decir —sus palabras, sus escritos más diversos— con aquella falta que lo afecta, campo en el que se despliega, a través de múltiples figuras, otra respuesta consistente en *acompañar el decir con el decir de su falta*.

Esta respuesta se advierte puntualmente en el curso del decir, en los "bucles" de un decir que vuelve reflexivamente sobre un punto de su desarrollo[2] para suspender

2 Configuración de la modalidad autonímica, estudiada de modo sistemático en: Authier-Revuz, J. (1992). *Les non-coïncidences du dire et leur représentation méta-énonciative - Etude linguistique et discursive de la modalisation autonymique*. Paris: Université de Paris VIII - Saint-Denis; y Authier-Revuz, J. (1995). *Ces mots qui ne vont pas de soi: Boucles reflexives et non-coïncidences du dire* (colección Prix Larousse, 2 vols.). Paris: Larousse.

—por el tiempo de ese bucle, una interrogación, "¿es la palabra?"; una crítica, "la palabra no corresponde"; una aceptación, "lo que llamaría, a falta de mejor opción"; una renuncia, "no encuentro la palabra", etcétera— el "va de suyo" con el que parece darse de ordinario la nominación e inscribir así explícitamente *la falta*.

El encuentro por parte del enunciador, en su decir, de la diferencia entre las palabras y las cosas no es la única dificultad testimoniada por los "bucles" del decir. A través de la variedad de reflejos con que los enunciadores acompañan localmente su decir, aparecen *todas* las dificultades, todas las fallas inherentes al hecho del decir. Así, la desposesión inscrita en "nuestras" palabras por ser "las de los otros", que no hacemos sino tomar prestadas, cargadas de sentido por este afuera —en esos "X, como se dice", por ejemplo—, por el hecho también de que su sentido se nos escapa, en su imparable equivocidad —en esos "X en el sentido p", "X en todos los sentidos de la palabra"— y, además, se nos escapa en ese otro, irreductiblemente diferente, el interlocutor al que nos dirigimos —en esos "X, si se quiere, si se entiende lo que quiero decir"—.

Subrayando con un mismo movimiento la falla experimentada en el decir y el gesto de su sutura, de ser "retomada" por el enunciador, toda forma de desdoblamiento local del decir por un autocomentario *aparece*, contradictoriamente, como una "costura aparente" en el tejido del decir; pero, para las formas que nos ocupan aquí[3], inscritas en la diferencia entre las palabras y las cosas, la paradoja es que, específicamente, a una *falta de palabras* responde el *exceso de palabras* que el bucle viene a injertar en un punto del curso del decir para nombrar la falta, abriendo el decir con lo dicho, sobre aquello que no dice, y haciendo resonar, en otras palabras más, esa parte de silencio que se experimenta en las palabras.

El recorrido que sigue intenta hacer aparecer, recogidas a través de las formas mismas, "al ras de las palabras", la variedad de aquellas figuras de autocomentario que, al decir la falta del decir, lo dicen desde ángulos, con acentos, de modos diversos. Lo que aparece más allá, y que no haremos sino evocar alusivamente, es cómo, en un discurso dado, para un enunciador dado, la decisión tomada dentro de esa variedad —¿qué figuras son elegidas

3 La cuestión de la relación palabra-cosa no suscita solo la respuesta metaenunciativa evocada aquí –un decir de la falta del decir–, sino también la afirmación de la coincidencia efectuada ("es la palabra"; "quiero decir") o figuras variadas y complejas de la nominación "entre dos palabras" ("X, iba a decir Y"; "X, que digo Y") (cfr. Authier-Revuz, 1995, cap. 7).

de preferencia, o qué figura con exclusividad, hasta acaso el tic?— da color de manera singular a esa música —o ese ruido— del silencio encontrado en el decir, acompañando en modos cuantitativamente muy diferentes, una música ocasional, ligera o insistente, torturante, agotadora, el hilo "principal" de un discurso.

En un primer tipo de representación de la falta que marca el decir, hay que tomar la falta en un primer sentido: el de una *falla*, una imperfección, una anomalía *que presenta el decir*, como se dice de una prenda de ropa, una madera, una persona que *tiene* un defecto, cuyas características se pueden describir[4]. La descripción se hace según dos vertientes (a veces asociadas en un mismo comentario): una caracterización del *modo de decir* y una del *elemento X* mismo.

Así puede relevarse, ante caracterizaciones inversas de "X, mido mis palabras"; "X, me atengo a la palabra";

4 [N. de la T.: La palabra francesa *défaut*, que figura en el retruécano del título del artículo, y que aparece en esta frase y a lo largo de todo el texto, puede traducirse a la vez como "falta" o como "falla". Si bien, en español, también "falta" puede entenderse como una presencia –la falta ortográfica, aquella falta que se comete– tanto como una ausencia –la falta de tiempo, aquello que falta–, no siempre fue posible traducir manteniendo en nuestra lengua la misma palabra. Cuando la traducción nos falle de esa manera, habrá sin embargo que seguir oyendo también la falta en la cercanía que suscita la semejanza sonora y tipográfica].

"X, asumo la palabra", etcétera, las imágenes que reprueban un modo de decir *sumario*, *inacabado*; un decir situado en los enunciados que siguen (tomados de los discursos orales o escritos más diversos, de conversaciones familiares a textos teóricos o literarios de lo más cuidados) bajo el signo de la rapidez, del *grosso modo*, de la comodidad, de lo aleatorio, de lo provisorio o de la resignación, más o menos desenvuelta, ante la falta:

> Es... reaccionaria, para decirlo rápidamente. (Conversación).
>
> He ahí, pues, el contacto inopinado de la historia (empleamos la palabra por comodidad) que produce sobre la literatura dos efectos finalmente bastante diferentes (Oster, 1983).
>
> ¿En qué sentidos, lo digo en plural por puro azar, debe entenderse esta relación de pertenencia a la misma compañía? (Arrivé, 1985).
>
> Ya he dicho que no se hablaban mucho; una especie de cohibición extraña, "inexplicable", pesaba sobre ellos cuando se encontraban solos. (No me gusta la palabra "inexplicable" y no la escribo aquí más que por insuficiencia provisoria) (Gide, 1985, p. 220).

Del lado de las caracterizaciones de la falla que presenta el elemento X, se presenta una gran variedad; encontramos de manera regular simples *constataciones* de inadecuación de la palabra, del tipo de:

> "La exposición (la palabra sin duda no corresponde) que usted propone actualmente en Beaubourg sobre el tema de los inmateriales" (Derrida, 1984);

o bien de representaciones que *especifican* la naturaleza de la diferencia entre la palabra y la cosa, a través de las que, la nominación X, defectuosa, desde el momento en que se especifica su falla, no es más solo el lugar de la falta de la palabra precisa, sino un punto de apoyo, desde el que sugerir, en el espacio abierto entre la palabra y la cosa, con la indicación —de muy desigual precisión— de una dirección, una distancia, una diferencia..., unas "balizas" alrededor de la palabra faltante. Como pasarelas tendidas sobre la separación abierta en la nominación entre la palabra y la cosa, las formas que especifican esa separación pueden partir, siempre con la perspectiva del "otro borde", de cualquiera de los dos bordes formulando ya sea una predicación *sobre la cosa* —que precise la/s propiedad/es del referente que entra/n en conflicto con la palabra X— al modo de "X, si es que puede *decirse* X de algo que *es*...", como en

> Andamos en la noche hasta entrar en una café moro; es de allí de donde venía la música. Mujeres árabes danzan —si puede llamarse danza ese monótono deslizamiento— (Gide, [1902] 1958, p. 148).
>
> Tan pronto se halle una solución; en fin, una solución en-

tre comillas, visto que de hecho es más bien imposible de solucionar. (Conversación);

ya sea una predicación *sobre la palabra* —que precise de qué modo se aparta de la adecuación a la cosa, a través de las figuras dominantes de palabras de un sentido *demasiado estrecho* (que hay que "dilatar" hasta el tamaño del real a nombrar) o, por el contrario, de sentido *demasiado general*, impreciso (incapaz de asir estrictamente la cosa), palabras *demasiado fuertes* o, por el contrario, *demasiado débiles* para nombrar, figura esta última de un eufemismo explicitado como tal, que aparece como un modo retórico, estereotipado, de énfasis en la intensidad del real nombrado:

> En este momento, vuelve a ser una cuestión de semántica, dando a la palabra un sentido un poco elástico (Oral).
> No es una adopción, hablando con propiedad, eh, una adopción en sentido amplio, lo tomaron a su cargo, pero no está legalizado, pienso que no podría haberlo estado (Oral).
> Desde Freud, numerosos psicoanalistas intentaron superar la dificultad que hay en los psicóticos (no me gusta este término tan generalizador) para desarrollar una transferencia analizable (Mijolla, 1985).
> No hizo nada durante el trimestre; en fin, nada es excesivo, pero, bueno, por eso no anda muy bien (Oral).
> Luego del éxito muy relativo, y es un eufemismo, de la colección Rue Racine, lanzada por Françoise Verny (*Le Canard enchaîné*, 1988).

Con una frecuencia mucho menor, encontramos un abanico variado de distorsiones en la adecuación de la palabra a la cosa que denomina, figuras de palabras *"desplazadas" fuera de su lazo "normal" al plano de las cosas*, en la metáfora, "la analogía", la antífrasis:

> Separaciones institucionalizadas como las guarderías y sus equivalentes, que son elementos muy importantes que podríamos llamar antipsicóticos; en fin, entre comillas. Es un poco metafórico lo que digo. Entre comillas, entonces, respecto del niño como respecto de la madre. (Conferencia).
> Ah, es un hombre, por hablar en antífrasis, de una... cortesía exquisita... (Conversación);

o bien de palabras *desplazadas, en el plano de las palabras*, fuera de su ambiente "normal", y *asociadas* en denominaciones inusuales, paradójicas o contradictorias, es decir, problemáticas en cuanto a su aptitud para asir el plano de las cosas:

> Si puede decirse que no hay lugar para lo vago y el más o menos en la práctica matemática, hay que afirmar también que la tarea principal de la matemática es aprender a hablar (de atreverse a arriesgar esa conjunción de palabras), a hablar con rigor de las aproximaciones (Guilbaud,

1974).
Cuando se tiene el oído más o menos absoluto, si podemos juntar esas dos expresiones. (Conversación).

El movimiento ensayado aquí se acentúa en las glosas en que la pregunta misma por la adecuación está en suspenso, porque una de las dos realidades, el sentido o la cosa, estaría (o tendería a estar) en falta, lo que pone en duda la existencia misma del lazo inherente a la nominación. Así, a la duda radical respecto de la coincidencia semántico-referencial (del sentido y la cosa), por "vaciamiento" del sentido,

> En efecto, amaba esos ojos acaso más que todo. Sus ojos dilatados, azules, brillantes, duros, terribles —estos epítetos son execrables y no dicen nada—, ojos inmensos, azules (Quignard, 1986).
> Si tomamos los análisis tradicionales del fenómeno; en fin, tradicionales entre comillas, porque la palabra no quiere decir mucho. (Conferencia).
> [Althusser] poseía una extraordinaria capacidad para escuchar la singularidad de cada uno de nosotros y suscitarla. El verdadero Althusser —si es que esa expresión tiene algún sentido— es ante todo esa capacidad. (Balibar, [1991] 2004, pp. 97-98);

corresponde otra que realiza ese vaciamiento a partir del otro plano, el del referente (la cosa):

> Estaba obligado a hablar primero de los aspectos relativos al código, que garantizan la comunicación en el sentido más simple del término (suponiendo que tal cosa existe) (Culioli, [1971] 2010, p. 214).

El segundo tipo de representación de la falta del decir se inscribe del lado del otro valor de la palabra "falta", complementario del primero, el de una *ausencia*, una carencia, aquello que *falta en el decir*, ya sea que falte al decir "la" palabra, la palabra precisa, ahuecando la nominación con una ausencia, o bien que el enunciador falte al decir una palabra, como "ausentado" de un decir que escapa de su realización plena.

En la vertiente de la *palabra que falta*, se evoca dos figuras, aquella de la defección del enunciador, incapaz de encontrar "la" palabra, localizable en un "no sabría decir", y aquella de la defección de la lengua, localizable en un "no hay una palabra":

> hay personas que son muy fuertes —y, a mi criterio, son quizá poco numerosas— y que llegan a afectar a distancia por telepatía, telequinesis o no sé cómo decirle, pero que afectan a las personas. (Emisión televisada sobre la hechicería).
> Se produjeron dos fenómenos. Por un lado, el régimen de lo que llamaría, a falta de mejor palabra, "soviético" implosionó. (Entrevista televisada).
> ¡Se metieron con mis cosas! ¡No me dejaron más que mi

pijama! [...] son horribles, inhumanos, [...] ¡nunca voy a encontrar la palabra exacta! ¡No existe! (Valère, 1978).

En la otra vertiente, el "X, digo bien, X", que duplica un decir X con la representación enfática de su realización, se distingue, poniendo en juego todos los recursos modales de la lengua, un rico repertorio matizado de imágenes del decir X como en el modo del *no decir* (o no del todo), decir en el modo del *casi*, el *apenas*, el modo de no ser sino una potencialidad de decir en condicional, una tentación de decir o una duda en decir:

> ¿Erotismo de la lectura? Sí, con la condición de no borrar jamás la perversión, y yo diría casi: el miedo (Barthes, [1981] 1985, p. 184).
> Me dediqué a un análisis que apenas me atrevo a llamar lingüístico, a tal punto era simplista y torpe (Lévi-Strauss, en Eribon y Lévi-Strauss, 1988).
> [Este libro] viene a romper una dulce armonía al recordar, no sin cierto coraje frente a aquello que estaríamos tentados de llamar el totalitarismo de la unanimidad, algunas verdades ásperas (Plon, 1989).
> Alegrarnos por lo que parece ser, me atrevería a decir, un éxito, y recordarnos el camino recorrido. (Intervención en una asamblea local).

Y, en fin, aquellas dos modalidades "irrealizantes" del decir, aquella —modalidad *suspensiva* del decir— de un decir cuya efectividad se representa como sujeta a una condición (en *sí*) y aquella —modalidad *anulatoria* del decir— de un decir que se realiza bajo el modo representado de un no realizarse, "iba a decir X", "no me atrevo a decir X":

> Había adquirido un verdadero virtuosismo, si se puede usar esa palabra en este caso, y pasó un tiempo largo antes de que lo arrestasen. (Oral, sobre carterismo).
> Si vieras cómo habla, si es que se puede llamar hablar a eso, a su asistente; es como si fuera un robot (Oral).
> lo mejor es quizá remitir a Bloomfield y a su compatriota y predecesor Peirce, quien escribía, habría dicho luminosamente: "El problema de qué es la 'significación'..." (Eluerd, [1985] 1991).
> Devuelto su cuerpo a Basilea por el fiel Overdeck el 9 de enero de 1889, Nietzsche acabará muriendo en Weimar el 25 de agosto de 1900 al mediodía. No sabemos gran cosa, de hecho, de esa larga década de aquello que no nos atrevemos a llamar todavía su vida. (Droit, 1989).

Notemos una inflexión particular más dada a esas formas —nada raras— de decir la falta del decir, aquella que, remitiendo la falta de una nominación X a un *como/si hay que ponerle un nombre a todo*, abre en ella como la distancia de un arrepentimiento, una nostalgia, una reivindicación del silencio prohibido por la obligación de decir —que es una ley de falta—, y como una "fatiga" de nombrar:

Sin duda es el caso de hablar de... pasión, visto que no se puede dejar las cosas sin ponerles un nombre. (Oral, enero de 1986).

Si es algo, sería más bien perverso, si es que realmente hay que ponerle un nombre. (Oral, octubre de 1986).

Una cosa que el "feminismo", si hay que dar un nombre a todo, aportó de extraordinariamente precioso a las mujeres (Nespo, 1979).

Más allá —o fuera— de esta diversidad de figuras de representación de la falta que marca el decir —especificando la falta presente, la rapidez, la imprecisión... o aquello que falta, la adhesión del enunciador a su decir, la palabra precisa...—, una forma retiene la atención, instituida por su uso como uno de los estereotipos del decir de la falta del decir, la forma *por así decir*, que, sin embargo, no dice nada más que... *el decir X*, sin ninguno de los elementos de caracterización negativa anotados hasta aquí: el verbo *decir* aparece, en efecto, sin expansión (adverbial, modal, de polaridad negativa...), y el elemento X está representado metafóricamente por "así" de la manera más neutra posible.

Acompañando sin inconvenientes las inadecuaciones que pueden recogerse netamente en las metáforas o en las formulaciones de grado excesivo, a menudo se trata de diferencias vagas, difíciles de asignar, que afectan el decir X de una no coincidencia laxa, como un halo de incertidumbre o un sentimiento de coincidencia inesperada:

en las mitologías políticas, las identidades colectivas son sobreinvestidas, unificadas, sustancializadas, petrificadas, en fin, en objeto de convicciones, en el asiento de certidumbre. Son, por así decir, congeladas y... (Tanguieff, 1986).

D. E.: ¿Y qué hizo?

G. D.: Lo mismo que antes. La jubilación no cambió, por así decir, nada de mi vida (Dumézil, 1987).

En el caso de Dora, como se ha visto, los sueños constituyen los puntos de anclaje y toman, por así decirlo, el lugar que ocupaban los síntomas en la época de Breuer. [...] concluye entonces que el sueño no debe ser interpretado como la pintura de algo, sino, por así decirlo, como la representación en imágenes de las palabras mismas. (Mannoni, [1968] 1977, p. 22).

—¿Qué lo fascinaba de ese cine?

—Su respeto por algo muy, muy simple, por la vida cotidiana, por así decir. Y un modo de contar la vida cotidiana, sin ninguna sensación, sin historia por así decir, porque, en esas películas, no se puede ni siquiera hablar de historia (Wenders, 1984).

"Así" es una forma que no explicita, al pie de la letra, ninguna falla, ninguna falta, ninguna diferencia; solo dice *el hecho de decir*, de nombrar, que aparece como forma estereotipada de diferencia pura por inadecuación, es decir *falta del decir*; como si esta forma que, al decir,

literalmente, el decir, tiene en la lengua el valor de significar *la diferencia del decir*, como si testimoniara un saber, depositado en la lengua, de que *el decir es diferencia.*

Por su especificidad literal, esta forma, que, al no decir sino el decir, dice la falta, se presta en particular, acompañando repetitivamente el hilo de un discurso dado, a decir —más allá de la *falta*, puntual, de *una palabra* (o de la falta en tal palabra)— *la palabra*, *toda palabra*, *como falta*. Es el caso, en este sentido nuestro, de los locutores que, afectados de este "tic verbal", manifiestan de manera torturante, más que la inadecuación particular de un cierto número de nominaciones, la separación que no dejan de experimentar en su decir respecto de las cosas y respecto de ellos mismos.

Aparecen en su diferencia, su singularidad, como características de los discursos que acompañan con su reflejo las imágenes que ellos producen de su falta en el decir; algunas preguntas permiten esbozar los contornos de esos reflejos de la falta propios de cada discurso: *¿cuánto?*, en relación con el sitio que ocupa en un discurso el decir de su falta, de los discursos vírgenes de toda imagen de la falta en sus palabras hasta, al contrario, los discursos ocupados incesantemente en responder por la falta que se abre en ellos casi con cada palabra y que, inevitablemente, se abre de nuevo, recursivamente, en las palabras mismas del bucle que dice la falta; *¿dónde?*, en la localización de los lugares de afloramiento en el discurso de la no coincidencia entre las palabras y las cosas —por cuanto el sentimiento de ella impone al hilo continuo del discurso el accidente del injerto que constituye el comentario—, lugares que dibujan en el discurso una "geografía de los puntos sensibles", puntos de "nominación difícil" propios de un discurso, donde se encuentran subrayados sus tabúes, sus estancamientos, sus puntos ciegos o sus puntos de exigencia, fallida, de verdad en la nominación; *¿cómo?*, en la especificación de los tipos de formas por las cuales, dentro de la variedad que acabamos de evocar, el discurso reflexiona y "negocia" la falta que encuentra en sí mismo.

Evidentemente, la cuestión aquí no es ilustrar la especificidad de los "decires de la falta del decir" a través de un abanico grande de discursos. Tomaré del campo literario los ejemplos de tres escrituras, en el sentido pleno del término, para las cuales, de un modo patente, el movimiento fundamental que conduce toda escritura —responder con palabras a la falta que es de las palabras— se cumple específicamente bajo la *forma* del "gesto" de una vuelta del decir sobre sí mismo, la escritura —constitutivamente "en" la diferencia— avanzando, duplicada por un decir *de* la diferencia, desdoblada en el reflejo, o eco, de su falta: así es el caso, según modos singulares, con un privilegio de formas diferentes del decir de la falta en

el decir, en la escritura de Pascal Quignard (1999), en *Le lecteur* [El lector]; la de Nathalie Sarraute (1980), particularmente en *L'usage de la parole* [El uso del habla]; o la de Claude Simon (1960) en *La Route de Flandres* [La ruta de Flandes].

Acompañando el hilo del relato de Quignard —la investigación de un narrador que, al intentar dilucidar el "misterio" de la desaparición del *lector* (declinado en "ausencia, falta, sustracción, retiro..."), descubre, en esa "ausencia que lleva el lenguaje", el lugar donde se produjo esa ausencia en el mundo y en sí mismo, donde "desapareció" el lector—, las formas que dicen la falta del decir son aquí formas breves, *fijas*, "discretas", podríamos decir, como "me atrevería a decir" (al contrario de las largas glosas que proliferan en Nathalie Sarraute, en el espacio ampliamente abierto entre las palabras y las cosas), formas que sitúan la falla sobre la vertiente de la *relación del enunciador con su decir*, del tipo de "me atrevería a decir" (y no sobre aquel de la inadecuación de la palabra a la cosa, del tipo de "la palabra es mala", nuevamente el caso generalizado en los comentarios de Nathalie Sarraute), formas, en fin, que remiten a aquello que llamamos *modalidades "irrealizantes"* del decir, suspensión en "me atrevería a decir", anulación en "no me atrevo a decir" (contrariamente a aquellas glosas que confirman, del "digo mal" al "para usar una palabra aproximada", el hecho mismo del decir):

No importa. Sean cuales sean los nombres, las experiencias, las esperanzas, lo que en todos los casos queda, no me atrevería a decir "adquirido", es la ausencia del lenguaje: pérdida de toda fe concedida a la mediación del lenguaje.

Mi hijo estalló de risa. [...] de pronto tuvo un acceso de furia que la bufonada [...] ya no justificaba, se entregó a ese estallar, a esos estallidos. Fue el estallido lo que lo empujó a estallar en lágrimas. Es decir que sollozó de aquello que ya no era simplemente alegría. No me atrevería a decir: de un sollozo que excede la alegría.

Ser devorado por los libros, me explico, me atrevería a decir, como la especie segunda de una metempsicosis entre la ausencia de alma y la ausencia de sentido.

Así descubrió el cielo, me atrevería a decir, de su ausencia.

La suerte de gracia que el lenguaje [...] nos habría concedido de una vez por todas, que es una seguridad sin duda sospechosa pero que es una promesa continua sostener, pecaría de exceso diciendo una satisfacción, por lo menos angustias disipadas, problemas indefinidamente, es decir en el hilo de la lectura, renovados y suspendidos (Quignard, 1999).

Así aparece, a través de la formas significantes precisas por medio de las cuales se realiza, y netamente distinta de una escritura elaborada, cubierta por su lucha con la inadecuación (Sarraute) o en incesante "disposición" entre la oscilación y la incertidumbre de la diferencia

(Simon), un modo particular —una tonalidad propia— de afloramiento del decir de la diferencia que lo marca: modo discreto pero incisivo, agudo, de breves alteraciones "en tono menor" en que el decir —como "retirado", suspendido, anulado— se falta a sí mismo.

La escritura de Nathalie Sarraute aparece también, de un modo totalmente distinto, como una escritura de la diferencia: es aquí, en incesantes vueltas sobre sus palabras, una escritura perforada por su no coincidencia que se representa "abierta" —como se dice de una "mina a cielo abierto"— sobre la diferencia que experimenta, denuncia, mide, recorre, intenta acortar, reencuentra... entre las palabras y las cosas.

En *Enfance* [Infancia] (Sarraute, 1983), la autora inscribe bajo la necesidad imperiosa de asir —es decir, nombrar—, "mejor o peor", "algo todavía informe" que se oculta: el porqué y el cómo de su escritura; y el camino de su estilo, tenaz, "en tropiezos y tanteos, tan honesto, tan lleno de aprensión, que se aproxima al objeto con cautela piadosa" (Sartre), pasa de un modo crucial por el desdoblamiento del decir, que *representa* —cualquier cosa menos ligero, anodino, desenvuelto...— *el trabajo de nombrar*, inscrito, serio, grave, tenso, en la no coincidencia de las palabras y las cosas, de sí misma y su decir. Y las formas que de manera masiva reinan en ese constante movimiento reflexivo son formas de la *vuelta hacia atrás* sobre el dicho en su linealidad, realizado con un elemento del tipo "X, pero X no es adecuado"; "X, aunque no corresponda bien" (al contrario de formas antepuestas del tipo "me atrevería decir X", "no me atrevería a decir X"), formas *abiertas*, es decir no fijas, que exploran manifiestamente *esta* diferencia singular entre tal palabra y *la* cosa indicada (y no formas fijas que indican solo que "hay diferencia", como "por así decirlo", por ejemplo), formas que tratan a la vez las palabras —groseras, vagas, impotentes, indigentes, brutales, inadecuadas...— y el modo del decir —"justificarse de todos modos decir", "apenas atreverse a murmurar", "atrevámonos a decir de todos modos, hay que hacerlo"—, poniendo en duda, en su fracaso, el de la lengua y el del enunciador.

Citemos algunas de estas vueltas sobre sí, tomadas de *L'usage de la parole* [El uso del habla] (Sarraute, 1980) y, en particular, de la obertura de la *nouvelle* "Esthétique" [Estética], de la que habría que citar páginas enteras que no "avanzan" sino al precio de incesantes titubeos con las palabras:

> dejando pasar a través de sí como una luz difusa, un rayo... perdóneme estas palabras indigentes, pero ¿dónde podría encontrar otras?... un rayo dulce, difuso, venido de profundidades lejanas [...].

> Entonces, la respuesta llega en su extrañeza... Pero es decir mal la respuesta. Porque las respuestas que presentan el mismo carácter son legión.
>
> El lugar donde pasó... pero "pasó" parece corresponder poco a esos momentos, los más borroneados que haya, los más faltos de importancia, de consecuencia [...]. Renunciemos entonces a pasó... digamos "fue vivido"..., aunque esta expresión pueda también parecer grandilocuente, exagerada, tan poco parece que esos momentos merezcan pertenecer a lo que llamamos "nuestra vida".

Son ejemplares de esta escritura adecuada a su objeto, es decir con la *forma* de lo que dice, que, al hablar "de palabras" —de su peso, su violencia, su gravedad, su fracaso, su impotencia, asidas, "cristalizadas", en relatos de "instantes" de habla—, habla volviéndose sin cesar sobre sus propias palabras, experimentando de hecho en sí misma, incesantemente —lejos de la quietud o el júbilo de la adecuación de la palabra a la cosa y de la adhesión del enunciador a su decir— como un *sufrimiento*[5] de la nominación.

5 [N. de la T.: Se ha optado por respetar aquí la traducción canónica de *souffrance* utilizada en el "Seminario sobre la carta robada", de Lacan (*Escritos I* [pp. 23-24] [Segovia, T. y Suárez, A., trads.]. [1966] 2013. Buenos Aires: Siglo XXI Editores). Entendamos aquí, no obstante, en el equívoco de la palabra francesa, a un tiempo una experiencia subjetiva y un intervalo temporal, algo así como un 'suspenso penoso'].

Desde un comienzo, impresiona también en *La Route de Flandres* la importancia cuantitativa en la escritura de Claude Simon (1960) de las formas que representan la diferencia en la nominación: presencia insistente, repetitiva o hasta obsesionante de un comentario que participa íntimamente, bajo el modo de una "pulsación" o un acompañamiento, de una escritura cuyo *movimiento*, siempre relanzado por la insaciabilidad, la incertidumbre, el no-uno que la afecta, "da forma" a las oscilaciones-vacilaciones de la memoria y de la identidad.

Lejos de los "pequeños dramas" del fracaso en una nominación y los caminos laboriosos y diversos inscritos en el espacio entre palabra y cosa en Sarraute, la representación pasa aquí por formas breves, fijas, repetitivas —"X o más bien Y"; "X, es decir Y"; "X, por así decir"— cuyo continuo retorno da cuenta más bien de una "tonalidad" de no coincidencia integrada al decir, que constituyen el modo, el régimen, del decir.

Respecto de las primeras —"o, mejor", "es decir"—, que dan cuenta de un conjunto de formas que representan la nominación como "repartida" entre dos palabras (no evocadas en lo que sigue), se nota que son, en ese conjunto, las formas más neutras, más discretas, sin puesta en escena del sujeto enunciador ni de matices modales que detallen sus dudas (como "X, debería quizá decir más bien Y"; "X, ¿diría incluso Y?") que son requeridas,

configurándose en su extrema repetitividad de fenómeno consustancial al decir, como una parte integral de la maquinaria que lo propulsa, como una respiración del habla; como, por ejemplo:

> en pleno retiro, o más bien debacle, o más bien desastre, en el medio de esta especie de descomposición de todo [...].
> desafiarse el uno al otro al peligro de la vida, es decir cada uno listo (o más bien ardiente, devorado por las ganas o más bien la urgencia, o más bien la necesidad) para cometer un crimen [...].
> entonces alejaba el espejo, mi o, más bien, esa cara de medusa oscilando, volándose como aspirada por el fondo sombrío y marrón de la granja, [...] y en su lugar los vi en el extremo contrario del establo, hablándose, o más bien callándose, es decir intercambiando silencio como otros intercambian palabras, es decir cierta especie de silencio que solo ellos entendían (Simon, 1960).

Del lado de la representación de la falta de un término, el "por así decir" (que aparece nada menos que sesenta veces en la novela) es la forma por completo dominante: al contrario de la modalidades del "medio-decir", irrealizado, anotadas en Quignard, está representado un decir *que se realiza* y, al contrario de las explicitaciones de la naturaleza de la inadecuación propias de Sarraute, aquí está representado, asociado a una profusión de modalizadores de aproximación, como "en cierto modo", "algún tipo de", "una especie de"; y de capturas por analogías en "como", "como si", "a la manera de", el hecho bruto de que hay *diferencia* y no tal o cual tipo de diferencia. Así, por ejemplo:

> le parecía verla siempre, allí donde había estado el instante anterior, o más bien sentirla, percibirla como una suerte de impresión persistente, irreal, fijada menos sobre su retina (la había visto tan poco, tan mal) que, por así decirlo, sobre sí mismo: una cosa tibia, blanca como la leche que acababa de extraer [...]. Debía ser tarde y, sin embargo, el día tenía todavía ese mismo blanco sucio en el que ella había desaparecido, que la había absorbido y por así decirlo borroneado en el alba cargada de agua, o más bien embebida, impregnada como una tela, como [...].
> era como un crepitar alternándose, retomándose, superponiéndose, confundiéndose por momentos [...] y así eso extiende por así decir en seguida la guerra, por así decir apacible en torno de nosotros [...].
> y debió ser allí que lo vi por primera vez [...] enfocándolo a través de esa especie de entresueño, esa especie de cáliz marrón al que había quedado, por así decir, pegado, y quizá porque debimos desviarnos para evitarlo, y más bien adivinándolo que viéndolo: es decir [...] algo insólito, irreal, híbrido, en el sentido de que eso que había sido un caballo (es decir algo que se sabía, que se podía reconocer, identificar como que hubiera sido un caballo) no era ahora más que un vago montón de miembros, de astas, cuero y pelos pegados, recubiertos en sus tres cuartas partes de barro [...].

> y acabando de desagregarse algo en el interior de sí mismo, sacudido por una especie de terrorífica diarrea que le vaciaba salvajemente su contenido como su sangre misma, y no moral, como decía Blum, sino por así decirlo mental, es decir ya no una interrogación, una duda, sino ninguna materia de interrogación, de duda, diciendo en voz alta (Georges): "Pero el general también se mató [...] entonces cuando se enteró, es decir se dio cuenta, terminó de entender que su brigada no existía más, había sido no eliminada, sino destruida según las leyes —o por lo menos lo que pensaba que eran las leyes— de la guerra, normalmente, correctamente, como, por ejemplo [...], o incluso también —eso lo habría acaso, en rigor, admitido— sumergida por un ataque enemigo, sino por así decir absorbida, diluida, disuelta, bebida, borrada del mapa de estado mayor sin que él supiera ni dónde, ni cómo, ni en qué momento (Simon, 1960).

Asociando de esa forma "químicamente pura", si puede decirse, el decir y la diferencia —en cuanto (lo hemos visto) la diferencia se dice de una manera que, literalmente, no dice sino el decir—, aflora, repetitivamente, en el plano segundo del comentario, la tensión que lleva la "corriente" de palabras del texto al deslizamiento incesante, hasta la confusión; la abolición de las referencias; las formas; las distinciones de lugares, de tiempos, de personas, de materias y de elementos —lo vivo y lo mineral, lo sólido y lo líquido—, conduciendo repetitivamente a los "abismos" del "desvanecimiento del escuadrón" y del horror de la "disolución" de "eso que había sido un caballo", oponer el encarnizamiento, la necesidad —urgencia y deber— de decir, de nombrar lo inasible, lo incomprensible, lo impensable y, experimentando incesantemente ese real que se escapa, entregarse no a "fijarlo", sino solo —y vitalmente— al "por así decirlo".

Arrivé, M. (1985). Lacan lecteur de Jarry, Jarry Lecteur de Lacan. *L'étoile-absinthe: Jarry et Cie.*, 25/28, 77-88.

Authier-Revuz, J. (1992). *Les non-coïncidences du dire et leur représentation méta-énonciative - Etude linguistique et discursive de la modalisation autonymique* [tesis de doctorado]. París: Université de Paris VIII - Saint-Denis.

Authier-Revuz, J. (1995). *Ces mots qui ne vont pas de soi: Boucles réflexives et non-coïncidences du dire* (colección Prix Larousse; 2 vols.). París: Larousse.

Balibar, E. ([1991] 2004). *Escritos por Althusser*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Barthes, R. (1978). *Leçon*. París: Du Seuil. [Versión en español: (1993) *El placer del texto - Lección inaugural*, México D. F.: Siglo XXI].

Barthes, R. (1981). *Le Grain de la Voix : Entretiens, 1962-1980*. París: Éditions du Seuil. [Versión en español: (1985). *El grano de la voz* (Pasternac, N., trad.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores].

Borges, J. L. ([1944] 1979). Funes el memorioso. En *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.

Culioli, A. (1971). Un linguiste devant la critique littéraire. *Cahiers de le Faculté des Lettres de le Université de l'Cleremont-Ferrand*, 61-79. [Versión en español: (2010). *Escritos*. Buenos Aires: Santiago Arcos].

Derrida, J. (1984, 27 de oct.). *France Culture*.

Droit, R. P. (1989, 6 de ene.). *Le Monde*.

Dumézil, G. (1987). Entrevista por Eribon, D.

Eluerd, R. ([1985] 1991). *La pragmatique linguistique*. París: Broché.

Flaubert, G. ([1859] 1927). Carta a Ernest Feydeau. *Correspondance: Année 1859* (Conard, L., ed.). París: Éditions Conard.

Gide, A. (1902). *L'Immoraliste*. París: Mercure de France. [Versión en español: (1958). *El inmoralista* (Cortázar, J., trad.). Buenos Aires: Argos].

Gide, A. (1925). *Les Faux-monnayeurs*. París: Gallimard. [Versión en español: (1985). *Los monederos falsos* (Gómez de la Serna, J., trad.). Barcelona: Seix Barral].

Guilbaud, G.-T. (1874). *Mathematiques et à-peu-près*. París: Hasardons-nous, folleto A. P . M. E. P., *17*, 7-29.

Haar, M. (1978). Nietzsche et la maladie du langage. *Revue philosophique*, *4*, oct.-dic., 403-417.

Lacan, J. ([1974] 2001). Télévision. En *Autres écrits* (pp. 509-547). París: Seuil. [Versión en español: (2012). Televisión. En *Otros escritos* (Esperanza, G. y Trobas, G., trads.). Buenos Aires: Paidós].

Leclaire, S. (1971). *Démasquer le réel - Un essai sur l'objet en psychanalyse* (colección Le champ freudien). París: Du Seuiln. [Versión en español: (1982). *Desenmascarar lo real*. Buenos Aires: Paidós].

Eribon, D. & Lévi-Strauss, C. (1988). *De près et de loin Entretiens avec Claude Lévi-Strauss*. París: Odile Jacob.

Mannoni, O. ([1968] 1977). *Freud. El descubrimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mijolla, A. de. (1985, 20 de mar.). *Événement du jeudi*.

Nespo, F. (1979). Entrevista con Signoret, S. *F. Magazine*, agosto.

Nietzsche, F. ([1883] 2003). *Así habló Zarathustra* (Sánchez Pascual, A. trad.). Madrid: Alianza.
Oster, D. (1983). *Passages de Zénon*. París: Du Seuil.
Orlandi, E. (1996). *Les formes du silence*. París: Cendres.
Plon, M. (1989). *Frénésie, 8*.
Quignard, P. (1986). *Le Salon de Würtemberg* (colección Blanche). París: Gallimard.
Quignard, P. (1999). *Le lecteur*. París: Gallimard.
Sarraute, N. (1980). *L'usage de la parole*. París: Gallimard.
Sarraute, N. (1983). *Enfance*. París: Gallimard.
Schneider, M. (1985). *Voleurs de mots* (colección Connaissance de l'inconscient). París: Gallimardilt.
Simon, C. (1960). *La Route de Flandres* [La ruta de Flandes]. París: Éditions de Minuit.
Tanguieff, P. A. (1986). *Mots*, marzo.
Le Canard enchaîné. (1988, 22 de jun.).
Valère, V. (1978). *Le pavillon des enfants fous*. París: Le Livre de Poche.
Wenders, W. (1984, 26 de sep.). [Entrevista]. *Télérama*.

Freud y sus lingüistas: Sperber, Abel, Schreber[1]

Michel Arrivé

En varios puntos del capítulo II[2], situamos cómo el problema del simbolismo en Freud —y más específicamente del simbolismo onírico— se encuentra relacionado con el problema del lenguaje. Sin duda, más que la analogía, es la lengua, y los diversos tipos de discurso que produce, la que es fundadora respecto del simbolismo. Hasta el punto en que va surgiendo de a poco la hipótesis de una fuente común para el lenguaje y el simbolismo. Ahora bien, esta hipótesis se encuentra de inmediato con dos dificultades, señaladas ya por las extrañas discrepancias que observamos entre los dos objetos que suponemos emparentados. Primero, el simbolismo es antes que nada sexual. La lengua,

1 [Este artículo es el capítulo IV de Arrivé (1986). *Linguistique et Psychanalyse*. Paris: Klincksieck].

2 [Ver nota 1].

aparentemente, no lo es de forma tan generalizada: ¡efectivamente nos ocurre —y vimos que esto a Freud casi lo sorprende— que no hablamos (¿o solo creemos hablar?) de otra cosa sino de sexo! Segundo, los símbolos no solo son ambivalentes (¿siempre?), sino que a menudo son capaces de significar dos contenidos opuestos. La ambivalencia es sin duda una característica de las palabras de la lengua. Pero su aptitud para significar contrarios es excepcional, entre ellos: el verbo *alquilar* ('tomar' o 'dar en alquiler') y el sustantivo *huésped* ('la persona que es alojada' o 'la persona que aloja') se consideran rarezas lingüísticas, que fueron y siguen siendo objeto de especulaciones por parte de los lingüistas. ¡No hace falta mencionar el famoso verbo alemán *aufheben* y su derivación nominal *Aufhebung*[3]!

Estas dos dificultades provienen de las lenguas. ¿Qué hacer sino consultar a los lingüistas? Freud emprende esa

3 De *Aufhebung* dice Hyppolite que "es la palabra dialéctica de Hegel, que quiere decir a la vez negar, suprimir y conservar, y en el fondo levantar. [...]. Freud aquí nos dice: 'La denegación es una *Aufhebung* de la represión, pero no por ello una aceptación de lo reprimido [...]'. Presentar al propio ser bajo el modo de no serlo, de eso es de lo que se trata verdaderamente en esa *Aufhebung* de la represión que no es una aceptación de lo reprimido" (Lacan, [1966] 2003, pp. 860-861).

Igualmente, el verbo *übersehen* "tiene la insigne ventaja de significar tanto *ver* ('prever', 'abarcar en la mirada', 'medir la extensión', etc.) como *no ver* ('no advertir', 'dejar escapar', 'omitir') según el contexto" (Rey, 1981, p. 160; ver también Rey, 1974, pp. 15-55, y 1979, pp. 35-38).

tarea. Interroga a Hans Sperber respecto de la primera cuestión y a Carl Abel (*sic*, con una C en el nombre y no una K, como lo escriben frecuentemente los que no lo han leído) a propósito de la segunda. La referencia a estos dos lingüistas es altamente reiterativa en el texto de Freud. Sin buscar ser exhaustivo, señalo que el nombre de Sperber aparece a partir de la reedición de la *Traumdeutung* más cercana a la publicación del artículo de Sperber en *Imago* (1912) (Freud, [1900] 1991*a*, p. 358). En 1913, Freud cita nuevamente a Sperber en su artículo de *Scientia*[4]. En su correspondencia con Ferenczi, en 1916, da cuenta de las dificultades de carrera que Sperber tuvo que enfrentar a raíz de sus teorías (Freud [1913] 1991*e*, p. 180). Finalmente, desde 1913, Rank y Sachs, en *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften* [*La importancia del Psicoanálisis para las Ciencias del Espíritu*], presentan las teorías de Sperber como patrimonio definitivo de la ciencia —lo que Freud hace con más cautela— y exponen amplias disertaciones acerca del género gramatical (la sexosemejanza —sexo metafórico de las palabras, según Damourette y Pichon [1930]— no se halla muy lejos) o de la propensión de las palabras sexuales a tomar varias acepciones metafóricas.

4 ["El interés por el psicoanálisis" [1913], bajo el apartado "El interés para la ciencia del lenguaje". M. L.].

Para Abel, las referencias son aún más frecuentes. Freud dedica a sus teorías un artículo breve pero muy famoso ([1910] 1971), en el que retoma las conclusiones de un comentario insertado en la *Traumdeutung* (1991*a*, p. 324, nota 16). Vuelve a abordar con énfasis la teoría de los sentidos opuestos en 1912, en *Tótem y tabú* (p. 72 y *passim*). Freud cita abundantemente a Abel al igual que a Sperber, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* ([1916-1917], pp. 152-153 para Sperber; y pp. 163-164 y 210 para Abel). Los dos nombres se encuentran juntos en el artículo de *Scientia* (1913), texto en el que resultan ser los únicos lingüistas citados. Por lo tanto, parece más extraño aún notar que Forrester, en su obra de 1984, cita en forma accesoria a aquellos dos investigadores sin siquiera mencionarlos en su bibliografía, que, sin embargo, consta de numerosos títulos, muchos de los cuales influenciaron a Freud de manera menos directa y sostenida.

¿Quién es Hans Sperber? No goza de la fama de inocente o marginado que se le atribuye —tal vez de manera inmerecida— a Carl Abel. Las dificultades profesionales que Freud menciona en 1916 no duraron: después de una estadía en la pequeña —pero ilustre— Universidad sueca de Uppsala, es nombrado profesor en Alemania. Su obra más famosa es *Einführung in die Bedeutungslehre*, publicada en Bonn y en Leipzig, en 1923 y reeditada en 1930.

Esta *Introducción a la semántica* impactó con bastante fuerza, hasta los años cincuenta, en las investigaciones en semántica histórica: Ullmann, en su *Précis de sémantique française* (1952), y Giraud, en el volumen de la colección *Que sais-je?* dedicado a *La sémantique* (1955), toman de Sperber la noción de "fuerza emotiva" y la usan para explicar algunos aspectos de la creación lingüística y sus cambios de sentido.

El texto de Sperber al que se refiere Freud es un largo artículo publicado en 1912 (1988), en *Imago*: "Über den Einfluss sexueller Momente auf Entstehung und Entwicklung der Sprache" ["Sobre la influencia de factores sexuales en la génesis y evolución del lenguaje"]. En el título general que figura arriba de cada página alternando con el nombre del autor, la obra lleva una denominación distinta: "Über den sexuellen Ursprung der Sprache" ["Sobre el origen sexual del lenguaje"], título homónimo —con excepción del adjetivo— del de una de las contribuciones de Abel que utilizó Freud. No sorprenderá el vínculo entre las preocupaciones de los dos lingüistas privilegiados por Freud: para ellos, como para él, el problema fundamental que plantea el lenguaje es el de sus orígenes.

La reflexión de Sperber procede de una manera a la vez prudente y temeraria. Al inicio vemos que insiste humildemente en el carácter "incompleto" de su investigación y hace hincapié —¿por prudencia profesional?—

en el hecho de que emprende un proceso que "se encuentra solamente en una relación muy lejana con el psicoanálisis" (1988, p. 79)[5]. Otra precaución: Sperber se preocupa por encontrar precursores, principalmente en las figuras de Noiré y de Jespersen, a quienes atribuye la idea de que "la sexualidad habría desempeñado un papel determinante en la formación del lenguaje" (1988, p. 80).

Sin embargo, esas precauciones preliminares son prontamente despachadas, para dar lugar a la osadía. Al contrario de Wundt, a quien critica de forma respetuosa pero enérgica, Sperber instala con fuerza su modelo sobre la formación del lenguaje (*Sprachbildung*):

> Nadie duda hoy en día de que la especie "humana" se ha desarrollado a partir de entes vivientes de un orden inferior. Asimismo es seguro que estos seres primitivos no se encontraban en posesión del lenguaje. En algún momento, en el camino interminablemente largo que se extiende desde el animalito primitivo hasta el hombre, debe haber habido un punto en el que se instaló la formación del lenguaje. [...] El "estado originario sin lenguaje" es, pues, una hipótesis necesaria y de ninguna manera [como lo pretende Wundt] una "ficción vacía" (1988, p. 81).

5 Sin embargo, la referencia al psicoanálisis interviene explícitamente en la argumentación de Sperber: se pregunta si la formación de la lengua no podría relacionarse con la sexualidad, cuando "Freud y sus discípulos" han demostrado la influencia de la sexualidad sobre las otras actividades humanas en su conjunto (1912, p. 419). Además, tiene que haber existido una relación entre Freud y Sperber para que el artículo de este se haya publicado en la revista de aquel.

Después de proponer que *Sprache* remite al lenguaje vocal usado como medio de comunicación, Sperber plantea el problema de la siguiente manera:

> ¿Bajo qué condiciones o suposiciones previas, podría aparecer en un individuo hasta entonces falto de lenguaje, pero dotado de voz, la intención de hacer una comunicación a otro? Ciertamente, solo cuando se verificara la observación de que los sonidos emitidos inadvertidamente hasta el momento tenían la capacidad de influenciar el proceder de este segundo individuo (1988, p. 83).

Por consiguiente, se plantea la cuestión de cuál es la situación capaz de desencadenar en un ser "basto" semejante constatación; después de eliminar algunas situaciones dignas de ese glorioso estatuto, Sperber plantea con firmeza su propia hipótesis: "Mi parecer es que todos los indicios conducen a que reconozcamos en la sexualidad una, o antes bien, la raíz principal del lenguaje" (1988, p. 86).

Justamente en este punto, Sperber se topa con una pregunta semejante a la que plantea Freud al confrontar lenguaje y simbolismo: "¿Es posible explicar que también ahora podamos utilizar el lenguaje para la designa-

ción de elementos que tengan una relación lejana o nula con la sexualidad?" (1988, p. 76).

Podemos imaginar con qué interés pudo leer Freud la solución propuesta por Sperber para aquel enigma. Consiste en proponer el concepto de *propagación* (*Umsichgreifen*), de *extensión* (*Ausdehnung*) y también, algo más adelante en el artículo, de *fuerza de expansión* (*Expansionkraft*) de la lengua. Pero ¿cómo explicar esta propagación? Sencillamente por efecto de una metáfora generalizada, que puede explicar que, por ejemplo, "las actividades primitivas, ejecutadas con ayuda de herramientas, eran acompañadas con manifestaciones de la clase de los gritos de atracción, porque estas actividades estaban sexualmente acentuadas" (1988, p. 88).

Así se define la noción de *acentuación sexual* del trabajo:

> Entiendo la expresión *acento sexual* (*sexuell betont*) en el sentido de que la actividad de herramientas presentaba para la fantasía (*die Phantasie*) de los seres primitivos una cierta analogía con la de los órganos sexuales humanos tal que, en el trabajo con las herramientas, en alguna medida, se veía la imagen (*das Abbild*) de la actividad sexual y de ahí también aparecían afectos similares a los de la copulación, en el trabajo (1988, p. 88).

Sperber, para dar ejemplo de este proceso de metaforización con base en lo sexual, enumera varios trabajos.

De paso, enuncia diversas equivalencias que se podrían leer, de manera más o menos homónima, en la *Traumdeutung* (Freud, 1900) o en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*: "la representación primitiva identifica el arado con el falo, y la tierra con la mujer receptora" (1988, p. 89). Cita también numerosas costumbres, tradiciones folclóricas, mitos, adivinanzas, textos poéticos, etc., comparables nota a nota con los elementos del mismo tipo que iluminaban el texto de Freud.

Por consiguiente, la investigación de Sperber se encuentra desde entonces programada definitivamente. Sin detenerse en algunas dificultades de poca relevancia[6], pasa a ilustrar su análisis con una investigación etimológica. El final del artículo está dedicado a descripciones de palabras simultáneamente provistas de un significado sexual y un significado no sexual: por ejemplo, la palabra *bolso* en varios dialectos germánicos designa también el órgano sexual femenino. Para él, rastro obvio de un

6 Por ejemplo, si todas las actividades tienen en la misma medida relación con la sexualidad, ¿por qué se las llamó distinto?, ¿por qué no se usaron las mismas palabras para "cavar la tierra" y para "encender la llama" (por frotación)? (Sperber, 1988). Sperber resuelve la dificultad teniendo en cuenta la cronología de las diferentes técnicas: la "acentuación sexual" de una designación técnica tenía tiempo para ser olvidada antes de que se sintiera la necesidad de crear una palabra para una nueva técnica descubierta.

proceso que transcurrió desde el primer sentido (sexual) al segundo (no sexual). La conclusión de esas especulaciones etimológicas, sostenidas por un abundante material analizado sin apariencia de fantasía, se expone de la manera siguiente:

> La cantidad de palabras que de un modo demostrable han pasado alguna vez por la esfera sexual es tan grande que el etimólogo no debe perder nunca de vista este punto, y tanto más firmemente cuanto más antiguos sean los períodos lingüísticos que busca investigar (1988, p. 139).

Podemos notar el papel que toma la teoría de Sperber, con naturalidad, en el complejo edificio de la reflexión de Freud sobre el lenguaje y el simbolismo: el de una piedra angular que asegura, en un punto tan fundamental como aparentemente frágil, la solidez del edificio. Si es cierto que "las necesidades sexuales han tenido la máxima participación en la génesis y la ulterior formación del lenguaje" ([1916-1917] 1991*f*, p. 152), si es perfectamente seguro que "la palabra se desprendió del significado [originariamente[7]] sexual y se fijó a ese trabajo" (1991*f*, p. 153), entonces no existe más contradicción entre el funcionamiento del lenguaje y el del simbolismo. Sencillamente, el segundo conservó una propiedad que el lenguaje ha perdido —parcialmente—, por lo tanto, resulta posible ver en "la referencia simbólica [...] el relicto de la vieja identidad léxica" (1991*f*, p. 153).

En este punto, podemos hacer intervenir —en calidad, ¿por qué no?, de lingüista, de *Sprachforscher*, "investigador del lenguaje", como decía Freud— la figura del Presidente Schreber.

Efectivamente, en el pasaje de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* en el que resume y utiliza la reflexión de Sperber, Freud hace comparecer al ilustre Presidente, sin mencionar su nombre. Presenta la "lengua fundamental", la *Grundsprache*, como el "lugar común" de todos los hechos simbólicos, del lenguaje o no. Y las relaciones simbólicas, en la "fantasía de un interesante enfermo mental", no serían más que supervivencias dispersas de aquel amplio conjunto originario (1991*f*, p. 152).

Hay que reconocer que este pasaje de las *Conferencias de introducción* es profundamente problemático. Si he leído bien el texto "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente" (Freud, [1911] 1991*c*), así como el texto mismo de las *Memorias de un enfermo nervioso* (Schreber, [1903] 1999) —sin mencionar siquiera varias reseñas de cada uno de ellos—, la *Grundsprache* no aparece ahí como la describe Freud —aunque de forma muy rápida— en las *Conferencias*. Y ¿qué es en realidad la *Grundsprache* en

7 [En la versión de Arrivé, encontramos "originariamente". M. L.].

las *Memorias* del Presidente? Como lo ha observado Mannoni acertadamente (1969, pp. 82 y 84), Schreber habla finalmente muy poco *de la* "lengua de fondo" (algunos, como Lacan, prefieren esta traducción) y habla menos aún *la* lengua de fondo. Seguramente, porque es la lengua de Dios. Las almas la aprenden a lo largo de su purificación. Se caracteriza por ser "un alemán algo anticuado pero lleno de expresividad, que se caracteriza por su gran riqueza de eufemismos" (Schreber, 1999, p. 68). Lo percibimos: ¡el lugar común de todas las relaciones simbólicas se encuentra bastante lejos! Y no nos metamos con las otras voces que van murmurando o gritando en las *Memorias*, pues los mensajes interrumpidos o las palabras de pájaros habladores en ningún momento son definidos por Schreber como parte de la *Grundsprache*. Además, parece inconcebible que exista una forma cualquiera de relacionar estos dos tipos de discursos con el simbolismo[8].

¿Y entonces? ¿Se habrá dejado Freud engañar por la memoria? ¿O bien argumenta con información exterior a los fragmentos publicados del libro de Schreber? Si no queremos caer en especulaciones, es imprescindible desviarnos para considerar otro aspecto del simbolismo.

8 Para muchos lectores de Schreber, va de suyo que los mensajes inconclusos y las frases de los pájaros corresponden a la *Grundsprache*. Nada en el texto de Schreber autoriza semejante asimilación.

A mi parecer, la única observación capaz de poner de manifiesto una relación entre la *Grundsprache* y el simbolismo onírico (e, indisolublemente, el lenguaje de los orígenes) es la siguiente: los "eufemismos" —¡a veces peculiares, como veremos!—, que son característicos de la *Grundsprache* por su redundancia, en verdad son antífrasis: "*recompensa* por *castigo* (a la vez eufemismo y antífrasis); *veneno* por *alimento* (¡extraño eufemismo!, pero el aspecto parcial *antifrásico* subsiste); *impío* por *piadoso* (otro extraño eufemismo, pero esta vez con antífrasis absoluta); *examen* por *purgación* (misma observación)" (1999, p. 68). Lacan observó y comentó con justicia el aspecto antifrásico de los eufemismos de la *Grundsprache* ([1955-1956] 2004, p. 44). Ese aspecto, de hecho, no le parece nada sorprendente al retórico ni al lingüista: la retórica destacó hace ya mucho tiempo la relación entre las dos figuras. En cuanto a los lingüistas, los que examinaron la cuestión de las palabras con sentidos contrarios, que, a veces, se denominaron con elegancia "cabezas de Jano", distinguen la intención de eufemismo en numerosas antífrasis. Así, Cohen, en su estudio de los *addād* (palabras árabes consideradas portadoras de los dos sentidos opuestos), subraya claramente que muchas de ellas se entienden por el valor de antífrasis y eufemismo asumido por uno de los dos sentidos (1970, p. 88): la *Grundsprache* procede exac-

tamente de la misma manera cuando designa al *castigo* como *recompensa*.

Empezamos a darnos cuenta de que es por medio de la antífrasis que sin duda se establece para Freud la relación entre la *Grundsprache* del Presidente Schreber y ese lenguaje originario, fuente común de las lenguas y del simbolismo, y es así que la autoridad de Sperber le permite plantear con mayor seguridad: porque, ya se ha visto en los capítulos precedentes, es también una característica del lenguaje originario (y del simbolismo que ha generado) significar a la vez los dos contrarios. Y es aun por medio de una antífrasis que tal vez se explica una humilde nota, de aspecto enigmático, en las "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia":

> A la frase: "Yo lo amo" [fórmula del amor homosexual, cuando los dos pronombres son masculinos] la contradice [...] el delirio de persecución proclamando en voz alta: "Yo no lo *amo*, pues yo lo *odio*". Esta contradicción, que, en el inconsciente*, no podría rezar de otro modo, no puede devenirle consciente al paranoico en esta forma (1991*c*, pp. 58-59).

El asterisco cuya nota afecta la expresión "en el inconsciente" inspira otra observación que se redactó de la siguiente manera: "en el 'lenguaje fundamental' [...], según diría Schreber"; el inconsciente es entonces propiamente asimilado a la *Grundsprache*. *Unbewusste* y *Grundsprache* forman una unidad: estamos muy cerca de la formulación lacaniana "el inconsciente está estructurado como un lenguaje". Y el contexto marca explícitamente los rasgos que dan cuenta de esta asimilación: como la *Grundsprache*, el inconsciente es insensible a la contradicción, otorga el mismo intérprete a dos proposiciones contradictorias, tales como "lo amo" y "no lo amo". Contraprueba del lado de la *Grundsprache*: Schreber observa escrupulosamente que la designación "fundamental" de las "almas no probadas" no es sino, por anulación de la negación, la de "almas probadas" (1999, p. 68).

Schreber nos hizo pasar de Sperber a Abel. En efecto, acabamos de ver cómo surge progresivamente la problemática de palabras de sentidos opuestos. Acá debemos remitirnos a la *Traumdeutung* (1900) para discernir de qué manera Freud utilizó el trabajo de Carl Abel. En el capítulo "El trabajo del sueño", aparece la propiedad que posee el sueño de "figurar un elemento cualquiera mediante su opuesto en el orden del deseo, por lo cual de un elemento que admita contrario no se sabe a primera vista si en los pensamientos oníricos está incluido de manera positiva o negativa" (1991*a*, p. 324. Ver también 1991*f*, pp. 163-164). Precisamente en este punto aparece, en la reedición de la *Tramdeutung* de 1911, la nota acerca de Abel:

> Por un trabajo de K. Abel, "Über den Gegensinn der Urworte" [El sentido antitético de las palabras primitivas], me enteré del hecho asombroso, confirmado también por otros lingüistas[9], de que las lenguas más antiguas se comportan en esto exactamente como los sueños. Al comienzo poseen una sola palabra para los dos opuestos de una serie de cualidades o de actividades (fuertedébil, viejojoven, lejoscerca, unirseparar) [...]. Abel lo demuestra en particular respecto de la lengua del Egipto antiguo, pero comprueba la existencia de nítidos restos del mismo desarrollo también en lenguas semíticas e indogermánicas.

Esta nota es, en realidad, una reseña de indicaciones que dio Freud anteriormente en un artículo que toma su título del texto comentado: "Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas" ([1910] 1991*b*).

En parte a raíz de los anatemas de Benveniste ([1966] 1997, pp. 75-87), Abel ha sido considerado un marginal y un extravagante. Pero parece que, en su momento, no fue en absoluto el caso. Sus —numerosos— trabajos fueron constantemente citados y usados no solo por egiptólogos de finales del siglo XIX, sino también por especialistas

9 Sería interesante saber a qué "otros lingüistas" aludía aquí –¡tan discretamente!– Freud. Rastreo difícil, como bien puede imaginarse. Una casi certidumbre, con todo: Freud no miente, porque el problema de las "cabeza de Jano" siempre dio lugar a vasta bibliografía. Basta pensar en los problemas suscitados por los *addad* del árabe clásico. (Ver especialmente Cohen, 1970; y Hagège, 1985, p. 150).

en otros campos lingüísticos que intentaron aplicar sus visiones a las lenguas originarias de América, por ejemplo[10]. Si hoy se puede decir que Abel solo le debe la sombra de renombre suyo al hecho de haber sido leído por Freud, se suma así a la infinita lista de lingüistas que, a pesar de haber caído en el olvido, marcaron un momento de la historia de su ciencia.

Ahora bien, ¿qué dice Abel? Parecer ser que la mayoría de sus comentadores, si lo leyeron, no leyeron más que el artículo que consideró Freud en su comentario (Abel, [1884-1885] 1988). Sin embargo, no es el texto más importante. Existen muchos más, al menos uno de ellos tuvo la ambigua suerte de ser también citado por Freud, pero de forma menos llamativa, ya que lo escribió al final de su recorrido y por ello permaneció oculto. Se trata de "Über den Ursprung der Sprache" ["Sobre el origen del lenguaje"] (1885; apunto, de paso, que el número de trabajos —libros o artículos— que llevaron este título en la Alemania de fin de siglo XIX es impresionante). Si he leído bien esos dos artículos, el primero ("Sentidos opuestos") funciona como ilustración, ejemplificando con detalle el segundo ("Origen"). Es entonces en el se-

10 Milner (1984, p. 321) nota que cierto Pott dedicó una obra a las teorías de Carl Abel. Y es el americanista Brinton quien ejerció sobre las lenguas originarias americanas las doctrinas abelianas.

gundo que se pueden leer las teorías lingüísticas de Abel. ¿De qué teorías se trata? En realidad, no son nada originales a primera vista. Se trata de una interrogación sobre el muy antiguo problema del origen del lenguaje, formulado en términos muy tradicionales: el lenguaje, ¿es conforme a la naturaleza de las cosas (teoría llamada φύσει) o fue más bien instituido por convención (teoría llamada θέσει)? Citamos a Abel:

> Desde que los filósofos griegos plantearon el problema de saber si las palabras fueron producidas por instinto, por los hombres, como si fueran impulsados por una necesidad natural que actuase de manera idéntica en cada individuo; o, si, al contrario, fueron instituidas bajo el efecto de un convenio, se pensó siempre desde la hipótesis de un lenguaje que hubiera sido siempre tan comprensible como lo es hoy día (1885, p. 285; es el principio del artículo).

Tal manera de enfocar el problema anuncia, de parte de Abel, un criterio muy distinto, ya que postula que las lenguas, en su estado originario, eran "incomprensibles": inaptas —o poco aptas, y suplidas o asistidas por otros medios, por ejemplo, el gesto— para hacer que la comunicación fuera eficaz. ¿Cómo explicar semejante estado, que Abel ha considerado como "escandaloso", ya que, para él —como lo dice explícitamente, lo mismo que Sperber treinta años más adelante—, la función del lenguaje es la

comunicación? En realidad, en las lenguas primitivas —y toma como ejemplo el egipcio en la época jeroglífica antigua— la homonimia y la sinonimia hormiguean como en un inextricable "matorral" (la metáfora es suya). Con un estilo avispado, tan desenvuelto como apasionado, familiar y metafórico —en resumen, más "poético" que "científico"—, Abel describe aquella situación deplorable:

> Nos enfrentamos a una confusión torrencial de palabras, en la cual muchas designan todo tipo de cosas y todo tipo de cosas están designadas con muchas palabras. En resumen, nos hallamos frente a la forma más deslumbrante de incomprensibilidad (1885, p. 289).

Por increíble que parezca, algunos egiptólogos contemporáneos proponen descripciones muy similares del sistema —aunque se limitan, en su análisis, al plano de la escritura—; así, Vernus afirma:

> Los signos de notación de algunos fonemas desaparecidos se usan para el fonema más próximo; al inverso, la confusión entre dos signos diferentes, o la extensión de un ideograma con nociones cercanas, pero sin relación etimológica, conduce a una plurivalencia de muchos de estos jeroglíficos (1977, p. 66).

¿Y me acusarán de fanatismo abeliano si me atrevo a destacar que las descripciones que propone Abel sobre

homonimia y sinonimia en egipcio evocan directamente las descripciones del sueño en las *Conferencias de introducción*? Hasta tal punto que llego a preguntarme si el texto de Abel no fue directamente utilizado por Freud en su análisis: miremos las *Conferencias*, (1991*f*, p. 157).

El egipcio antiguo aparece, por lo tanto, como un gigantesco receptáculo de todas las homonimias y sinonimias. Necesariamente incomprensible, esta lengua será sometida a un amplio proceso de perfeccionamiento y de clarificación, lo que Abel describe con vivacidad:

> Al principio, homonimia y sinonimia, en una confusión polisémica pobre de conocimiento. Luego, con el progreso de la razón, distinción de conceptos y formas sonoras, y alejamiento correspondiente al gesto explicativo. Desaparición de la mayor parte de los homónimos [...]. Desaparición de miles de sinónimos. Restricción y precisión del contenido de los sobrevivientes. En resumen, surgimiento progresivo —a partir de la nebulosa originaria del sonido y del sentido— de un sonido específico y una significación definida. Esclarecimiento de la psiquis, y distinción correspondiente de la fonética (1885, p. 295).

Consta que su trabajo trata simultáneamente del significado y del significante. En cuanto al primero, a través de este trabajo, se explica, por ejemplo, la constitución de palabras compuestas en las que se yuxtaponen dos contrarios, y sabemos que Freud los evoca ([1910] 1991b, p. 148):

> El idioma egipcio nos lleva de regreso a este momento de la infancia de la humanidad, en el cual los conceptos debían de ser conquistados de manera reflectante (así como reflejan los espejos). Para aprender a pensar la "fuerza", se debía separarla de la "debilidad"; para concebir la "oscuridad", aislarla de la luz; para forjar "mucho", había que tener "poco" en mente (1885, p. 302).

Así, la "antítesis" —el nombre que Freud le da a esta relación— afecta al significado. Se encuentra con su homólogo en el nivel del significante, en la "metátesis":

> En aquella etapa, el período en el cual, en el marco de ciertas fronteras nacionales, cada uno podía proferir cualquier sonido para cualquier cosa, está acabado. Pero queda la posibilidad de seguir formando los sonidos escogidos, las raíces, mediante el cambio o la repetición de sus distintas partes (1885, p. 307).

De este proceso resulta el trabajo sobre el significante de las palabras, tal que, por ejemplo, un significante egipcio que tiene la forma FES puede igualmente decirse, por metátesis, SEF, y luego repetirse en posición final del fonema inicial FESF, y finalmente pueden yuxtaponerse los dos significantes metatéticos FESSEF (1885, pp. 307-308). Otra vez encontramos una relación con los procesos de trabajo del sueño considerados por Freud, quien alude a la "inversión del material representativo". Apunta

aquí a los fenómenos de condensación que se aplican a las palabras, por ejemplo, el famoso AUTODIDASKER y su correlato (L)ASKER (con la L restituida) que se lee también, por metátesis, ALEX (1991*a*, p. 306): con esto nos acercamos mucho a los anagramas de Saussure.

La respuesta de Abel al problema que se plantea en las primeras líneas del artículo — ¿φύσει o θέσει?— no es explícita. Se percibe que tiende hacia una respuesta intermedia: el trabajo de perfeccionamiento de la lengua tendría como efecto establecer "convenciones" por aproximaciones sucesivas, cada vez más cercanas —dentro de los límites de una lengua considerada— a las "condiciones naturales" de adaptación del significante al significado.

¿Hace falta decirlo? No es este el lugar para examinar la "validez" de los análisis de Abel del egipcio como tampoco de las muchas otras lenguas que cita. Sencillamente, creo descubrir los rastros de dos deslices, rastros que se pueden descubrir perfectamente sin tener en consideración el objeto concernido. La primera consiste en que Abel "olvida" frecuentemente —¡hermoso ejemplo de acto fallido!— una distinción que, sin embargo, refirió explícitamente en uno y otro artículo: la que separa la lengua egipcia de su manifestación gráfica bajo la forma de jeroglíficos. Se encuentra con frecuencia en la obligación de atribuir a la lengua misma características que, aparentemente, están realmente presentes en el sistema

gráfico de los jeroglíficos, pero sin que afecten la lengua en sí: es lo que se llamó, con los epistemólogos ingleses, "grafías deportivas". Así, los signos que expresan gráficamente un nombre, bajo ciertas condiciones, pueden transgredir la linealidad: el nombre del dios Ptah puede dar lugar a grafías tales como PTH o THP (Vernus, 1983, pp. 28-29)[11]. Estos juegos de escritura dan lugar a fenómenos de metátesis y polisemia.

El segundo rastro de desliz en Abel es quizás su excesivamente entusiasta intento de encontrar fenómenos semejantes a los que aparecen en el sistema jeroglífico no solo en la lengua egipcia, sino también en otras, semíticas e indoeuropeas, específicamente las germánicas. Llega hasta el punto de detectar procesos de metátesis del significante al comparar palabras de lenguas diferentes, por ejemplo, entre el alemán *Topf* y el inglés *pot* (1885, p. 308).

Volviendo ahora a Freud, ¿qué ha rescatado de los dos artículos de Abel? No conserva del aparato teórico más

11 Para otro ejemplo que ponga en duda la linealidad gráfica, ver Vernus (1977): "el nombre del rey (Ramsés II), aunque siempre se pronuncie *Ra-MeS-SeW-MeRY-iMeN*, junta sus signos en el orden *Ra-i-MeN-ReRY-MeS-SeW*" (pp. 66-70). Existen otros fenómenos mucho más complejos aún que Abel entiende solo parcialmente por olvidarse de hacer la distinción oral/escrito, que le permita asentar su teoría de la manipulación del significante. Notemos, sin embargo, que los análisis de Abel, considerando estrictamente el plano de la grafía, son generalmente válidos.

que —y de manera alusiva— el concepto de "lenguas primitivas" como lenguas con un "carácter impreciso e ininteligible" (1991*d*, p. 113). El resto, hasta en el artículo de 1910, no aparece sino con algunas citas muy dispersas y sin comentar. Se entiende perfectamente esta discreción: es que la teoría de Abel sobre el origen del lenguaje no concuerda fácilmente con la de Sperber. En cambio, los ejemplos que expone Abel se insertan naturalmente en el marco de la reflexión freudiana, a la que van fortaleciendo en otro punto frágil: la coexistencia en el mismo elemento significante de dos significados opuestos. Por lo tanto, podemos ver que lo que más le interesa a Freud son los ejemplos. Por consiguiente, utiliza con intensidad un tipo de anexo al primer artículo, el "Anhang von Beispielen des ägyptischen, indogermanischen und arabischen Gegensinns" ["Anexo de ejemplos egipcios, indoeuropeos y arábigos del sentido antitético"] (1988, p. 41), en el que Abel enumera, sin la menor precaución filológica, ejemplos de *addād* árabes y fenómenos similares en muchas otras lenguas. Así descubre Freud estos ejemplos, tan violentamente vilipendiados —medio siglo más tarde— por Benveniste: *clamare* y *clam* ("gritar" y "silenciosamente"), *altus* ("alto" y "profundo"), *sacer* ("sagrado" y "maldito"), etcétera.

Se nos impone otra constatación. Freud está, por lo general, muy atento a las especificidades de la escritura,

sea alfabética —por ejemplo, en el análisis del funcionamiento de la sílaba—, sea —y sobre todo— ideográfica: los sistemas ideográficos chino y, aún más, egipcio parecen ser los que más le interesan. Recordemos aunque sea la comparación que hace entre la estructura del sueño y la de los jeroglíficos (1991*a*, 286). En muchos puntos, Freud plantea con extrema lucidez la distinción entre lengua y sistema de escritura (ver, por ejemplo, 1913, p. 179). Y resulta más significativo observar que, en su lectura de Abel, también se *olvida* de lo que subsiste como precaución respecto a aquella distinción en el trabajo del lingüista. Abel, en efecto, procura observar, en varias ocasiones, la importancia del *Bildchen*, el "determinante", que permite diferenciar en el plano gráfico dos antónimos significados por un solo término. Al principio del primer artículo, empieza por notar que "una voz absolutamente [igual] significaba a la vez 'fuerte' y 'débil': *Ken*" (a diferencia de lo que una muy curiosa errata le hace decir: "¡a la vez fuerte y fuerte!") (1988, p. 41). Pero, al final del artículo, explicita muy claramente que "cuando la palabra egipcia [*Ken*] debe significar 'fuerte', se encuentra a continuación de la escritura alfabética de su voz la figura de un hombre armado, erguido; cuando la misma palabra debe expresar 'débil', sigue a las letras que exponen la voz la figura de un hombre sentado indolentemente" (1988, p. 51). Freud cita este pasaje, pero sin

insistir ni comentar: se percibe que lo que le interesa no es la distinción —gráfica— entre los dos términos, sino su confusión fónica (1910, p. 152). Con el irreprimible efecto de su deseo por encontrar las palabras de sentido opuesto que vayan confirmando su teoría de un origen común del lenguaje y el simbolismo, llega a olvidarse de la preeminencia de lo escrito, para privilegiar la voz.

Así, Abel se olvida, y Freud vuelve a olvidarse con los olvidos de Abel. Se entiende, por lo tanto, que Benveniste —quien aparentemente no ha leído a Abel sino por medio de Freud: todos los ejemplos que cita son tomados de la selección que hizo Freud— critique con facilidad. Manifiesta mucha severidad respecto al pobre Abel. En sí, cada una de sus críticas se revelan indiscutibles en el plano filológico: es un hecho histórico que *clamare* no tiene nada que ver con *clam*, y no se puede negar que, para *sacer*, "son las condiciones de la cultura las que han determinado ante el objeto 'sagrado' dos actitudes opuestas" (1997, p. 81)[12]. Pero la homofonía no deja de ser un fenómeno constante en el lenguaje, y puede llegar a conferir el mismo significante a dos significados opuestos: es precisamente el problema que Benveniste no quiere abordar. Como prueba de esto, el hecho extremadamente paradójico de que pasó completamente por alto la amplia bibliografía que desde tiempos inmemoriales se dedica al irritante problema de la "cabeza de Jano". Curiosa coincidencia cronológica: fue en 1955, un año antes de que Benveniste publicara su artículo en *La psychanalyse*, cuando Pottier defendió su tesis en la Sorbona sobre *La systématique des éléments de relation* [*La sistemática de los elementos de relación*], en la que estudiaba las soluciones que los lingüistas aportaron al problema de los sentidos opuestos. A pesar de que Benveniste no haya podido de entrada consultar esa tesis (que se publicó recién en 1962), no podía ignorar, dentro del círculo de los lingüistas, tan estrecho en aquel entonces, trabajos tan notorios como los de Bally, Devoto, Frei, Rosally Brøndal, etc. Pero los olvida. Su única concesión es una breve alusión al "mito y la poesía", de la cual "ciertas formas [...] pueden emparentarse con el sueño y sugerir el mismo modo de estructuración, introducir en las formas normales del lenguaje esa suspensión del sentido que el sueño proyecta en nuestras actividades" (1997, p. 83). Podemos ver que el lenguaje mismo queda preservado de la contaminación del sueño. Nos queda preguntarnos

12 Sin embargo, podríamos, con Milner (1984, p. 317), objetar que las "condiciones de la cultura" constituyen lo que se llama el "sentido" de la palabra *sacer*: ¡se encontrarían afectados por el *Gegensinn*! El problema no es otro que el del lugar del concepto de *sentido*: ¿una entidad lingüística pura, preservada de toda relación con cualquier referente que sea? ¿O el conjunto de "actitudes" tomadas respecto de los objetos designados?

sobre las razones que llevaron a Benveniste a construir, alrededor del lenguaje, semejante fortaleza y a protegerla con el silencio. ¿Será que temió haber reconocido, en la figura fugazmente divisada del lingüista alemán, el reflejo invertido de su propio rostro? Es la idea sugerida por Jean-Claude Milner (1984, pp. 311-323): "La lingüística de Abel, falaz y fantasmal, repite del revés la lingüística positiva y rigurosa de Benveniste: la primera propone a la segunda su imagen invertida" (p. 320). Pero quedaría todavía por discernir el origen de ese temor: solo podría hacerlo Freud.

Bibliografía

Abel, C. (1884-1885). *Uber den Gegensinn der Urworte.* Leipzig. [Versión en español: Abel, K. [C.] (1988). Acerca del sentido antitético de las palabras primitivas. En Koop, G. (comp. y trad.), *El psicoanálisis y las teorías del lenguaje.* Buenos Aires: Catálogos].

Abel, C. (1885). Über den Ursprung der Sprache ["Sobre el origen del lenguaje"]. En *Sprachwissenschaftliche Abhandlungen* (pp. 285-309). Leipzig.

Benveniste, É. (1966). *Problèmes de linguistique général.* París: Gallimard. [Versión en español: (1997). *Problemas de lingüística general.* México D. F.: Siglo XXI Editores].

Cohen, D. (1970). Addād et ambiguïté linguistique en arabe. En *Études de linguistique sémitique et arabe* (pp. 79-100). La Haya-París: Mouton.

Daumourette J. y Pichon, É. (1930). *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française, 1911-1927.* París: Collection des linguistes contemporains.

Freud, S. ([1900] 1991*a*). La interpretación de los sueños. En *Obras completas* (vols. IV y V) (Etcheverry, J. L., trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. ([1910] 1991*b*). Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas. En *Obras completas* (vol. XI) (Etcheverry, J. L. trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. ([1911] 1991*c*). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En *Obras completas* (vol. XII) (Etcheverry, J. L. trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. ([1912] 1991*d*). Tótem y tabú. En *Obras completas* (vol. XIII) (Etcheverry, J. L., trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. ([1913] 1991*e*)]. El interés por el psicoanálisis. En *Obras completas* (vol. XIII) (Etcheverry, J. L., trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. ([1916-1917] 1991*f*). Conferencias de introducción al psicoanálisis (1915-1916). En *Obras completas* (vols. XV y XVI) (Etcheverry, J. L., trad.). Buenos Aires: Amorrortu.

Hagège, C. (1985). *L'homme de paroles*. París: Fayard.

Lacan, J. ([1955-1956] 2004). *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1966). *Écrits*. París: Seuil. [Versión en español: (2003). *Escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI].

Mannoni, O. (1969). *Clefs pour l'imaginarie, ou l'autre scène*. París: Seuil.

Milner, J.-C. (1984). Sens opposés et noms indiscernables: K. Abel comme refoulé de É. Benveniste. En *La linguistique fantastique*. París: Clims-Denoël.

Rey, J.-M. (1974). *Parcours de Freud: économie et discours*. París: Galilée.

Rey, J.-M. (1979). *Des Mots à l'œuvre*. París: Aubier Montaigne.

Rey, J.-M. (1981). L'épreuve de la psychanalyse. En *Matérialités discursives*. Lille: P. U. L.

Schreber, D. P. (1903). *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*. [Versión en español: (1999). *Memorias de un enfermo nervioso* (Alcalde, R., trad.). Buenos Aires: Perfil].

Sperber, H. (1912). Über den Einfluss sexueller Momente auf Entstehung und Entwicklung der Sprache. *Imago, I* (5), 405-453. [Versión en español: (1988). Sobre la influencia de factores sexuales en la génesis y evolución del lenguaje. En Koop, G. (comp. y trad.), *El psicoanálisis y las teorías del lenguaje*. Buenos Aires: Catálogos].

Vernus, P. (1977). L'écriture de l'Egypte ancienne. En *L'espace et la lettre* (pp. 61-77). París: Union générale d'éditions.

Vernus, P. (1983). Écriture du rêve et écriture hiéroglyphique. En *Littoral* (pp. 27-32). Toulouse: Érès.

Posfacio

Intersecciones y demarcaciones. Lingüística, lingüistería, análisis del discurso.

Gabriel Lombardi

Para quién son esas serpientes
que silban sobre nuestras cabezas?
Andrómaca. Racine,
citado por Lacan y Paul Henry.

Intersecciones

Han pasado cuatro décadas desde que Lacan publicó sus últimos textos. El meritorio esfuerzo de muchos analistas, de leerlo, de intentar explicarlo, de apoyar en su decir nuestra práctica, nos tienta a olvidar que, en estos cuarenta años, pasaron algunas cosas. Entre ellas, cambios deslumbrantes que opacan paradigmas previos de los lazos sociales, civilizaciones enteras forzadas a globalizarse por las seducciones del discurso científico y su instrumentación capitalista. La máxima lacaniana que suple la crítica kantiana tiende a imponérsenos más y más: "actúa de tal modo que tu conducta pueda ser programada". Drones, ordenadores y *smartphones* reconfiguran nuestra an-

tigua morada de lenguaje, ladrillo e intimidad, inhibiendo nuestra posibilidad de presionar una tecla sin al mismo tiempo ser *tacleados* por el programa que activamos.

Por suerte, está el inconsciente, es decir, la reacción del *parlêtre* a las coerciones del lenguaje de máquina y de la automatización turinguiana del mundo. El inconsciente, el *Unbewusst* freudiano, transliterado como *unebévue* por Lacan, nos permite equivocar la perspectiva (*bévue*) y, de paso, zafar de la programación, hacer un uso diversamente ambiguo de cualquier lenguaje, jugar con él, extender *lalengua* si se nos ocurre, como hacen "les chiques", sin que importe lo *chiqué* de tal o cual preciosismo. Siempre siempre, tenemos a nuestro alcance la activación de esa desconexión viviente que somos, esa posibilidad radical de "decir que no", ese "I would prefer not to" del héroe mínimo de Melville. Posibilidad de decir y de hacerlo, de decir y no hacerlo, "como gustéis", y también de hacerlo de otro modo, invocando por igual otro sentido, otra causa, otra interpretación de lo comandado, de loco mandado, de lo común dado en el teclado virtual de un *smartphone* que uno cree comandar, sin tener idea de hasta qué punto es comandado. *Che cos'è il commando?* de Giorgio Agamben lo explica muy bien.

El inconsciente freudiano, entramado de lenguaje equívoco, de gramática pulsionante, de lógicas contradictorias, no fue elaborado desde cero. Freud inventó

un discurso que es al mismo tiempo un modo inédito de lazo social y, para hacerlo, tomó conceptos, estructuras argumentativas, herramientas diversas de otras disciplinas, con las que elaboró una novísima línea de investigación y de tratamiento de la relación simultáneamente patética y lógica del ser hablante con el lenguaje. Viceversa, influyó fuertemente en algunas de esas otras disciplinas por vías muchas veces difíciles de probar. Nadie más que Lacan se atrevió a sugerir que Freud no solo anticipó los resultados de Ferdinand de Saussure y del Círculo de Praga, sino que la erupción del inconsciente es condición de la lingüística. Su argumento es que el psicoanálisis despierta la posibilidad de análisis científicos que el discurso universitario adormilaba en el lecho de las ciencias humanas. Lo que Freud agita y trae a la cientificidad desde los fundamentos infernales del ser hablante es su constitución *lingüistérica* o simplemente *histérica*. Lo que le interesa del sueño es su estructura de lenguaje, que advirtió anticipando no solo la ciencia de Ferdinand de Saussure, sino también la "hipogramática", en la que este autor se entretenía descubriendo anagramas.

Lo que descubrió Freud fue de una vez y para siempre; y luego, del descubrimiento y de sus consecuencias, hay que hacer el inventario. La elaboración de ese inventario ya lleva más de un siglo; pero, de vez en cuando, se traba: en este momento, por ejemplo, cuando los analistas nos de-

moramos en descifrar las arduas peripecias del *tout-dernier* Lacan, el que confesaba "ya no encuentro, ahora busco".

Por eso, este libro me resulta una muestra prodigiosa de algunos avatares de la lingüística *después de Lacan*. Así como la topología no se quedó en dibujitos y, dejando las imágenes, avanzó en la teoría matemática de trenzas que ningún psicoanalista se tomó el trabajo de estudiar seriamente para importar a la clínica; así la lingüística, particularmente en lo que hace a la relación del hablante con la enunciación, no se quedó en los primeros indicadores que Freud supo entrever y que no alcanzó a explicar, —pobre hombre, solo vivió ochenta años—. Lacan pudo encontrar esas marcas o intrusiones de la enunciación en el enunciado, con cuentagotas, en lecturas minuciosas de eminentes lingüistas de su época: embragues, deícticos, algunas formas de la negación, no mucho más. Por ejemplo, se tomó un cierto trabajo para explicar la importancia de un "no" llamado "expletivo", de relleno, aparentemente inútil en el enunciado, pero que sin embargo refiere al sujeto de la enunciación, a su frecuente posición inestable entre el temor y el deseo: *Je crains qu'il ne vienne*, temo que venga, aun si íntimamente lo deseo, o viceversa.

Este libro nos entrega una pequeña muestra del inmenso abanico de marcas de la enunciación en el enunciado que se abre en los años ochenta con los estudios de Jacqueline Authier-Revuz, quien encuentra esas marcas por todas partes, incluso en el tren suburbano, donde escucha a una joven puericultora decirle a su colega: "Ah, no, estar cambiando pañales el día entero es una mierda, en el sentido propio del término, en fin, si se le puede llamar propio [*propre*, que, en francés, es también 'limpio', ¡ja!]". La chica del tren hace esos comentarios sobre el propio enunciado espontáneamente, y tal vez a cada momento. Aunque no haya estudiado análisis del discurso, sabe discurrir muy bien y volver sobre sus palabras con tanta habilidad como un personaje de Shakespeare.

La noción de discurso, dispositivo formado por elementos del lenguaje que hacen posible el lazo social, emerge con Lacan, Foucault y Pêcheux a fines de los setenta. Los desarrollos que siguieron, a partir de la década siguiente, permiten ampliar la dimensión del equívoco hacia los márgenes de los imperativos del significante (semánticos, pragmáticos, lógicos, morales) donde el ser hablante resguarda su deseo. Tanto es así que su lectura sugiere añadir a los tres puntos-nudos que Lacan discierne para los niveles del equívoco en que apoya la interpretación —*lalengua*, la *agramática* y la *(a)lógica*— un cuarto nudo, el de los equívocos del *dis-curso*, en los que Jacqueline Authier-Revuz muestra una maestría inigualada, aunque no sin la inspiración de Paul Henry. Este autor supo llamar la atención de Lacan ya en 1977 con su libro *Le mauvais outil*. En ese texto precursor, Henry mostró

una perspectiva irreverente de ese mal instrumento que es el lenguaje para los lingüistas, para la comunicación e incluso para un lingüista y analista del discurso eminente como Oswald Ducrot, quien reaccionó vivamente en un capítulo que Henry incluyó al final de ese libro. El lenguaje, en las diversas dimensiones que genera, es un mal útil para muchas cosas, aunque no para el análisis ni para la respiración del *parlêtre*, que sobrevive gracias a los equívocos con los que preserva su deseo, que es su esencia y su vida misma.

En su texto "Psicoanálisis y campo lingüístico de la enunciación: recorrido por la metaenunciación", Authier-Revuz recuerda la increíble eflorescencia que se produjo para ella con solo estudiar la operación de entrecomillado. El lógico W. O. Quine decía que la verdad es una operación de desentrecomillado, que el enunciado "la nieve es blanca" es verdadero si y solo si la nieve es blanca. Authier-Revuz no se contenta con esos jugueteos sintácticos que reducen la semántica a la tautología; ella muestra lo que, en la operación popular de entrecomillado, la sintaxis encuentra como alteración semántica a partir de la simple referencia a una enunciación problemática: discordante, referida o polifónica. Y esa alteración en la semántica es el índice de lo que el análisis del discurso puede señalar en su horizonte: el *parlêtre*, el *abláser* o como equívocamente se lo llame. Decir algo entre comillas es decir de otro modo, a veces contradictorio con el enunciado que se afirmaría sin las comillas. Es el comienzo de lo que, en el decir de Authier-Revuz, "no va de suyo"; y esa anormalidad no es un episodio infrecuente en la lengua, entrecomillamos a cada momento e intercalamos diferentes formas de modalización de nuestro enunciado dejando señales en el lenguaje como objeto propio de la lingüística: de nuestra intrusión enunciativa, de nuestro decir partido, de nuestra posición distanciada o crítica respecto de lo que estamos diciendo.

Authier-Revuz se basa en el *dictum* de Lacan *no hay metalenguaje*, es decir, que no hay más que el lenguaje para hablar del lenguaje, para introducir con elegante soltura lo "metaenunciativo", enmarcado en la siguiente matriz argumental: existen, en el enunciado, marcas de las posiciones enunciativas en juego, exteriores al lenguaje, pero que se obtienen opacificando una parte del enunciado, para indicar su extrañeza, su discordancia o la distancia del locutor respecto de eso que allí se dice. Lo mismo ocurrirá luego, en la obra de Authier-Revuz, con el vastísimo campo del discurso referido, esa fuente de polifonía que se advierte en la literatura desde que Bajtín lo señaló en Dostoievsky, o Harold Bloom, en Shakespeare. No hay metalenguaje, pero las marcas de la enunciación en el enunciado configuran esos "vertiginosos exteriores" por los cuales, después de Freud y de Lacan, ser lingüista es

"uno de los modos de relacionarse desapaciblemente con el lenguaje" (Authier-Revuz, en este volumen).

Demarcaciones

Jacqueline Authier-Revuz nos habla de la demarcación entre la lingüística y los urgentes exteriores que le impone la enunciación, haciendo de estos el objeto propio de sus investigaciones en análisis del discurso. Paul Henry, por su parte, nos aporta valiosas observaciones sobre la demarcación entre el psicoanálisis y las otras disciplinas que se ocupan del discurso. Henry recuerda, para comenzar, con qué firmeza Lacan delimitó el territorio del psicoanálisis respecto de la lingüística. No se privó de importar lo que encontró útil en esa disciplina, como tampoco de afirmar: "Mi decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje no concierne al campo de la lingüística".

La equivocidad de los distintos niveles del lenguaje no tiene límites, dice Henry. Cantor y Gödel lo demostraron incluso en el nivel lógico de la teoría de números —efectos también del lenguaje—. El autor austríaco demostró la imposibilidad de encontrar límites para la equivocidad de un sistema formal que incluyera la aritmética, por lo que se debía entonces optar, por ejemplo, entre la incompletud y la inconsistencia. En otros planos del lenguaje, Pêcheux y Gadet hablan de "la lengua de nunca acabar". ¿Se podría decir lo mismo del psicoanálisis, que puede demorarse en un juego interpretativo interminable, en un bla-bla sin fin? Por suerte, no siempre resulta así. Hay un principio limitante precisamente en el inconsciente-*parlêtre*, que, si bien "está estructurado como un lenguaje", no es el *común lenguaje* de "todos" los equívocos posibles, porque no hay "todo" que no pueda a su vez ser equívoco y ser incluido como parte de su conjunto potencia —teorema elemental de Cantor—. El psicoanálisis encuentra su límite en lo que termina siendo una categoría precisa, que el análisis del discurso toma del psicoanálisis: el decir. El método freudiano de la asociación llamada libre más interpretación, que comienza por abrir la división subjetiva del "analizante" (el que padece y actúa al mismo tiempo o alternadamente, contradiciéndose todo el tiempo), encuentra su límite en ese momento en que un decir es irreversible, por alcanzar la dimensión de acto. El acto consiste en la instalación de un *loquor* que ya no es ni padecer ni actuar desde afuera, sino del orden de la voz o diátesis media, perfectamente situada en 1950 por Émile Benveniste.

"El acto tiene lugar de un decir, que transforma al sujeto", resumirá Lacan diecisiete años después. El decir, que es el acto propio del *parlêtre*, instala en el mundo una

categoría nueva que ni Foucault ni los analistas del discurso tienen las herramientas (metodológicas) para situar. ¿Las encuentra el psicoanálisis? En todo caso, las que encuentra le permiten aproximarse con inédita intimidad. Lacan llama "destitución subjetiva" a ese "ser fuerte y singularmente" que, como resultado del análisis, puede distinguirse del "paciente" que consulta por primera vez y también del "analizante" que transcurre dividido su relación ilimitada con el equívoco. Lacan llama así, precariamente, a esa posición del *parlêtre* que al término del proceso analítico encuentra su destino (de *sto-stare*...), su toma de posición satisfactoria (de *satis facere*), es decir, su límite. Lo que Paul Henry sitúa en términos contundentes pero amplios, "el ser hablante *hace* el ser", solo el psicoanálisis puede verificar, por seguir de cerca cómo el hablante lo *hace* en un caso particular que, durante el análisis, se singulariza de veras, irreversiblemente, una vez desprendido ya del deseo de descifrado al que durante el proceso lo tentó la equivocación.

El psicoanálisis no es una ciencia, pero puede ser la más rigurosa de las pseudociencias. Popper lo entrevió en el segundo libro de su *Logik der Forschung*, en el que dedica veinte preciosas páginas a la tesis de Freud que dice que el sueño es una realización de deseo (incluyendo los casos de la pesadilla, el sueño de angustia y el sueño de insatisfacción). Es, de hecho, la única "pseudociencia"

que, autorizando al analizante a equivocarse, mentir e inventar cuanto quiera, se da el *órganon* adecuado para hacer lugar a ese pasaje del sujeto dividido $\not{S}$ al *parlêtre* que Lacan hace coincidir con el inconsciente *une-bévue*, estructurado de modo tal que sus equívocos no le impiden los efectos castrativos de dicha estructura, ni el sostén del deseo indestructible que resulta de ella, se realice o no finalmente.

En suma, la interdisciplina, la información, las ideas, los conceptos que podemos aprehender unos de otros, no necesariamente nos impiden ser precisos a la hora de las demarcaciones entre disciplinas diferentes:

1. La demarcación entre la lingüística y el análisis del discurso, bien señalados por Authier-Revuz en esos vertiginosos exteriores que vitalizan el lenguaje.
2. La demarcación entre lingüística y lingüistería, señalada con precisión por Benveniste en el texto que comenta Arrivé, cuyo gesto piadoso hacia Abel no alcanza a temperar el déficit de la lingüística prefreudiana. Freud apoyó su invención en una falsa lingüística, en una falsa historia de las palabras, y eso no va en desmedro de su genio, todo lo contrario. La corrección de Benveniste a los lingüistas de estilo platónico es contundente.
3. La demarcación entre el psicoanálisis y el análisis del discurso, todavía por elaborar, puede comenzar a par-

tir de la teoría del *parlêtre*. En todo caso, corresponde al psicoanálisis situar al ser hablante en la juntura entre lo particular y lo singular. En efecto, es su particularidad, el psicoanálisis verdadero no se ocupa de los universales, sino de la travesía que va desde algunos particulares incómodos hasta una singularidad que no es ya el semblante de singularidad del que se jacta cualquiera, desde el paranoico hasta el neurótico, y que el filósofo avala con su posición paradójica: "todos somos singulares". En el camino, el analista se encuentra con ese particular mínimo, casi universal, que Lacan tomó de Jacques Brunschwig: el *no-todo*.

Ahora bien, a diferencia del psicoanálisis, la lingüística puede merecer el nombre de ciencia e intentar otro estilo de rigor. Es verdad, como lo señala Arrivé (en este volumen), que Freud se inspiró en una lingüística falaz y fantasmal, la de Carl Abel, que recuerda las estructuras e historias pseudocientíficas de siempre. Pero lo que Freud hace es otra cosa: es descubrir el inconsciente, que entrama en cadenas de equívocos un deseo altamente estructurado. Y la corrección propiamente científica de Benveniste, que señala con precisión algunos desvaríos en las elucubraciones de Abel, muestra el investigador riguroso y fecundo que fue, en el que se apoyaron Lacan, Foucault, Agamben y tantos otros, respecto del cual la

interpretación posfreudiana que le realizan Milner y Arrivé, resulta al menos cuestionable. Leamos atentamente lo que escribe este último autor:

> Nos queda preguntarnos sobre las razones que llevaron a Benveniste a construir, alrededor del lenguaje, semejante fortaleza y a protegerla con el silencio. ¿Será que temió haber reconocido, en la figura fugazmente divisada del lingüista alemán, el reflejo invertido de su propio rostro? Es la idea sugerida por Jean-Claude Milner (1984, pp. 311-323): "La lingüística de Abel, falaz y fantasmal, repite del revés la lingüística positiva y rigurosa de Benveniste: la primera propone a la segunda su imagen invertida" (p. 320). Pero quedaría todavía por discernir el origen de ese temor: solo podría hacerlo Freud (Arrivé, en este volumen).

Milner y Arrivé, con su interpretación de lo imaginario de Benveniste, no tienen en cuenta el precio que hay que pagar para acceder a la ciencia, a la ciencia despojada de creencias, de la que el psicoanálisis debió apartarse, a pesar de los esfuerzos lacanianos por desprenderse del saber mítico y atenerse a su trípode R. S. I. El psicoanálisis no puede permitirse olvidar el "drama subjetivo" que cuesta cada una de las crisis de la ciencia, el drama del sabio en el sentido propio del término, cuyo destino tal vez no se inscriba en el mito de Edipo, según conjetura Lacan en *Ciencia y verdad*. Reducir ese drama al estadio del espejo es una reducción pueril y señala la posición

tir de la teoría del *parlêtre*. En todo caso, corresponde al psicoanálisis situar al ser hablante en la juntura entre lo particular y lo singular. En efecto, es su particularidad, el psicoanálisis verdadero no se ocupa de los universales, sino de la travesía que va desde algunos particulares incómodos hasta una singularidad que no es ya el semblante de singularidad del que se jacta cualquiera, desde el paranoico hasta el neurótico, y que el filósofo avala con su posición paradójica: "todos somos singulares". En el camino, el analista se encuentra con ese particular mínimo, casi universal, que Lacan tomó de Jacques Brunschwig: el *no-todo*.

Ahora bien, a diferencia del psicoanálisis, la lingüística puede merecer el nombre de ciencia e intentar otro estilo de rigor. Es verdad, como lo señala Arrivé (en este volumen), que Freud se inspiró en una lingüística falaz y fantasmal, la de Carl Abel, que recuerda las estructuras e historias pseudocientíficas de siempre. Pero lo que Freud hace es otra cosa: es descubrir el inconsciente, que entrama en cadenas de equívocos un deseo altamente estructurado. Y la corrección propiamente científica de Benveniste, que señala con precisión algunos desvaríos en las elucubraciones de Abel, muestra el investigador riguroso y fecundo que fue, en el que se apoyaron Lacan, Foucault, Agamben y tantos otros, respecto del cual la

interpretación posfreudiana que le realizan Milner y Arrivé, resulta al menos cuestionable. Leamos atentamente lo que escribe este último autor:

> Nos queda preguntarnos sobre las razones que llevaron a Benveniste a construir, alrededor del lenguaje, semejante fortaleza y a protegerla con el silencio. ¿Será que temió haber reconocido, en la figura fugazmente divisada del lingüista alemán, el reflejo invertido de su propio rostro? Es la idea sugerida por Jean-Claude Milner (1984, pp. 311-323): "La lingüística de Abel, falaz y fantasmal, repite del revés la lingüística positiva y rigurosa de Benveniste: la primera propone a la segunda su imagen invertida" (p. 320). Pero quedaría todavía por discernir el origen de ese temor: solo podría hacerlo Freud (Arrivé, en este volumen).

Milner y Arrivé, con su interpretación de lo imaginario de Benveniste, no tienen en cuenta el precio que hay que pagar para acceder a la ciencia, a la ciencia despojada de creencias, de la que el psicoanálisis debió apartarse, a pesar de los esfuerzos lacanianos por desprenderse del saber mítico y atenerse a su trípode R. S. I. El psicoanálisis no puede permitirse olvidar el "drama subjetivo" que cuesta cada una de las crisis de la ciencia, el drama del sabio en el sentido propio del término, cuyo destino tal vez no se inscriba en el mito de Edipo, según conjetura Lacan en *Ciencia y verdad*. Reducir ese drama al estadio del espejo es una reducción pueril y señala la posición

desubicada del intérprete tratando de explicar "el origen del temor" por el que Cantor vivió más de la mitad de su vida internado, Gödel murió de inanición, Turing se suicidó y Benveniste murió afásico, atendido por un joven y devoto Todorov. La psicobiografía tiene sus límites, y el psicoanálisis a partir de Lacan se ha ocupado de demostrarlo. Aplicarla a quienes transformaron nuestro mundo es prueba más bien de una ambición presuntuosa y débil.

Para colmo, Milner nunca leyó a Abel de primera mano, según deduce Arrivé por cómo lo cita, precediendo su apellido ancestral de hermano menor con una K en lugar de la C de Carl. "¿Lo leyó?", se pregunta Arrivé con justificada sospecha. O el "amor por la lengua" lo llevó a interpretar tontamente a quien la estudia con rigor científico, que es, por cierto, totalmente otra cosa que amarla.

Los analistas tenemos mucho que aprender de la lingüística y del análisis del discurso. Es seguramente una condición para estar a la altura de la subjetividad de la época, sobre la cual la ciencia tiene una incidencia estructurante. Que nosotros, psicoanalistas o analistas a secas, nos ocupemos de los efectos de ser y de falta de ser que produce la ciencia no nos invita a ignorarla, todo lo contrario. Gracias a Authier-Revuz, a Henry e incluso a Arrivé, por lo que nos aportan de información y de posibilidad de reflexión y de réplica.

Reseñas Biográficas

JAR

Jacqueline Authier-Revuz

Profesora emérita de Lingüística Francesa (Paris 3 Université), su tesis doctoral "Las no coincidencias del decir y su representación metaenunciativa", defendida ante Michel Arrivé, le valió el premio Larousse 1995 y renombre inmediato. Formada en la enseñanza de Michel Pêcheux, ha trabajado sobre algunos puntos de encuentro entre la lingüística y el psicoanálisis. Actualmente sus investigaciones en Análisis del Discurso giran en torno a las representaciones del discurso otro.

PH

Paul Henry

Investigador del CNRS, ha publicado numerosos trabajos y constituye, junto con Michel Pêcheux, una de las piezas fundamentales en la constitución del Análisis del Discurso. Su libro *Le Mauvais outil: langue, sujet et discours*, publicado en 1977, ha sido retomado por lingüistas y psicoanalistas. Es un asiduo profesor visitante de universidades latinoamericanas, y sus obras han sido traducidas a varias lenguas.

MA

Michel Arrivé

Profesor emérito de la Universidad Paris X, el recientemente fallecido *enfant terrible* de las letras francesas publicó en vida novelas, cuentos y un amplio espectro de ensayos sobre lingüística. Sus principales temas de estudio fueron la obra de A. Jarry, junto con un prolífico interés por el cruce entre los estudios del lenguaje y el inconsciente.

KS

Karina Savio
Egresada de las carreras de Letras y de Psicología de la UBA, es Investigadora Asistente del CONICET. Es Magíster en Análisis del Discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y Doctora en el área de Lingüística de la misma Universidad. Se desempeña, además, como Profesora Adjunta en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y como docente de la materia Sociología del Lenguaje de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Investiga, entre otros temas, la problemática de la escritura académica y los cruces entre el psicoanálisis y la lingüística.

GL

Gabriel Lombardi
Psicoanalista en Buenos Aires, miembro de la EPFCL. Director del Instituto de Investigaciones en Psicología y Prof. Dr. Titular de Clínica de Adultos de la Universidad de Buenos Aires. Sus últimos libros son *La libertad en psicoanálisis* y *El método clínico* (Paidós).

La pregunta por la(s) relación(es) entre el campo psicoanalítico y el campo de los estudios del lenguaje recorre estos textos y problematiza una visión –muchas veces– enquistada acerca de las articulaciones posibles entre lengua, discurso e inconsciente. ***'Por más que Lacan lo diga'. Una introducción al Análisis del Discurso*** reúne, de esta manera, una serie de trabajos que invitan lecturas reflexivas y atentas, buscando interrogar aquellos lugares cristalizados respecto del lenguaje latentes en el saber psi. Las voces de Jacqueline Authier-Revuz, Paul Henry y Michel Arrivé brindan en estas páginas potenciales respuestas a esta pregunta que interpela una inquietud fundante que conlleva el decir sobre el inconsciente.

(Del Prólogo de K. Savio)

El lenguaje es imperfecto, y hay un tal Paul Henry (...) que lo llama así, el lenguaje: una herramienta inútil. No podría decirlo mejor.

J. Lacán, 10 de junio de 1978

libretto

ISBN 978-987-47048-0-1

